

CUENTOS DE ZONA TÓRRIDA



MANUEL
MEJÍA
VALLEJO

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



**CUENTOS
DE ZONA
TÓRRIDA**

**MANUEL
MEJÍA
VALLEJO**

**B
C**
literatura

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Mejía Vallejo, Manuel, 1923-1998, autor

Cuentos de zona tórrida / Manuel Mejía Vallejo ; presentación, Eduardo Peláez. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2017.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (190 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5419-23-0

1. Cuentos colombianos - Siglo XX 2. Libro digital I. Peláez, Eduardo, 1949-, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: Co863.44 ed. 23

CO-BoBN- a1011882

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Isabel Pradilla

GESTORA EDITORIAL

Jesús Goyeneche

ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

Sandra Angulo

COORDINADORA GRUPO DE CONSERVACIÓN

María Antonia Giraldo

RESPONSABLE DE ALIANZAS

Talia Méndez

PROYECTOS DIGITALES

Camilo Páez

COORDINADOR GRUPO DE COLECCIONES Y SERVICIOS

Patricia Rodríguez

COORDINADORA DE PROCESOS ORGANIZACIONALES

Fabio Tuso

COORDINADOR DE PROCESOS TÉCNICOS

Valentín Ortiz

ACTIVIDAD CULTURAL Y DIVULGACIÓN

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.

ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BiblioAmigos

ISBN: 978-958-5419-23-0

Bogotá D. C., diciembre de 2017

© Pablo Mateo Mejía Echeverría

© 1967, Ediciones Papel Sobrante

© De esta edición: 2017, Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Eduardo Peláez Vallejo

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

▪ PRESENTACIÓN	7
▪ PALO CAÍDO	15
▪ LUNA DE MEDIANOCHE	27
▪ CORTINA DE HUMO	39
▪ CIELO CERRADO	45
▪ LA MUERTE DE PEDRO CANALES	59
▪ TIEMPO DE SEQUÍA	77
▪ AL PIE DE LA CIUDAD	91
▪ UNA CANOA BAJA EL ORINOCO	107
▪ LA VENGANZA	121
▪ MERCEDES LUNA	149
▪ EL MILAGRO	155
▪ LA GUITARRA	163
▪ EL SILLÓN DEL FORASTERO	175

▪ PRESENTACIÓN

▪ PAISA, POETA Y NARRADOR

A FINALES DE 1984, DOS AÑOS después de la concesión del Premio Nobel de Literatura al escritor colombiano-caribeño Gabriel García Márquez, el presidente Belisario Betancur invitó a Manuel Mejía Vallejo, su paisano del suroeste antioqueño, a representar a Colombia en la reunión de intelectuales latinoamericanos (América Latina, una patria inexistente que es ideal) en México.

Manuel vivía en una montaña de El Retiro, en el oriente de Antioquia, cerca de Medellín, y todos los días hacía hogar, leía, escribía, oía música y tomaba ron con coca-cola, en uso y goce de su inmensa soledad. Y los miércoles bajaba a Medellín para dirigir su taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto.

En Medellín ocupaba una porción de una casa vieja de la calle Perú, alquilada, que él llamaba «el apartamento», colindante y comunicado por una puerta interior con un local comercial del mismo edificio, donde su hermana

Roxana tenía su anticuario El Fin del Afán y recibía las llamadas telefónicas de «el maestro».

En la mañana de un jueves, cuando Manuel apenas despertaba de su noche de amigos después del taller, Roxana gritó detrás de la puerta entreabierta del dormitorio de su hermano: «Manuel, te llaman de la Presidencia de la República». Manuel llegó dormido al teléfono negro fijado a la pared de la tienda de antigüedades y contestó: «A ver, a la orden», con su voz en ayunas, y escuchó en el sueño las palabras «Manuel, te habla Belisario Betancur...», que interrumpió con un antioqueñismo que entendió el hombre al otro lado de la línea y lo movió a ternura y risa: «¿Belisario, sí? No jodás...», y colgó el teléfono y regresó a su guarida de ventana verde clara cerrada. Al momento regresó Roxana con el mensaje de que era verdad que lo estaba llamando Belisario, que reía a carcajadas en su sillón presidencial ergonómico. Manuel regresó al teléfono, se disculpó con sus palabras interferidas por la risa y aceptó la invitación, más por vergüenza y agradecimiento a su paisano importante que por interés de representar a su patria en un evento de pura forma, con investidura de Embajador Plenipotenciario.

Después del 9 de abril de 1948, Manuel emigró a Maracaibo, Venezuela. Sintió el peligro que le pisaba los talones por su liberalismo crítico en artículos de prensa y en su voz de tertulias, y por el escozor que produjo la publicación de su primera novela, *La tierra éramos nosotros*, de 1945, que algunos poderosos se negaron a reconocer como suya porque no quisieron creer que era posible que la hubiera escrito un muchacho de veintidós años.

En Maracaibo se encontró con el fotógrafo antioqueño Guillermo Angulo, con quien compartió una amistad que durará hasta la muerte de Guillermo, el techo, las mesas y el cuerpo y una cuota de la alegría de una mujer que los disfrutó y les proporcionó placer en la distancia de la tierra, frente al Lago de Maracaibo.

Cuando llegó Manuel, ya Guillermo se había establecido y trabajaba para un periódico, y lo puso en contacto con el director para que escribiera allí. El director probó a Manuel pidiéndole un artículo sobre política venezolana. Cuando lo leyó, lo contrató inmediatamente y le asignó unos honorarios superiores a los que ya percibía Angulo, quien tomó las cosas con humor: «Nadie sabe para quién trabaja. Qué le vamos a hacer», dijo, y continuó la risa.

El hogar de los antioqueños se disolvió definitivamente con la partida de Guillermo para México, donde no se encontraron los integrantes, como pensaban, porque Manuel deambuló por Centroamérica tras su sombra y Guillermo fue a dar a Roma y encontró dueña.

Manuel sobrevivió en América Central con tres recursos: el periodismo, aplicado en la escritura de artículos, como corresponsal de *El Espectador* y otros periódicos de la región; el juego de cartas y dados, y los premios literarios, aproximadamente veinte, que ganó en concursos de varios países centroamericanos, con cuentos que fue escribiendo durante la década de 1950, algunos de los cuales integran el libro *Cuentos de zona tórrida*, publicado en 1967.

Y bebió rones caribeños y amó a las morenas del sol. Pero las historias de sus cuentos eran su tierra y su gente del

suroeste antioqueño, siempre a la mano en forma de fantasmas que se aparecían en el teclado de su máquina de escritor, en la extensión de esa inmensa soledad.

Los *Cuentos de zona tórrida* retratan las tierras y algunos tipos de la gente del suroeste de Antioquia, como las vivió el autor en su infancia y su primera juventud, hasta cuando se estableció en Medellín, a mediados de los años cuarenta. Esa fue su primera vida, que permaneció en él hasta la muerte, en 1998, a los 75 años. Y de ella tomó el lenguaje, que conservó en su acervo de voces, en el acento y en la sintaxis, y expresó honradamente en la conversación, la prosa y los versos, porque los sinsontes de cada colonia cantan las mismas tonadas.

Por esos tiempos, Juan Rulfo escribía la vida que aprehendió en su Sayula, en el estado de Jalisco, y Gabriel García Márquez la de su Aracataca, entre el mar Caribe y la Sierra Nevada de Santa Marta.

Para clarificarme esta historia, la semana pasada leí cuentos de Juan Rulfo, Manuel Mejía Vallejo y Gabriel García Márquez, en el orden de sus nacimientos (1918, 1923 y 1928). Menciono uno de cada escritor para sentarlos a los tres en el mismo sofá de cuero: «¡Diles que no me maten!», de Rulfo, publicado en 1953; «La venganza», de Manuel Mejía Vallejo, escrito en 1960 y publicado en 1967; «El rastro de tu sangre en la nieve», de Gabriel García Márquez, escrito en 1976 y publicado en 1992.

Estos cuentos son lenguaje ya sublimado de Sayula, Jardín y Aracataca, las tierras madres de sus escritores. Y van sumando años de vida, pero no han envejecido. Conservan

el aroma del cuero fino curtido del sofá, porque fueron bien escritos por buenos narradores.

Es una experiencia literaria especial leer lentamente durante una tarde los tres cuentos en su orden cronológico. En ellos se va sintiendo frase a frase la gran literatura: la fantasía hace brillar la realidad.

En la reunión de intelectuales latinoamericanos, en México, en 1984, Gabriel García Márquez invitó una noche a su casa a un grupo de escritores, entre ellos sus amigos Álvaro Mutis, Juan Rulfo y Manuel Mejía Vallejo. Manuel asistió con su mujer, Dora Luz Echeverría, y con su hija menor, todavía de brazos y sin destetar. Mercedes, la mujer de García Márquez, les prestó a la niña y a la madre su cama matrimonial, que esa noche tuvo humedad.

Con el primer trago, Mutis y Manuel ya reían y deslumbraban con sus prosas verbales, inteligentes, alegres, cultas, graciosas, ilimitadas.

Más tarde llegó Rulfo, el hombre tímido, respetuoso y respetado, y García Márquez le dijo: «Maestro, le presento a este paisa, el poeta Manuel Mejía Vallejo». Y Rulfo le respondió: «No me lo tienes que contar. Yo lo conozco antes que a ti. Él es el mejor cuentista de América».

Y Pedro Páramo se sentó en una silla contigua a la de Manuel, y conversaron entre ellos todo el tiempo, aislados de los demás. En un momento, Mercedes Barcha decidió tomarles una foto, y cuando estaba enfocándolos se lanzó entre los dos amigos García Márquez, sonriendo con sus cejas en desorden y su boca ancha, y dijo: «Yo quiero

PRESENTACIÓN

estar con el paisa y el jalisciense para toda la vida y toda la muerte». Y aquí están:



EDUARDO PELÁEZ VALLEJO
Medellín, 10 de julio de 2017

*Para
Rosana Vallejo de Mejía*

▪ PALO CAÍDO

DESDE HACE MESES ESTÁ solo el pueblo que años atrás supo de muchas gentes, hoy lejos, o enterradas en el cementerio de los paraguayanes. Si estos muertos —algunos fueron mis amigos— tuvieran sensibilidad, no aguantarían la tierra caliente que los tapa ni las noches de bochorno con zumbido de insectos. Pero se encuentran bien difuntos, lo sabemos yo y mi compadre Justo Molina.

Porque fuimos de los que actuaron cuando Palo Caído subía. Vino gente en busca de petróleo, de oro, de hierro. Hasta diamantes encontraron y llegó mucha gente más. Buenas entonces las trifulcas, las jugarretas. Amigos hicimos Justo Molina y yo. Y bastantes enemigos, porque también hacíamos trampas cuando la suerte rodaba en contra. Por docenas han muerto. A algunos les ayudamos a mal morir. Si ahora pueden recordar, no deben olvidarse de nosotros, dos de los pocos que aún persistimos en creer que Palo Caído sigue en pie.

—¡Tiempos, hombre! Hoy...

Don Rufo, dueño del único café, malduerme contra el mostrador. Antes anduvo despierto, por su clientela y por

el dinero que acumuló y gastó cuando Palo Caído progresaba. Dos clientes viejos, del tiempo nuestro, juegan a las cartas en un rincón.

—¡Tiempos...!

Desde afuera, a medio kilómetro, donde el callejón se hace camino, entra en mis ojos abotagados la figura de un jinete en caballo forastero, que pisa entre las casas medio derruidas. Si él pudiera verme, diría que tiene fijas sus pupilas en este sitio hueco donde estoy tirado. Nada más parece importarle, pero el cascoteo de su caballo es lento, próximo a la insolación. Si viniera en alazán podría confundirse con Justo Molina.

Lentamente se mueve todo por estos lados: el sol, las personas, los animales, el tiempo, la vida. Esta modorra invita al reposado vaivén de la hamaca, las palabras sobran... Pero hablamos, así nos parece porque confundimos las palabras con los pensamientos callados. El juego de los hombres del rincón se hace entrecortado, arisca la espera, despabilada la somnolencia de don Rufo. El caballo y su jinete parecen sostenerse en nuestras miradas pegajosas, de tierra seca y abandonada.

—Cualquier espanto de mediodía... —resopla alguien cuando oye el lento cascoteo. Otro se airea con el sombrero de caña. Yo sigo mirando al forastero como si mirara recuerdos lejanos, algún trecho olvidado de la vida, cuando Palo Caído bullía en nosotros. Ahora todo vive muerto. Hasta el animal y el hombre que se acercan pisoteando la sombra que se pega al polvo. Antes llegaban galopando los jinetes, al aire los sombreros y los gritos. Hoy casi nadie se

arrima. Tal vez uno que otro fantasma nos acecha si evocamos pasajes oscuros o llevamos, por burlar el tiempo, la mano a la funda del revólver.

A la puerta se ha detenido el desconocido, se ha bajado como si bajara a otra persona, ha puesto el cabezal contra la barda, ha pisado el umbral de tabla gastada, ha encaminado sus botazas hacia el mostrador.

Le veo primero su mirada. Parece buscar a un muerto que acaba de matar, o a quién hacer difunto. Eso creo, por lo menos. No me gustan sus ojos, ni su voz cuando dice mascando las palabras:

—¿Han visto a Justo Molina?

Tampoco me suena el otro tono al tender una de sus manazas sobre el respaldo de un sillón.

—Tengo que encontrarlo, porque lo voy a matar.

Se traga un resto de palabras que le quedan, pero el silencio me gusta menos. Sonrío, porque conozco a mi compadre. Mi compadre es Justo Molina y estamos citados. Pronto asomará su rostro ancho, asomará todo su cuerpo sobre las botas amarillas que lo hacen más duro. Quiero ver la cara de cada cual al encontrarse. Algo grande sucederá, no hay duda de eso.

—¿Qué le hizo Justo Molina? —pregunto sin largar el vaso de aguardiente. Él se toma el suyo, frunce el entrecejo al sabor y echa atrás el cuerpo para que el empuje no se vaya. Entonces dice como si callara rabiosamente:

—Tengo que matar a Justo Molina.

Ya no sonrío porque el recién llegado habla en firme. Pero conozco a Justo Molina y sé que no es de esos hombres de quienes se dice: «Lo tengo que matar».

—¿Cuál es su nombre? —pregunto contra la costumbre, sin interés. Él responde retorciendo la boca para que sus palabras salgan por un lado:

—Lo importante no es cómo uno se llama sino cómo lo llaman. «El Gitano» me nombran, por mal mentao.

Entonces recuerdo cosas, tal vez de este hombre y de otros hombres: entre ellos, mi compadre y yo. Pero no hago palabras con lo que estoy recordando. Apenas hablo, atisbando algún retazo de mi mala vida pasada:

—Antes venían algunos a traer ellos mismitos su cadáver.

Lleva su brazo peludo a la frente para enjugarse, echa atrás el ala del sombrero con el dorso de una mano, y mira con mirada de cansancio, de quien ha oído comentarios semejantes en iguales ocasiones. No quiere hablar, porque las frases sobran a la hora de la actitud, o a punto de ella. Sólo dice con voz arrastrada pero segura:

—Son cosas de hombres.

No me siento incluido. Al fin, cosas de hombres son todas, las que llaman buenas y las que llaman malas. Pero conozco bien a mi compadre. Yo todavía no me conozco frente al desconocido. Por eso callo cuando dice: son cosas de hombres.

—¡De hombres! —pienso, pero el pensamiento se calla con ganas de que el forastero quepa en un insulto.

Por algún camino debe venir mi compadre con su aire despreocupado, el sombrero caído hacia la espalda, anchos

los hombros y los gestos, con movimientos de madero grueso que baja por un río, sin pedir más de lo que está a su alcance. «A su alcance no está ahora su muerte», por tanto su muerte no es la suya.

Por eso continuó detallando al otro y rumiando lo que dijo:

—«Tengo que matar a Justo Molina».

Pienso que él también conoce a mi compadre, empiezo a dudar. No siempre lo que uno sabe es lo más bravo, y la hora menguada a todos llega, también a mi compadre. Mi seguridad se hace un poco inquietud.

«El Gitano» se llamó. Quizás el nombre es todo en uno, porque detrás se van ciertas actitudes, y la vida borbotando detrás de ellas. Si mi compadre no se llamara Justo... Pero se llama Justo Molina y debe llegar a la hora señalada.

Lo conocen estos caminos habitados a su paso, a esos ojos desgonzados de quien no cree en golpes sorprendidos. Lo conoce Palo Caído. Lo conozco yo. Y parece conocerlo «El Gitano» cuando esculca con la mirada torcida para decir:

—Tengo que matar a Justo Molina.

Es cosa seria esto de matar a un hombre. Cuando se dice —por lo menos en un principio— alguna conmoción se opera en quien así habla. Porque matar a un hombre equivale a matar un mundo, clausurar otras posibilidades. Yo sé de estos enredos.

Ignoro lo ocurrido entre Justo Molina y El Gitano. En los llanos no preguntamos, ni intervenimos en la ley de cada cual, ni detenemos la mano que dicta sentencia con un revólver o un cuchillo.

El aire adentro se ha ido calentando. Porque hace calor y porque esperamos la llegada de Justo Molina.

—Uno doble. También para los amigos —agrega el otro señalándonos con gesto vago, sin mirar. No somos amigos suyos, pero un trago no cae mal en estas ocasiones.

—¡Salud! —dice, viendo sus propias cosas que va pensando.

—¡Salud! —respondemos pensando en Justo Molina. Arde en el gznate. Un mal trago tomamos. Los minutos se detienen en el calor espeso, en los sombreros de ala abierta, en las camisas desabotonadas por si llega un poco de viento.

Una puerta de sol duro se despega de la puerta de madera en grietas. Hacia afuera, una calle larga, contra el piso rajado los aleros en sombra desigual. Más lejos, la calle sola se vuelve camino solo con árboles pelados. Por ahí llegará Justo Molina a la hora fijada, sobre su caballo alazán, arrastrando su sombra como si llevara un muerto seco al lado.

Llamarean las pajas, las hojas retorcidas de zinc, las tejas de candela sobre los tejados. El clima nos mete un silencio rabioso, un sueño para dormirlo después de tres detonaciones. Dicen que esto vive solo y es verdad. Pero cada cual lleva una sombra que no lo desampara, que camina con uno o hace regueros de oscuro ceniza, casi humeantes, al pie de los paraguatanes y bajo la tierra en erosión de lo que fueron pastos de ganado.

Parece que el sol de afuera y el bochorno de adentro ponen nervioso al forastero, pues sigue con la mirada cada movimiento, cada intención remota, cada posible paso en la habitación. Ya el tiempo se le hace distancia porque

empieza a airearse, a seguir viendo las cosas, midiéndolas para su estatura y la de mi compadre. No caben los dos en la venta, o caben si uno de ellos queda tendido contra el entablado y el otro observa el cañón humeante de su revólver.

Él. Nosotros. La puerta de madera y la de sol. Todo vira hacia el final de la calleja donde repuntará Justo Molina. «Son cosas de hombres», dijo. De hombres es morir a la hora en punto, y la hora suena a cada segundo. No intervenir en cosas de otro es ley llanera. Un hombre menos, un hombre más, ¿qué quita o qué aumenta? El mismo clima, la misma soledad, igual bochorno. Al amanecer, de día, de noche, en la fonda, bajo este firmamento quemado.

En un minuto asomarán al extremo el belfo, las orejas, las patas delanteras con punta blanca del alazán. En él, Justo Molina traerá su eterna despreocupación, el ala trasera de su sombrero sobando la espalda, su cigarrillo apagado en una de las comisuras en gancho, la rienda abandonada en la cabeza de la silla. Parecerá que el caballo es su dueño y lo condujera a su antojo por estos caminos de pasto grande.

Sé que mi compadre no temblará a la vista de El Gitano. Sea lo que sea el pasado que a ellos pertenece, no despabilará, ni largará de la boca el cigarrillo apagado, ni apresurará sus movimientos de madero grueso que baja un río.

Pero rápido es en el manejo del revólver y en la mirada que adivina las intenciones. Lo sé yo, que he vagado junto a él ayudándole a llevar la sombra que en las tardes el sol nos tumba contra el llano.

Un movimiento brusco del forastero borra de mi imaginación la estampa de Justo Molina. Ha girado su nuca

igual a los toros cuando un llanero le agarra los cuernos con su soga, ha llevado una mano al cinturón hebillado, ha descargado un pie del atravesano de la silla. Su cuerpo todo se enfrenta a la silueta de Justo Molina, que acaba de repuntar en el callejón, con lentitud de noche llanera.

No estoy seguro de si a El Gitano le tiembla una mano cuando se lleva la copa a los labios, cuando se sacude con el dorso el sabor que le arde en la boca. Tampoco estoy seguro de si tiembla mi derecha cuando la mando contra la canana sin apartar la mirada del forastero ni de la silueta de Justo Molina. Pero sé que don Rufo y los que jugaban a las cartas sucias se nos quedan mirando.

La lentitud de mi compadre al acercarse arrastra montones de sofoco hacia nosotros. ¡Si un niño siquiera llorara! Habría entonces algo húmedo en el ambiente.

También yo sudo. Todos sudamos este maldito clima de pueblo botado en zona tórrida. Sudan los dedos, blanqueados de apretarse contra la palma o contra el respaldo de los taburetes. Sudan la calva de don Rufo y la mano del forastero y la mía que aprietan ya la empuñadura. Tal vez sude un poco Justo Molina mientras se nos acerca a paso cansino, de hombre que no espera sorpresa para su ánimo.

El sol ya unta las rodillas de El Gitano a través de la puerta. Brilla en el cañón de su revólver. Arroja la sombra del sombrero de mi compadre hasta el umbral. Un buen blanco para cualquier tirador, y el forastero parece bueno. Empieza a apuntarle. Creí que era de los que no pavean. Por eso le digo:

—Un niño ciego lo haría...

Él mira de soslayo, rápido.

—Hay más de una bala.

—Con una basta, Gitano —le hablo, casi por boca de mi 38—. No puede dañarme la cita con Justo Molina. Son cosas de hombres...

Al verme pistola en mano, revira con rapidez nerviosa. Los fogonazos chamuscan más el aire. Mi bala sale primero, y lo tumba. Siempre ha de salir primero una bala que otra. Mi hora todavía no ha llegado. Tal vez con Justo Molina. Es de hombres estar a la hora en punto.

Viendo al forastero en su último minuto, su cabeza hacia mí, su corpachón contra el suelo, digo:

—Lo importante es cómo uno se llama...

También lo ve Justo Molina sin que un nervio se le altere. Ni al oír la detonación cambió el rumbo de su pupila ni la lentitud segura de su acercarse. Despreocupadamente se apea, arrienda el caballo en un estacón y pisa el umbral con las botas de espuela rodajada. Su comentario es escueto al cuerpo tendido:

—¡Se murió el cliente!

Saluda con vago ademán de un brazo y se dirige al mostrador para tomarse el aguardiente infaltable en sus llegadas y salidas.

—Para todos, don Rufo. Echémonos uno a la salud del difunto.

Agrega señalando con su potente quijada la carne ensangrentada en el suelo:

—Es deber cristiano palearle tierra encima. Solito iba quedando el cementerio.

—Nosotros dos lo llevaremos. Es deber cristiano... —le digo obedeciendo a la invitación de su copa.

—¿En los paraguayanes era la cita?

—Nunca sabe uno dónde le cae.

—A ese le cayó en el pecho. ¡Mala enfermedad es una bala!

—Esa iba perdida, compadre.

—¿No habría llegado su dueño?

—Siempre llega a la hora fijada.

—Cosas de hombres.

—Así dijo el forastero. «Tengo que matar a Justo Molina».

—No podrá repetirlo ahora. ¡Salud!

—Salud —respondemos.

El sol ha llegado a mi puesto. Ya no quema, pero aumenta el bochorno. Candela de verano habrá en el cielo. Y dentro de nosotros. Las sombras se han ido alargando.

Justo Molina aún no ha visto la cara del desconocido, que miraría hacia mí si pudiera mirar. Tal vez por eso, sin ganas, pregunta:

—¿Quién era?

—Uno que nunca se doblegó, dijo. Hasta hoy no más.

—Pues montémoslo en forma. Debe sentirse incómodo en una barbacoa, a horcajadas en la silla.

Va por unos pedazos de guadua al patio trasero y forma una angarilla amarrada a la montura del otro caballo. Al alzar el cadáver se le untan las manos de sangre, las limpia contra la chaqueta y el pelo del caído. Al reconocerlo comenta:

—Vea, pues, era El Gitano. Corre el mundo, sobre tanta sangre —y con un dedo índice empapado en ella marca en la frente una ancha cruz.

—Agarre de las patas, compadre —me dice—. Montémoslo, harto le gustaban las bestias. Y las mujeres, ahora años... —lo llevamos hasta su moro. A la verdad me disgusta esa posición, un cadáver no tiene por qué sentarse en la silla jineta. Quizá los espantos de la sabana monten sus potros difuntos. Será el único en entrar al cementerio a lomo de su cabalgadura, pero tendremos que bajarlo mi compadre y yo. Después volveremos. Es decir, de los tres volverá uno. Está pendiente la cita. Cosas de hombres.

—Ya se regresa el forastero —dice don Rufo con meneo de calva. Sin abandonar el asiento, los que jugaban atisban desde su sitio. Prudencia de ellos no intervenir, cerrar la boca. Se hacen los desentendidos cuando Justo Molina les tira una mirada.

—Quieren observar —le comento—. Un difunto es más importante que un vivo.

—Entonces que vaya adelante el difunto —dice colocándole el sombrero sobre el cabello revuelto—. Hace calor —remata en disculpa guasona, y da un foetazo a la bestia del forastero. También nosotros montamos, empezamos a andar la calleja seguidos por las sombras que se meten a medias en el establecimiento de don Rufo. Hasta que también lo desocupan para seguarnos al cementerio de los paraguayanes. Vamos tres. Seis con las sombras. Regresará uno. ¡Si en cualquier casucha llorara un niño!

Escamosos brotan ya los clarosucros en los sitios de siempre. Sólo que habrá dos nuevos promontorios de tierra removida. Bajo ella se acabará el último pedazo de Palo Caído.

—También aguanta hasta el cementerio —dice Justo Molina cuando el muerto se zafa un poco de la angarilla y pone de medio lado su cabezota; algunos manojos de pelo se chorrean del sombrero a la pedrada.

Bajo este sol que pronto se apagará, El Gitano parece mirar como si buscara su propio cadáver. Y sólo nosotros lo vemos.

Medellín, noviembre de 1956

▪ LUNA DE MEDIANOCHE

—¡Maldita luna! —reniega Pedro Cardenal mientras guarda el machete que relumbra al apagarse en la cubierta.

—¡Maldita!

Echa la mirada a esa luna motivo de su voz, regresa con ella en sus pupilas al matorral y sigue un camino que se pierde entre los cafetales.

Tras la montaña, cayendo a un cerro opacado por farallones, se encuentra el rancho de su amigo Idárraga, y en el rancho la mujer que días antes le dijo guiñándole un ojo:

—No lo haré aunque vaya al río. Y a la tarde me bañaré en el río.

Cardenal no acudió porque se trataba de la mujer de su amigo Idárraga y porque no le agradaba el comportamiento de la Concha. Pero le chapuceó el deseo al imaginarla en las aguas. Ella sintió ira de verse sola en el río, bajo las ramas que tremularon ante su desnudez.

—¡Maldita luna! —vuelve Cardenal, ya bajo los guamos que sombrean aún más el platanal y los cafetos. Allá están el cerro, el rancho, el amigo. Y ella, con andar de

yegua briosa en permanente celo, de ojos duros que se endulzarían a la vista del agua.

Lejos se recorta el monte para dar paso al subir insistentemente lento de la luna, apoyada en su luz que cae sobre las hojas para hacerlas temblar como si tuvieran miedo de doblarse al peso de su prestado brillo. El machete da contra la pantorrilla de Pedro Cardenal, latigueada la cubierta por los ramales.

—«Y a la tarde voy al río».

Toda la tarde lo estuvo pensando. Si en este momento Pedro Cardenal definiera con palabras su deseo, se tranquilizaría. Sólo sabe que estorba la luna sobre el monte, que quisiera hallarse a oscuras en el camino hacia el rancho: la oscuridad borraría la imagen de su amigo Idárraga. Porque allá está —debe estar esperándolo— ella, la que ayer le dijo:

—No, aunque vaya al río no lo haré. Tal vez en la cocina por la noche. A las doce de la noche estaré en la cocina... —y el gesto de malicia llenó su rostro y ardió en los ojos de Cardenal.

El río corre cerca, es agradable clavar los ojos fijamente para endulzar la mirada en sus tumbos. Así la endulzaría ella, la que ahora lo espera en el rancho. Pero no quiere pensar en nada sino hundirse en ese camino hacia los farallones. No obstante, le es imposible evitar el recuerdo de viejos retazos vividos con el amigo Idárraga.

Precisamente un día se propusieron desmontar baldíos, fundar sementeras. Juntaron lo que tenían y se largaron para los cerros. Solos y unidos estuvieron en la buena

y en la mala. Nadie más escuchó en aquella soledad los golpes del hacha y del machete contra el monte. Pocas palabras, trabajo continuo, aislamiento durante seis meses. Durante un año. Fueron los primeros colonos de la tierra que abierta a sus plantas recibió la semilla.

Luego vino la Concha...

Cardenal corta rabiosamente una rama que estorba su paso. El relámpago del machetazo alumbró el recuerdo de la vez que conocieron a la mujer en el mesón a la entrada del pueblo. Llegaron él e Idárraga, alta la noche. Cardenal pudo ver a la Concha entre humo de cigarrillos baratos, embebida en las palabrotas que se dirigían dos borrachos, azuzándolos. Cuando Cardenal los separó violentamente, ambos rivales quedaron tendidos del envión y de la borrachera. La mujer observó, contrariada.

—Muy guapo, ¿no? —dijo mientras se alejaba hacia Idárraga y lanzándole una bocanada de humo antes de arrojar la colilla con gatillazo del índice contra el pulgar.

—Si llegan a matarse, ¿no le importa?

—¡Que se maten! Estoy jarta de este sitio, ¡de todos los sitios! —y se acercó a Pacho Idárraga, sobándolo con el hombro a la manera del gato cuando desea calor o comida. Idárraga le puso un brazo encima para invitarla a beber. Ella se le adhirió más dirigiendo miradas burlonas a Pedro, que intentaba llevarse a su amigo.

—¡No me voy! —exclamó este—; ella me gusta, me la llevo al monte. ¿Nos vamos a mi rancho? —preguntó para silabear una canción perdida en su memoria. Luego se quedó revisando a la mujerona, y atrayéndola contra sí:

—Tengo mi cafetal sembrao en tierras baldías, allá en la cordillera.

La Concha pensó que su porvenir en cafetines se esfumaba hacia la miseria. Bien estaría el aire de montaña, la vida madrugadora, trabajos rudos al lado de ese hombre que le ofrecía un rancho a cambio de su sola presencia.

Así decidió irse con él —con ellos— aquella noche la Concha.

Cuando al otro día, en su casa, Idárraga espantó las sombras de la noche que aún turbaban sus ojos, se extrañó al oír que en la cocina alguien pilaba maíz. Caminó tambaleante para averiguar:

—¿Y esto? —preguntó a la mujerona que hacía el oficio.

—¿No se acuerda ya? —rezongó ella—. Usté me dijo anoche: —«En la cordillera tengo un rancho solo», y me trajo en el caballo de su amigo. Yo me vine porque estaba cansada de aquella vida...

Idárraga enfocó con ojos trasnochados ese rostro sin valor por sí mismo, parecido a cualquiera en algún detalle, por lo cual era fácil familiarizarse con él. Enseguida giró en redondo su cabeza para ver orden en el cuarto, en la cocina, y limpieza desacostumbrada en el patio: hasta dos camisas y unos pantalones recién lavados se escurrían sobre guaduas en un extremo del tranquero, desde donde Pedro Cardenal le sonreía.

—¿Qué tal va el marido? —habló, poniéndose de un brinco al otro lado.

—¿Y esta mujer? —preguntó Idárraga sobándose el pelo revuelto de su cabeza recién levantada.

—La trajiste anoche en mi caballo, no hubo modo de quitártela. ¿Cuándo la mandás a su sitio?

—Hoy mismo, no más descanse el caballo. ¡Las bestialidades de uno cuando se emborracha!

La mujer llamó a grandes voces con naturalidad de antigua camaradería:

—¡Apúrense que se les enfría el desayuno!

Ellos se miraron, se encogieron de hombros y en silencio fueron a la cocina. Y así un día, y otro, y otro, ella rezongaba contra la vida en la cordillera, pero no se iba. Idárraga fue acostumbrándose, hasta se molestaba con la pregunta de Pedro:

—¿Y qué, pues? ¿No ha descansao todavía el caballo?

El rancho se transformó en habitación decorosa, le nacieron matas de adorno y brotaron flores en la talanquera del patio. Así se quedó la Concha en casa de Pacho Idárraga.

Cuando la luna pinta la figura de Pedro Cardenal contra la valla cercana al rancho, un perro aúlla, y la silueta del aullido forma parte de la noche. El hombre tantea la cacha del acero, de un salto silencioso se pone al otro lado de la palizada. Allí, bajo el techo, debe estar ella. —«En la cocina a las doce. ¡En la cocina a las doce!». Esa es la hora: doce en punto, y luna sobre los farallones.

Pedro Cardenal siente que el aire de la casa huele a espera dolida de traición, a palabras que salen de la noche más que de la boca de otro macho:

—¿Qué se le ha perdido, compadre?

La rabiosa calma de la voz sacude sus nervios igual que los ramales de su machete al cinturón hebillado. Al reconocer entre la penumbra al amigo Idárraga, recobra su serenidad para decir en tono humilde porque resulta de una trabazón de músculos iracundos:

—El perdido soy yo, Pacho. Estaba cazando perros de monte, que salen con la luna.

—Pero no entran en casa donde hay mujeres alebrestadas, Pedro Cardenal. ¿O quería cazarme a mí? Sí soy perro, pero viejo y no de monte.

—¡Las cosas tuyas, Pacho!

En la cocina oye una risilla fastidiosa por conocida y persistente. Mira el lugar, extrañado, y revira hacia Idárraga:

—Es ella, Pedro Cardenal, es ella... Te esperaba en la cocina a las doce. Ya son las doce y esa es la cocina. Allí está ella, Pedro Cardenal...

Con el dedo pulgar calcula el filo de su machete, rabioso de lumbre lunar pero con la frialdad de su ánimo. Cardenal ojea la luna sobre los farallones, y sacando despaciosamente su machete se pone a acariciar también el filo con la yema de ambos pulgares. La risilla de la mujer se quiebra contra los bahareques de la cocina. Entonces es Pedro Cardenal quien la reemplaza, para estallar en carcajada retadora. Después un silencio tremendo. Ya nadie ríe, se puede oír el deslizarse de la luna contra el firmamento.

—¿Qué opina, vecino? —habla Cardenal—. En las que estamos por una mujer. Usté burlao a medias, también yo.

—¡Jm! —contesta Idárraga atisbando con ira expectante hacia los bahareques donde la risilla se apaga en las

cuencas de dos manos estampadas a la cara en asombro. La oscuridad del interior no permite ver a la mujer, gozoso el miedo en su silencio pegajoso, de cielo de sequía.

—¿Qué opina, vecino? —vuelve, imperturbable ya, Pedro Cardenal—. Buenos amigos hemos sido desde mucho antes de venir a tumbar monte. El sábado hicimos correr a los Suárez en la parranda de la fonda. Siempre hemos sido uno, en la buena y en la mala. ¡Hasta hoy no más!

—¡Jm! —contesta Idárraga tornando a mirar de reojo con rabia sola hacia los bahareques de la cocina, de ahí a su machete. El pulgar ya no averigua el filo de la hoja sino que juega en la barbilla tratando de agarrar la intención del otro.

—En la que estamos por pendejadas. ¿Recuerda la otra noche? Juntos hicimos morder el polvo a siete. Los dos solos, compadre. Usté nunca ha sentido miedo, yo tampoco, lo sabe. ¿Cuál maneja mejor el machete? ¿Alguno tiene que ser!

—¡Hombre! —dice Idárraga, sus ojos en el interlocutor—. ¡Es verdad!

Ya es Cardenal quien mira con odio a la cocina, donde adivina cierta fruición oculta en el corazón de la mujer: por ella dos hombres podrán matarse esta noche lunada.

—En la que estamos, vecino, por una mujer que llegó después de esta amistad hecha en los trances duros.

—Es verdad —recalca Idárraga, y la yema del pulgar pasa del filo a la superficie niquelada de su machete, queriendo borrarle la luz de la luna que lo hace nuevo. Sobándolo como si acariciara con fuerza un recuerdo, como si de

ese brillo brotaran las imágenes, piensa que de veras han sido grandes amigos su vecino y él. Una vez Cardenal le salvó la vida en buena pelea de baile montañés.

—¡Hombre, es verdá! —sigue, pesando en sus manos y en su machete la amistad del compañero y el alma traviesa de la mujer. Lo que ha sucedido sucedería después, si no sucedió ya con el otro. Y estos últimos días, por las tertulias en que hablaban de la sequía, la mujer ha tenido muchas oportunidades de insinuarse a Cardenal. Idárraga lo notó, pero confió en sí mismo, en ella, en su amigo. Ahí lo observa, imperturbable, igualmente burlado y dispuesto para estrechar la mano o cruzar el machete en duelo de esgrima criolla. Sabe que las frases del vecino no revelan temor: molestia sí, también deseo de que él comprenda. Por esto, ya calmo, dice:

—Vecino, cuénteme pero al modo suyo, sin vainas.

—Contaré lo que pasó. O lo que no pasó. Llámela pa que me desmienta, llámela.

—¡Cooooonchaaaa! ¡Arrímese ya mismo! —tira Idárraga su voz a los bahareques.

—Pa qué pues, ¡eh! —contesta ella con grito que remeda el temblor de las espadañas en el rastrojo, pero sale enfrentándose a ellos y a la luna con altanería que la embellece. Las figuras aparecen secas, dibujadas sin paisaje alguno. Sus sombras son tres figuras más al acecho de los cuerpos que las producen.

—Desde antes le cantaletí que esta mujer no se lo merecía —habla Cardenal—, y tenía razón: ayer me dijo que si yo no me la llevaba se iría de todos modos. Es gustadora,

ni manera de negarlo, por eso quedamos en que venía esta noche a las doce. Hice mal, ella quería que nos matáramos pa tener historia que contar en el pueblo.

—¿Dejás que me insulte?

—¡Jm! —comenta Idárraga sobando con toda la palma la superficie de su machete. Lo coloca sobre sus rodillas y mira la luna que ahora desciende hacia los farallones, algo íntimo que cae sin remedio.

Es extraña su tranquilidad mientras Pedro habla con voz amarga ante una amistad echada a los ruedos de la mujer.

—Ya sé que no seremos de hoy en adelante los mismos, Pacho. Esto nos va a separar —revisa a la mujer, vuelve su cabeza al antiguo amigo:

—Hembras no me faltan y le consta que no me gustaba la Concha: porque era suya y porque me pareció malucóna desde el principio. ¿Recuerda cuando la conocimos? Le gusta hacer matar a la gente. Pero verla de seguido sola... Uno es flojo pa estas cosas, hasta el amigo se pierde.

—Es verdá, vecino, ya no seremos los de antes —comenta el otro. Y dirigiéndose a la mujer con voz aporreada:

—Había pan, había trabajo. Había un hombre. ¿Qué más faltaba en el rancho?

—¡Nada, pues! —responde ella de perfil contra la luna—. ¿Dejás que me insulte? ¿O ya no sirve el machete? ¡Los hombres de hoy dan risa!

Es magnífica en su bravura, en su inconsciencia de hembra relajada por treinta años vacíos, por diez de meses baratos.

—Usted no es macho pa mí —vuelve con risilla burlesca a Cardenal—, lo supe desde la primera vez.

Luego a su hombre:

—¿Dejás que me insulte? Ninguno de los dos sirve. ¡Dan asco!

Pedro estira los labios. Idárraga soba de nuevo el lomo de su machete y se levanta en actitud amenazante. La Concha calla como si se tapara bajo un muro, desafiando a los dos con el aletazo de las cejas, la cadera en envión hacia la luna.

—Me la ibas a jugar con el vecino —regaña Idárraga.

—Quería que nos matáramos —regaña Cardenal.

Entre ambos corpachones la Concha va sintiéndose más estrecha y más altanera. Antes que pasos, se le acercan tanteos de pasos. Las sombras en acecho la acorralan en mitad del patio de tierra pisada.

—¡Dan asco los dos, pollos hasta más no poder! —exclama en retroceso, seguida por la lentitud de los pies que se afirman hacia ella. Idárraga estampa la palma de su machete en la prieta cadera. Las palabras de ella estallan rabiosas:

—¡Brutos! ¡Déjenme, cobardes! —y lleva al vientre sus manos defendiéndose sin atacar—. ¡Bruuutoos!

Ya están contra los bahareques de la cocina, en sollozo corajudo la mujer mientras los hombres la castigan. Al fin se desdobra protegiendo con sus brazos el vientre, esfumada bajo la oscuridad que da al techo, la mitad fuera del umbral de la puerta, la otra mitad hacia adentro. Con lentitud se incorpora y parece rajarse en las palabras cuando, aventándose hacia Idárraga, le dice:

—¡Vas a matar al hijo! —y se desgonza sobre el pecho del hombre, el grito en sollozo estremecido que insinúa perdón. Inmóvil en el puño de Idárraga, el machete es frase que no se pronuncia.

Cardenal retrocede seguido por el silencio sollozante de la mujer. Envaina su machete y con lentitud emprende camino de regreso.

Ya sin luna en los farallones, una paz nueva cubre la vivienda de Pacho Idárraga.

San Salvador, marzo de 1953

▪ CORTINA DE HUMO

ENTRAS EN EL SALÓN. NADA extraño ves. Los mismos parroquianos viviendo sus vidas comunes: charlan, ríen, se enojan, beben, callan, fuman, accionan. Salen unos, entran otros, se rebullen, nada acontece.

Todos te miran y ven ese algo que hay en tu rededor. Menos uno que sigue abstraído. Si te fijas, al fondo, contra una mesa guarecida por la mitad del muro que sobresale de la pared, un hombre de treinta años aparece fumando tras el humo. En el cenicero arde un cigarrillo, otro en la boca y ya busca un tercero para encenderlo con movimientos mecánicos. Al darse cuenta, con gesto bravo apaga los cigarrillos y toma un aire de dignidad ante sí mismo.

Si preguntaras quién es él a uno de los meseros, se encogería de hombros y respondería, haciendo con el índice un movimiento en tirabuzón sobre la sien derecha:

—Un cliente fijo. Enciende los cigarrillos como si disparara.

Nada extraño te diría: simplemente un hombre de treinta años, que fuma y fuma para poner velos entre él y el mundo.

Entras en el salón, caminas con pies y ojos buscando sitio disponible. No lo hay. Muchos quisieran ofrecértelo. Repasas a todos, sólo ves al desconocido. Él mira sin verte. Siempre mira hacia adentro buscando una voz, amarga ahora en su silencio. En el silencio, lo sabes, mueren muchas cosas, nacen otras: es tumba de las palabras, gestación de algunos pensamientos, paréntesis de dos vacíos.

A veces en lugar de uno hay dos silencios que sirven de paréntesis para anular a la persona. El hombre de la mesa solitaria está rodeado por dos silencios de esa clase: el de una voz ausente, el de su propia voz, su propio ser.

Continúas avanzando por el salón, ves al hombre martillar su encendedor para sacarle llama, recuerdas la frase del mesero: «Enciende los cigarrillos como si disparara». Exacto. La primera bocanada es un impetuoso fognazo. Y su aire absorto parece el repetido aturdimiento de un disparo. Verás también que prensa los párpados tratando de extirpar una vieja mirada, una vieja sensación que regresa obsesivamente, un recuerdo que sigue sus huellas.

Él presume que todo el mundo sabe su tragedia, por ello su actitud casi agresiva es defensa contra las conmisciones. O su afabilidad se hace demasiado disciplinada para creerla sincera. Tú supones que habla consigo mismo de la ausencia. Nada más presente que el vacío dejado por personas y cosas; ellas viven en uno precisamente porque no están ahí, porque no son ubicables. La persona presente ocupa ese lugar, nada más, la ausente ocupa todos los sitios: nosotros mismos somos un poco ella, demasiado ella.

En esta proporción el hombre de treinta años es a un tiempo su hijo, la ausencia de su hijo. Y él adorna su imagen rehaciendo viejas frases que salían de la boca del pequeño. Así se castiga, así lo ama, así lo mata cada hora, cada día, cada insomnio, a cada foganazo del encendedor en la punta del cigarrillo. Si lograras llegar al núcleo de sus afanes oirías el eterno monólogo sin palabras. Podría decirte cosas pueriles:

—«Miraba de sesgo con alegría de tenerme cerca. “¿Quién es ella?”, le preguntaba yo señalándole a su mamá, él respondía: “Mi mamá, mi mamá”, contento de saberse hijo. “¿Y yo quién soy?”, volvía a preguntarle. “Pi papá, pi papá”, respondía. Era su lógica».

O bien podría detallar sus juegos, sus sueños, sus despertares, la manera de apartar con el dorso de la mano derecha dos rizos de su frente, de sacar la lengua al trazar rayas a colores sobre un papel, su manera de pedir que le contara un cuento de conejos y *trigues* —así, *trigues*— y otros animales de selva.

Avanzas un poco más. Ya estás junto a él. Tú siempre has orientado las miradas. Por un momento el desconocido no es excepción. Experimentas una pequeña alegría pero algo en ti se sacude al observar que te mira como si después de agotarse en la visión de cosas terribles, al fijar en ti los ojos, estos descansaran infinitamente: parecen acezar con agradecimiento. Eso conmueve tu instinto de solidaridad. Sin embargo aquello es una estación de espera y seguirá mirando eso que le cansa hasta la conturbación.

Herida en tu vanidad quisieras enfrentarte al hombre. Sólo él te importa, no ya por su tragedia sino porque no le has interesado. Él fuma y fuma. Alcanzas a observar que ese rostro no sería igual en otra alma. Claro, están sus facciones, el hecho físico; pero tendrás la impresión de que un pintor hurgó y grabó en su rostro ese algo más allá que en tales momentos se le adivina: un rostro con hondura de grito contenido.

Él no te invita a su mesa, todo dolor es excluyente. Pero no te resignas a esa exclusión aunque sería inútil cualquier intento de aproximarte a su vida. Ni personas como tú le hacen falta. La cortina de humo es aislante de lo exterior, vaso comunicante de sus propios caos. El humo le trae la sensación de la niebla invernal, y, con ella, cosas del pequeño mundo: una tarde al abrir la ventana de su cuarto la niebla empezó a entrar suavemente. El niño dijo con asombrada alegría en su media lengua:

— «Papá, ¡se nos está metiendo el cielo en el cuarto! ».

Esa sonrisa imperceptible que, sin embargo, puedes adivinarle, rubrica el recuerdo. Enseguida lo verás sacar el papel cristal de la cajetilla y plegarlo contra la palma de una mano. Siempre lo hace para traer escenas insignificantes que lo unen más a la ausencia del hijo: cualquier noche la voz infantil dijo su verso al señalar la luna entre nubecillas:

— «Un bombón de naranja con el papel pegao».

Por eso lo verás estrujar el papel y arrojarlo lejos y tomar de nuevo el encendedor y martillar como si disparara y dar fuego al cigarrillo. Con los ojos irritados se queda observando el encendedor y sigue martillándolo. Si te

fijas más podrás ver cómo se blanquean los nudillos de los dedos, cómo le tiembla rabiosamente la mano. Y entre el humo y el rastrillar su mirada vuela estrecha en sus ojos ensanchados por un asombro que nace, muere y vuelve a nacer hasta la locura. Ya no martilla el encendedor sino su escopeta de cazador aficionado.

Quizás en este momento sólo te interese el dato de aquella desesperación. Y lo encontrarías en el monólogo del hombre que sigue en el rincón tras el humo de sus cigarrillos viviendo su tragedia, enriqueciendo y aniquilando su personalidad en el desgarramiento.

Como siempre, detiene el último martillazo en el sobresalto visible. Si pudieras acercarte alcanzarías a escuchar la fuerza de su recuerdo, oirías el viejo diálogo:

—«Papá, ¿qué vas a hacer con esa escopeta?». —«Estoy aceitándola porque madrugaré a cazar». —«Tráeme un pájaro verde del monte. ¿Matas pájaros con eso? ¿Con esa escopeta podrías matarme a mí?». —«He matado muchos animales con ella». —«¿Podrías matarme a mí?». —«Podría matarte así, ¿ves?». Apuntó y... ¡pum!

Puedes observar que el hombre ha lanzado sobre la mesa su encendedor y que el alma frena al borde de un grito contenido eternamente. —«Está bien» —te diría si lograras su confianza—. «Cualquiera puede matar por accidente a su hijo. Pero el mío alcanzó a vivir lo suficiente para mirarme con terror acusatorio, para señalarme con esos ojos que no podré olvidar. Nunca podré olvidar su mirada de pequeño animal herido, su última mirada antes de morir con el convencimiento de que yo quise matarlo...».

¿Ves? Está condenado a su angustia, a repetir hasta lo infinito la misma cantinela. Ya no protesta, frente a la amargura tiene un gesto despectivo, de orgullo varonil. Es un hombre en lucha contra un fantasma que no desaparecerá.

Retrocedes ante esa alma que seguirá entre la bruma del humo, encendiendo cigarrillos como si martillara. Atraviesas de regreso el salón y vuelves hacia la calle, mezclada a los afanes cotidianos, con un silencio distinto al que poco antes llevabas. Piensas que el niño al morir tal vez no podía tener conciencia para acusar a su padre. Pero ese hombre de treinta años cree que existió aquella mirada de reproche, basta con creer en las cosas para que las cosas existan. Por eso es un hombre enfrentado al diario deber de su soledad.

Medellín, febrero de 1958

▪ CIELO CERRADO

LOS OJOS OBLICUOS MIRARON hacia arriba, arrugaron el entrecejo, y en las pupilas comenzó la tormenta.

—¡Diablos, el invierno!

Zumbó el viento en las alas de los sombreros, en las ramazones, en los gruesos ponchos.

—¡El invierno!

Zumbó en las puertas golpeantes, en el campanario, en los aleros de paja.

—¡Diablos!

Goterones con viento aporrearon sus toscas habitaciones, se fueron cerrando las nubes y sobre la tierra empezó a llover.

De día. De noche.

Por los ranchos pajizos chorreó el agua hacia los caños, en los caños se formaron arroyos, de los arroyos nacieron torrentes, los torrentes se volvieron ríos que arrasaban los sembrados. De día. De noche.

Fue entonces una la voz de los indios, hacia un mismo punto sus miradas, contra igual silencio su desesperación. Se acabaron las oraciones, se acabó la paciencia, se

acabaron las velas de cera al pie de las imágenes. Y revivieron escondidos ancestros.

En la cumbre pedían a los dioses de sus antepasados, a los protectores de la huerta y la montaña. Un poco de sol para sus maizales. Para sus cafetos. Para sus patatas. Un poco de sol para sus pájaros. Y los dioses no escucharon el temblor murmurante de los labios indígenas.

El agua seguía cayendo en chorros. De día. De noche. Se dañaron las espigas. Se dañaron las mazorcas tiernas. Se dañaron los tubérculos de papa y yuca. Se dañó la esperanza.

—Estamos solos —dijeron, y parecía que no hubieran hablado.

Sentían dolor físico al golpear el aguacero contra las plantas, al llanto de los niños, al aullido de los perros. En su complejo del olvido creían natural el olvido del cielo, del Dios cristiano, de sus antiguos dioses. Pero iban donde el cura para decirle:

—Rece o mande rezar.

—Se pudren las maticas.

En las cumbres, la jerga del brujo intercedía para que cayera sol en la espalda de hombres y cerros. Rezaba a los duendes del aire y la montaña, a los señores del trueno y de las nubes. Pero el agua no menguaba y un día fueron hasta el brujo y le dijeron:

—Tus rezos no sirven.

—No te escuchan los dioses.

—Te mataremos.

Y con sus machetes lo descuartizaron. Dos ídolos se salpicaron con la sangre del brujo, pero la sangre se coaguló

y las piedras siguieron impávidas ante el sacrificio, bajo nubarrones sin espacio para el sol de las plantas.

De día. De noche.

Desde cada choza vigilaban el firmamento. Los perros tiritaban, fijos sus ojos en las gotas al caer en los baches. Despabilaban a la luz de un relámpago y volvían al parpadeo tardío. Agua y más agua desde arriba anegaba los pegujales. Un poco de sol para las hojas, para los grumos, para las pupilas indígenas hacia arriba, desoladas.

De la desesperación nació otra fe, y así los indios, inclinados para resistir el chubasco, acudieron al Cura de la aldea, que había predicado nuevos dioses, Uno, y sus santos, amos de cielo y tierra. A veces creían más en el perro que en San Roque, en el caballo que en Santiago Apóstol.

—Llama y cruz, nube y piedra.

Pero iban a misa porque el latín sonaba a palabras de magia aptas para la comunicación con las deidades. Quemaban incienso salvaje igual que a sus ídolos. Sin embargo el sol no venía y protestaron ante el Cura:

—No reza bien tu rezador.

—Cambia de rezador, o lo mataremos.

—Como al brujo mataremos a tu rezador.

Desconfiaban del sacristán porque compraba a menosprecio las cosechas, porque amenazaba con las fauces de siete infiernos, porque menospreciaba sus costumbres.

El Cura recibía ofrendas y rezaba para que cayera sol a las plantas. Y el sol no caía, y los indios volvieron a la casa parroquial.

—No sirve tu rezador, tata.

—Cambia de rezador que no sirve.

—Humo y escurana tiene en su corazón.

Lo asustó la calma de las frases. Desde el púlpito soltó su voz:

—Paciencia, Dios los está probando.

Se mostraba duro ese Dios con los humildes. Y era el Dios de los humildes y lo amaban porque sufría azotado por unos soldados extraños, atado a una columna, punzado en el corazón, crucificado contra unos maderos.

—Siendo Dios, ¿por qué se dejó matar?

—No sería bastante bravo.

—Era la bondad infinita.

Lo amaban a su modo, con Él se identificaban al repartir panes y peces, al llorar todo su cuerpo sangre en los olivos. Pero ya en su trono se volvía inaccesible. No les gustaba contemplarlo en la gloria de la resurrección, en la comodidad de un cielo entre coros de arcángeles, era como si se apartara de ellos, como si se elevara a un punto tan distante, que el viento no podría llevarle la voz de las campanas, ni los invisibles protectores alcanzarían a susurrarle las palabras mágicas del latín, ni la noche el vaho de sus candelas votivas. Pero querían al Cristo y seguían rogándole. Y el agua no dejaba de llover.

Veinte días. Veinte noches.

—Padre, las rogativas.

—Tenemos rabia con Dios.

—No nos gusta ya el Dios.

El Cura los echó de la iglesia.

—¡Indios bárbaros!

El sacristán reiteró:

—¿No se lo dije, padre? Son brutos, no entienden ni les importa la religión. Hoy no tocaré las campanas, para castigarlos.

Y no tocó las campanas y el agua siguió cayendo. De día. De noche. Sobre los ranchos, sobre las yucas, sobre el café, sobre el maíz, sobre las papas, sobre los niños. Y volvieron a la iglesia y dijeron bajo la lluvia:

—Que toquen las campanas.

—Ya no nos gusta el Dios.

—El rezador no nos gusta.

Roncos sonaban los goterones al caer a los sombreros de caña, a los ponchos. El sacerdote se restregaba las manos para calentárselas, para librarse del temor, para implorar paciencia.

—Aguanten, buenos hombres, Dios los está probando.

—Ojalá le sepamos a mierda pa que no nos pruebe más.

El Cura volvió a echarlos del templo.

De regreso a sus ranchos pensaron que Dios estaba enojado porque veía enojado al Cura, y odiaron con mayor odio y mayor silencio. Silencio que se oyó cuando todos hablaron por uno, como si no tuvieran bocas:

—Queremos rogativas. Queremos sol.

Aunque los sabía irreductibles, tenía fe en la obra, en la perseverancia. ¿No habían construido, acaso, una iglesia? La iglesia creció. Nunca pudo crecer la aldea, es verdad, porque se resistían a grandes concentraciones, querían estar con sus animales, sobre su palada de tierra, en el rancho, entre sus árboles.

Irreductibles y extraños. Recordaba las originales confesiones en vísperas de primer viernes o en trances definitivos:

- «Me acuso que robé».
- «No vuelvas a robar».
- «Volveré a robar si necesito».
- «Lo prohíbe la Santa Madre Iglesia».
- «¡...!».
- «Lo prohíbe Dios».
- «Dígale al Dios que mate con un rayo al Jacín Cuá».
- «Es pecado pedir tal cosa».
- «Es malo el Jacín Cuá».
- «No debemos desear la muerte al prójimo».
- «El Jacín Cuá no es prójimo, es dañero».
- «Tenemos que perdonar a nuestros enemigos».
- «Dígale al Dios que liquide al Jacín Cuá, o yo lo liquidaré».

Sin embargo lo conmovían ciertos detalles de la superstición indígena, ese querer destruir a los dioses cuando no escuchaban, más que la súplica del hombre, la orden de servirlo. Aquellas imprecaciones de una rebeldía desolada:

- «Eres mal nacido porque te rogamos por las plantas y las arrasaste; porque te pedimos ayuda y nos arruinaste; porque te tragaste las oraciones y no cumpliste el deber retornándolas en obras...».

Y la del más desgarrado corazón ante la indiferencia de los dioses.

- «Nosotros los hombres somos vuestro espectáculo y vuestro teatro de quienes os reís y regocijáis. Nuestros caminos y obras no están en nuestras manos sino en las

manos del que nos mueve. Le habéis hecho vuestra silla en la que os asentáis, y los habéis hecho como flauta vuestra».

Por eso se preocupó cuando dijo el sacristán:

—Tengo miedo, saquemos a San Isidro en rogativas.

El padre escudriñó el cielo plumizo.

—No es tiempo, creo que no escucharía San Isidro.

El sacristán miraba con temor marrullero. ¿Desconfiaría el sacerdote de la mediación del buen Isidro? Sabía que los caminos del cielo son inescrutables y tratar de adivinarlos sería pretensión hermana de la soberbia. Si se equivocaba en los designios celestiales, ¿no sería grande el daño contra la fe de esas gentes? De ahí que el sacristán lo viera atisbar con ceño fruncido los horizontes, y exclamar:

—Todavía no asomará el sol, no es tiempo de Rogativas. Que aguarden estos indios, tócales bien las campanas.

El sacristán tocó solemnemente las campanas, y los indios se animaron al oír esa voz formidable que debía ser oída por los dioses de la tierra y de los hombres. Sol para sus matas. Para sus miradas tendidas contra las nubes.

—¡Oigan las campanas hasta que revienten! —rengaba el campanero-sacristán a cada jalón de los rejos—. ¿Quieren más, indios brutos? ¡Por tantos diezmos que traen! ¡Por tantas gallinas!

Pero el agua seguía. Agua polvosa corrió al principio por los caños. Agua con hojas secas. Agua con barro y hojas verdes. Agua con barro y frutillas. Pantano y agua sucia después. Días. Noches.

Cuando salía un rayo de sol, aparecían pequeños pájaros que se lo llevaban en el pico a los rastrojos. Y por los caños el agua arrastraba pichones sin plumas.

Con sus raíces descubiertas las matas se doblegaban sobre el terreno pegajoso. Las flores de los cafetos desaparecieron, desaparecieron los frutos recién nacidos. Los indios volvieron a la aldea, en silencio rabioso, y hablaron al sacristán:

—No sirvieron tus campanazos.

—Dijimos que rezaras fuerte pa que oyera Cristico.

—Te dio pereza y te dio sueño.

—Vinimos a matarte.

Los ojos del sacristán tomaron el brillo opaco de los machetes que desenvainaban. El llamado a dioses se volvió llamado a muerte, despertó en los indios una sombría urgencia de exterminar en réplica humana a lo infinito, en desesperado acto de rebeldía.

A medida que los indios se le acercaban, más se aferraban sus manos a los rejos que movían los badajos en honda canción de agonizantes. Los ojos se abrieron del todo para desbordar el terror. Pero con el primer golpe quisieron reventar, hasta que se quedaron fijos cuando otros machetazos picaron su cuerpo. La sangre se diluyó en los charcos, a poco fue un barrizal sanguinolento con el agua que bajaba por los muros de la iglesia.

—¡Beban sangre, dioses crueles! —dijeron todos por uno al cielo cerrado.

—¡Beban sangre!

El Cura vio desde el balcón de la casa parroquial y quiso huir pero le salió al paso la masa de indios, ensangrentados sus machetes en los puños inmóviles. Su frío era otro ingrediente del terror, pero ellos miraban sin remordimiento, empapados los harapos y los sombreros de paja.

—Lo matamos porque no le oía el Dios.

—Porque era mal rezador.

—Te dijimos que cambiaras de rezador.

—Que sacaras al Santo pa las Rogativas.

—Claro, hijos, cuando quieran sacamos al buen Santo. Él les traerá sol, les resucitará las matas, les...

—Queremos al Santo pa cargarlo ya.

—Vamos a cargar ya mismo al Santo.

El padre fue seguido por los indios, se arrodillaron, prendieron sus últimas candelas al pie del crucifijo. Y empezaron a rezar como si no tuvieran boca:

—Máندانos sol, Tata Dios. El maíz se muere, se muere el plátano y el frijol y el trigo y los repollos y el cafeto y moriremos también nosotros. Y si morimos, morirás tú, porque te alimentas con nuestros diezmos, con nuestras candelas, con nuestros rezos. Máندانos sol o te mataremos de hambre porque no rezaremos, porque no daremos diezmos, porque no prenderemos candelas. Oye las campanas y abre el cielo pa que alumbre el sol en las hojas, en los ranchos, en el pantano. Se nos muere el maíz, se nos muere el café, Tata Dios...

El Cura tañía las campanas como nunca nadie tañó un par de campanas. Para despertar a Dios. Para despertar a San Isidro. Para invocar a los coros celestiales.

—Vamos a salir con el Santo en Rogativas.

—Nos acompañarás en las Rogativas con el Santo.

Cuando lo dijeron, ya traían en andas la imagen de San Isidro Labrador, parecido a ellos en su angustia vieja.

El sacerdote los vio acercarse silenciosos, crueles, amargos. No alcanzaría a diferenciar un rostro: eran una inmensa cosa gris.

Antes podía distinguir la cara y la voz de Pedro:

—Aquí está tu gallinita, gracias por los rezos.

Antes podía distinguir la cara y la voz de Juana:

—Lo queremos porque nos ayuda con Diosito.

Antes podía distinguir la voz y el rostro del Anselmo:

—Pinta buena la cosecha, tendrá su misa el Santo y una turega de chócolos.

Antes podía distinguir la sonrisa de la Cata, el sueño del niño aferrado al pecho:

—Bonito el mamantón, lo cristianamos con la luna llena.

Ahora únicamente veía algo sin forma, reptante, que hacía con el Santo un objeto animalizado frente a él, bajo el aguacero de la tarde.

—Rece de modo que oiga Tata Dios —exigieron los indios por boca de todos, sin abrirla nadie.

El Cura salió con el aguacero encima.

—«Señor, que nos des y nos conserves los frutos de la tierra. Te rogamos que nos oigas».

—No va a oír Él.

—Alto, de modo que Él oiga.

Y el Cura levantó la voz, golpeado por el chubasco su rostro al cielo cerrado:

—Danos, Señor, Tus bondades y Tus bendiciones.

—No tiene magia el rezo —reclamaron los indios, sin boca para la exigencia. Entonces el Cura empezó a orar en latín, idioma de palabras mágicas para la indiada. Se alegraron por dentro al oír el habla que hablaba y entendía el Dios, con el habla de las campanas, altas en la torre para que las captara más fácilmente.

—«Glorifica mi alma el Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha puesto Sus ojos en la bajeza de Su esclava...».

Difícil recordar todas las palabras mágicas en tales circunstancias. A veces no era latín sino un idioma que inventó su miedo. Dios oiría y le perdonaría, el miedo de los justos es amable al corazón de lo alto.

Pero fue sintiendo vergüenza, y una dignidad olvidada enjuagó su expresión, hizo rítmico el paso, armónicos los gestos, segura la voz que salía no de la presión indígena sino de su corazón refrescado. Y el habla era él mismo en tranquila elación:

—No está solo el hombre, Señor. Oye el silencio de los que no quieren odiarte, escucha a Tus criaturas, barro del barro que formaste, imagen de Tu perdón. Danos un poco de sol, brilla Tú en él para que brille la esperanza de estos hombres oscuros, la esperanza de todos nosotros, los hombres...

Los indios veían caer el aguacero sobre el Santo, resbalar el agua por su rostro descolorido. Uno se quedó

mirándolo, hasta que subió por sobre los hombros de los cargadores y sin detener nadie el paso se quitó el sombrero de caña, grande para la cabeza de la escultura, pequeño para su deseo de abrigo.

Otro subió también, tomó el sombrero y vistió a la imagen con el poncho. Volvió a colgar el sombrero en la cabeza de madera antes de bajarse, amorfo en la romería silenciosa.

Las últimas casas de la aldea se perdían entre el espeso aguacero, de ahí en adelante se multifurcaba en andaderos a las chozas.

—Iremos por estos sembraos con el Santo.

En los barrizales se hundían los pies del Cura y de los romeros. También sus silencios sabían a oración.

—Queremos seguir solos, Tata.

—Llevaremos al Santo por los rincones pa que vea el invierno.

—Lo llevaremos nosotros solos, Tata Cura.

—Pa que el Santo vea el daño que nos hace.

La oración del sacerdote siguió anegando la fe desvalida de los indios, que ya se alejaban con las andas por un camino desigual hacia la ruina de sus siembras.

—Dales, Señor, la fe. Dales, Señor, el sol para ellos, para sus matas, para Tu gloria.

Bajo el torrente iban desapareciendo, hacia la bruma de su angustia, el Santo y los indios. Bajo la lluvia las mejillas del Cura tenían agua tibia y honda.

Largo rato permaneció mirándolos, mirándose a sí mismo, con vergüenza, con esperanza. Y fue lento su paso de regreso a las campanas heladas.

Agua y más agua.

Cuarenta días. Cuarenta noches.

Estaban más bravos los indios y fueron a la imagen que seguía entre sus siembras, y le quitaron el sombrero de ala escurrida.

—Pa que te mojes la cabeza porque no oíste el ruego del hombre.

Al amanecer del día siguiente fue otro y lo despojó del poncho.

—Pa que sepas lo que son malas lluvias, Santo fregao.

Y el Santo se mojaba con las tupidas gotas del aguacero. De día. De noche. Agua y más agua.

Quedaba nada de las sementeras. Se comieron las semillas, aullaban sus perros bajo los aleros, se encogían de frío y agua los animales domésticos. Al acabarse las palabras para el rezo, volvieron los indios al sitio donde enclavaron las andas de la imagen y con rejos y ramas lo vapulearon.

—Santo fregao, no estás oyendo al hombre.

Con la lluvia, San Isidro resistía el aguacero de azotes. Entonces volvieron con hachas y machetes y dijeron:

—Te rajaremos en astillas.

—No nos quieres.

—No te queremos, Santo malo.

—Santo fregao, no te queremos.

—Te rajaremos en astillas.

Y a machetazos acabaron con la imagen, acabaron con ella los hachazos. Hundieron sus restos en un pantanero entre las siembras.

Un día más.

Una noche más.

A la mañana siguiente en los ojos oblicuos empezó a despuntar el sol, y hubo nubes que se fueron con mejor viento, y se despejó el cielo para nueva fe, y se derramó alegre el día en los ojos y en los charcos. Y salieron los animales, y cantaron los pájaros, y la indiada fue al barrizal donde sepultó las astillas del santo.

—Hay que ser duros con estos dioses.

—Pa que aprendan a servir y respetar al hombre.

Y empezaron a sacarlo y a lavar los restos con arrepentimiento sonreído. Los dioses estaban a su servicio, por eso les llamaban, por eso vivían vida sin tiempo.

Entonces llevaron al pueblo los despojos del Santo, y el Cura de nuevo pudo reconocer los rostros de Pedro, de Juana, del Anselmo, de la Cata y de su hijo maman-tón. Tuvo deseos de llorar cuando entraron en la iglesia para decirle:

—Aquí está el Santico.

—Haremos otro.

—De buena madera lo haremos.

—Este ya no nos oía, no hacía buenos milagros.

—No oyó las campanas, no oyó los rezadores.

El Cura escuchaba, abstraídos los ojos en un rayo de sol que untaba el altar.

—Destruyeron al Santo... —dijo con dolor sereno.

—Sí, quedó malito —contestaron los indios—. A todos nos jodió el invierno.

Medellín, junio de 1958

▪ LA MUERTE DE PEDRO CANALES

ESTOS DOS PALOS SIGUEN formando una cruz. Algunos helechos la reverdecen y ponen ternura en su áspera corteza. Al pasar, los caminantes le arrojan pedruscos y rezan jaculatorias por el alma en pena.

—¿A quién matarían? —pregunta una mujer bajo el rebozo.

—A Pedro Canales —responde su compañero, un mestizo, y lanza otra piedra al rústico calvario.

—¡Hombre bravo el Capitán!

La mujer se santigua. Luego se alejan hablando a medio tono sobre las aventuras de quien en vida fuera el ahora legendario Capitán Canales.

Siempre que paso detengo el caballo ante la cruz sin inscripción alguna. Hace dos años yo mismo corté en el monte dos gajos de roble y la formé con bejucos para sembrarla a la vera del camino. Por aquí galopó noches y días Pedro Canales en su caballo negro. Llevaba una aventura por vivir, un grito por lanzar, una hembra en la remonta. Me parece verlo sonriente, semiabierto la chaqueta de

cuero, anchas las botas guerrilleras, anchas las manos, ancha la voz. Nunca un hombre como él nacerá de nuevo. Nunca más volverá a morir alguien como él. Juntos hicimos la guerra. Juntos íbamos al azar de los caminos tirando la vida a manera de sogas. Y juntos estábamos cuando él murió. Porque yo maté a Pedro Canales.

Quien mata a otro, en el fondo desea purificarse. A veces lo creo así. Yo maté a Pedro Canales para matar en él aquella parcela de mí mismo que amaba sus audacias, su vida de pícaro. En él maté aquello que en mí odiaba. Desde este punto el acto fue virtuoso. Pero no quiero disculparme. Simplemente contaré su historia.

Lo conocí al final de la última guerra civil, cuando fracasamos en la lucha. Yo había oído ponderar el valor del Capitán Canales. En la fuga definitiva llegué a su campamento. Aunque las circunstancias no eran alegres, Canales estaba convertido en un estallido de carcajadas. Sin embargo, y sabiendo sus actos temerarios al lado de nuestra causa, me pareció bien un poco de esparcimiento para tantos derrotados.

Me había retirado del vivac para descansar un rato. Escuchaba, menos fuertemente, las risotadas que acompañaban los cortos silencios de Canales. De pronto empecé a oír —mitad realidad, mitad sueño— voces dispersas en el grupo, después el silencio que produce la muerte al acercarse. De lo sucedido tengo vaga impresión: un círculo de hombres sucios, y en medio Pedro Canales y un gigantón se desnudaban sin quitarse de encima los ojos retadores.

—¿Qué pasa? —pregunté a uno de mis compañeros.
—Habrá duelo a dentellada limpia —respondió.

Canales había ordenado traer dos cuerdas para que a él y a su contendor les amarraran atrás las manos. Desnudo, listo para el absurdo combate, únicamente las botas rompían la armonía potente de aquellos músculos. Junto a este hombre había que amar lo bárbaro. En la noche tenía algo de fiera, le relumbraban los ojos cuando se puso en posición agresiva.

Torsos brillantes de sudor, saltos, contorsiones, jadeos de la mordida, bestias primarias, ancestro de las cavernas vaciado en dos rivales que se despedazaban a mordiscos. Aunque había visto cosas tremendas durante la campaña, jamás imaginé tanto primitivismo. Pero guardo de aquella escena una impresión de masa, de sensaciones vagas. Luego disparos cercanos. Gritos de huida. Galope de caballos en la noche. Y sobre su negro retinto, Pedro Canales, inclinado en la silla jineta al peso de un dolor lacerante. Ahí nació nuestro conocimiento.

Aquel duelo me dio su primera dimensión: una hermosa bestia en uniforme de soldado. Sin embargo nuevos enfoques plantearon el problema: o era irreal el hecho, o era irreal el hombre: en ocasiones su buen juicio, y hasta su educación, mostraban a un ser fuera de su medio y que por hondos motivos soltó válvulas a las más dislocadas aventuras. Vivir peligrosamente por el peligro en sí, tal su destino. La cercanía de la muerte lo ponía brioso, su alma era una constante sacudida, un temblor de ramas en la tempestad. Parecía buscar su fin con la audacia que

gastaba en buscar hembras a la vera del camino o en fondas que encontraba al galope de su cabalgadura.

—¿Y si te sale al paso la muerte? —le pregunté una tarde.

—La desnudaré —y se quedó silenciando un leve temblor. Desabrochó su camisa, se recostó en la hierba y miró las hojas de los árboles con deseo de fuga o de combate. En esas ocasiones había cierto desenfreno terrible en su mirada. Aún en ratos de sosiego daba la impresión de que templara riendas al encabritamiento de sus ojos. Le advertí este fenómeno cuando se hallaba enojado y cuando enamoraba. En toda oportunidad era la suya una mirada guerrera.

—Me atrae lo riesgoso, morir es demasiado fácil, ¿comprendes? En cualquier camino dejamos la vida, o se nos zafa en cualquier abismo. ¡O nos la tragamos!

Me exasperaba esa voracidad, ese desparpajo ante la vida o los hombres. Su extraordinaria vitalidad por sí sola entablaba contrastes de donde salíamos apabullados, su misma cordialidad sonaba a condescendencia por el más débil. Su perenne sonrisa pegada a los labios, sus generosidades llegaron a dolernos porque nos hacía insignificantes. Pero quería a Pedro Canales, y donde estaba él estaba yo. Durante mucho tiempo fui parte de su personalidad, un brazo o un impulso suyos.

A su lado era necesario amar lo truculento, formar parte de su desbordado vivir. Se veía armónico entre lo salvaje y borrascoso, al lado de un río o de una catarata, en medio de grandes árboles caídos, sobre rocas, entre cuchillos y disparos, en los caminos difíciles. Sin embargo,

una vez en que yo contemplaba un panorama sosegado de cactus y árboles y llanura mansa, al aparecer Pedro Canales sobre su piafante caballo, todo se brutalizó, tomó su crispamiento. Algo de vendaval y vida y muerte se explayaba desde él en tumbos y ráfagas. Así llegué a advertir que las cosas circundantes se mimetizaban: cuando galopaba en su caballo, los árboles galopaban; cuando gritaba a campo abierto, le hacían coro el monte y los caminos. Y si el silencio era en él, la naturaleza respetaba ese silencio. Igual ocurría con los amigos: su presencia nos anulaba.

—A su contacto dejamos de ser nosotras mismas —me explicó cierta mujer—. Sentimos ganas de refregarnos en él, y quedamos pegadas a su olor de macho, hechas algo suyo. Es todo un hombre, malo y atrayente como un abismo.

—¿No has visto sus manos? —agregó después con una sonrisa nostálgica—. Casi hasta la punta de los dedos son peludas. Una vez, cuando dormíamos juntos, me asustó con esta pregunta: «¿Qué harías si de pronto se me convirtieran en garras?». Creí que en realidad las uñas le crecían y que me iba a destrozar. ¡Y yo estaba contenta!

Otra de sus víctimas, sin rencor, aclaraba:

—Al largarme con él sabía que me estaba perdiendo, pero no quise detenerme. Es el hombre que siempre se va, que puede morir de un momento a otro. ¡Bravo y bueno y malo! Algo que arrastra y se ríe de todo. Algo que una jamás volverá a ver.

Quizá sea una falsa impresión, pero aunque no lo vieran, cerca de él las mujeres se sentían poseídas: un olor de bestia en celo emanaba de su piel. Todo lo animal era en

Pedro Canales definitivo. Era atractiva hasta su falta de escrúpulos.

—Soy peligroso, mujer —dijo ante mí a una joven olfativa. Tenía él aire cansado.

—Me gustan los hombres peligrosos.

Volvió a sonreír, también cansado.

—No has entendido. Soy peligroso de verdad.

Ella siguió mirándolo. Él le tomó un seno.

—Eres blanda, no aguantarías mi carácter.

Ella dejó de mirarlo. Al estudiarle la mano se estremeció, mansa. Él continuó sonriendo, cansado.

—Hay poco camino por andar —dijo. No sabía qué quería decir. Habló por llenar un silencio en ella.

Antes que del acto amoroso, gozaba en el desgarramiento de las carnes de quince años. Después de haber tumbado contra la hierba alguna campesina primeriza, le acariciaba el sexo con el dorso de la mano, como si fuera un conejito recién herido. En estos instantes, Pedro Canales era capaz de experimentar ternura.

Noté que cuando se adentraba en el bosque para cazar, después de ver sangre ya no le interesaba la presa. Un día lo vi refregarse las manos y los pómulos con la sangre tibia de una venada en celo que había desgajado de altas rocas. Algo de ritual lo iluminaba entonces, daba fosforescencia demoniaca a sus rasgos.

—La sangre huele a muerte. O a vida, es la misma cosa —dijo con agresiva plenitud.

Parecía alimentarse con sus actos, adquirir vitalidad al sorberlos. Una noche asaltamos la casa de un terrateniente,

que murió en la refriega. Entre el botín, Canales buscaba siempre alguna mujer joven. Y la encontró aquella vez. Estaba adherida a la pared, dándonos frente y tratando de sofocar un grito en las cuencas de sus manos. Nunca pude olvidar su angustiada esperanza en que yo, uno de los asaltantes, la defendiera. Botas y espuelas de Pedro Canales resonaban en la cabeza de la joven más que en el suelo. Ella volvió a mí sus ojos en ademán de cachorro abandonado.

—¿No basta con que le hayamos matado a su padre?
—dije a Canales cuando él doblaba el pellón para montarla en la silla, parecido al tigre en esto de llevar su presa al monte. Sorprendido de que le reprochara algo tan natural, esbozó un gesto de indiferencia y salió solo, de la brida su caballo, hasta donde se encontraban los otros. Advertí desaliento en el caminar, un son de amargura lejana en su sombra al esfumarse.

—Perdone —alcancé a decir a la muchacha, satisfecho no de haberla salvado de las garras de Pedro Canales sino de que el terror le impidiera comprender la tragedia y odiarnos.

Abandonamos el lugar. Ya en nuestra guarida, Canales se recostó contra la hierba, de cara al cielo. Me arrimé. No hablamos. Al fin pregunté:

—¿No sientes miedo, Pedro Canales?

Yo deseaba oírle algo blando, remordido. Respondió con su voz desnuda:

—No. Todo lo que sucede está bien. ¿Para qué hurgar en nuestros actos?

—¿Y Dios? ¿No te da miedo, Pedro Canales? No creer en Él, a tu manera, es una simple pedantería.

Siguió mirando las estrellas, guardó un silencio hondamente aspirado, y al levantarse para dejarme solo habló en forma cortante aunque serena:

—Desconfío de quienes tienen interés personal en la existencia de Dios —y se hundió en la noche como la sombra del Diablo.

Seguía desasosegándome aquella manera de simplificar las cosas. No pude saber si sus aciertos se debían a una inteligencia clara o a un cinismo elemental que le allanaba escollos. Aunque nunca llegué a su alma, descubrí nuevos planos de su postura. No creía en Dios pero había endiosado su destino, adoraba ciertas fuerzas en cuanto representaban lucha contra hábitos preconcebidos. En el Diablo veía las más hermosas frustraciones del hombre, era prototipo de la rebeldía, de la búsqueda de sensaciones vitales. Según él, la carencia de lo diabólico valía por una castración.

A veces veía al desvergonzado, otras al hombre que ha logrado profundizar en su camino, hundir sus preceptos en el propio barro. Flotaba en derredor suyo esa atmósfera de extrañas dualidades imposibles de amoldarse a un ente real. Pero ahí estaba a lomo de su caballo negro, un poco tigre, un poco alarido, un poco fantasma. Era el hombre de los contrasentidos, parecía vivir su propia novela escrita por alguien que ignorara el oficio.

Cada día mostraba azarosas dimensiones en el alma mía y en la del Capitán Canales. Recuerdo una tarde al bañarnos en la desembocadura de un río.

—Hay tiburones —le advertí.

—¡Tiburones! —exclamó con gozosa excitación quitándose la ropa; agarró una piedra, desastilló el fondo de la canoa, la metió en el agua y empezó a remar olas adentro.

—¡Se te hunde, Pedro Canales!

Marcó un sonriente gesto de despedida y siguió remando mientras el agua empezaba a humedecer sus pies en el fondo de la canoa.

—¡Regresa, idiota! —le grité—. ¡Hay tiburones! —pero continuó remando, sus músculos al sol de la tarde. Era entonces nueva fuerza nacida al mar, apretujón de raíces, grito de vida humedecido por el agua salada. Sin embargo, una sobresaltada alegría se apoderó de mí ante el peligro que rodeaba a Canales. ¿Y si de verdad lo destrozaban los tiburones? Descansé al transferir a los escualos mi recóndita urgencia de matar, fui feliz dos minutos porque ellos me liberarían de una responsabilidad tremenda. Por eso cuando vi hundirse su canoa mar adentro, algo exclamó en mí: «¡Es hora, tiburones!». Pero la lucha de Canales por sobrevivir me hizo quererlo nuevamente. Era soberbio el espectáculo de este hombre, lanzado al abismo por la sola esperanza de hallar una rama y dominarlo para burlarse de él y sentirse viviendo.

Aunque a distancia, apretados los dientes veía la contorsión de los miembros, sus ojos desorbitados en espera del tiburón que cerca de la canoa náufraga dibujó relampagueantes coletazos sobre una ola. A cada sacudida renacían sus brazos, su cabeza, sus pies, su torso húmedo de agua y coraje. Mientras braceaba hacia la playa, miraba en

derredor temiendo la reaparición de los tiburones. Pero sorteó el peligro y tocó la arena, extenuado por el esfuerzo y la tensión. Logró incorporarse a medias, miró al mar en desafío.

—¡Qué bello es vivir! —exclamó echándose contra la arena. Y con más resuello que palabras:

—La vida es hermosa si está junto a la muerte.

Siempre me desequilibró esa idea de nacer cada día. «La vida hay que merecerla», me dijo. «Debemos ganársela a la muerte, alimentarla con ella para que no se deprima. Ninguna gracia sería llegar a los cien años tomando leche tibia y tabletas medicinales».

No sólo vivir la vida: ser vida él mismo. Lo contemplativo se volvió acción, y acción era el eco inmediato de su pensamiento, unida a él como el relámpago al trueno, o al pulsaje la vibración de la cuerda. No tenía propiamente reacciones cerebrales sino musculares y de pura voluntad. En él no podía concebirse la reflexión: «Si fuera a tal parte y me viera en tal circunstancia...», pues en vez de imaginarla, iba al lugar y afrontaba la circunstancia.

Nunca comprendí sus ideales, si los tenía. El minuto pleno, la bocanada de acción, el paréntesis de sueño cuando parecía un volcán en reposo de segundos. Hasta en lo vegetal y en lo mineral detestaba la quietud. Alguna vez en que observamos un derrumbe en una montaña, dijo:

—Así debería ser la vida.

Atraía las cosas, gustaba dominarlas. Nunca dejaba un río torrentoso sin atravesarlo por el trecho difícil, ni un peñasco sin escalarlo hasta destacarse en lo más alto contra el

firmamento. Si se enfrentaba al mar, su primer impulso era hacerse peligro contra la fuerza del oleaje. Cuando galopábamos en la montaña, al ver, por ejemplo, un toro bravo, con el poncho de capote improvisaba lances soberbios. A veces daba la impresión de necesitar probarse las fuerzas, otras, en cambio, de entrenarse a toda hora para la muerte.

Yo veía desconectada su postura de hombre, no le reconocía el derecho de jugarse todo por cualquier exabrupto, menos en las circunstancias adversas que confrontábamos. En él detesté la exuberancia del trópico, ese ir al desgaire, desatadas las fáciles emociones para echar en olvido la disciplina de la obra seria. Rabiaba al verlo desperdiciar sus energías con alma de tahúr, desplegar cierta gozosa amoralidad y lanzarse sin objeto noble, por el simple hecho de no quedarse en reposo.

—¿Qué misión? —protestó un día—. Lo importante es ser hombre.

Se había instalado en la vida como en un trapezio para efectuar cabriolas de las cuales era actor y espectador ávido. Mientras más hiciese vibrar cada momento, más vibraba él, y con él todo lo circundante. Concebirse fuera del estrépito de los combates, de los heridos y los muertos se le hacía también imposible. El descanso era la tregua entre una acción y otra, vividas como si esa hora fuese la última. Siempre la sangre junto a la muerte, puente para la vida al aire con detonaciones. Le estimulaban el humo negro de las hogueras, el olor de los guerrilleros en descanso, relatos de heroísmos suyos o ajenos. Movimiento rápido, goce de las carreras a caballo cuando perseguía o cuando huía para

buscar nuevo frente con ventaja. Poco le importaba vencer porque también lo incitaba la derrota, de ella hablaba como de nueva hazaña del hombre frente a la quietud.

—¿Te agrada guerrear? —le pregunté al observar la intrepidez con que entraba en cada combate y su emoción en las escaramuzas.

—No se trata de si agrada o no agrada, ese es el destino del hombre, lo que salga de ahí va en su merma.

Pues detestaba la pasividad de los hombres organizados por decreto.

—No se mueven porque tienen al cuello una inmensa plomada —comentaba sacando su pecho para establecer un tácito contraste—. Estos parroquianos nunca podrían *canalizar* la vida. ¿Observas lo enrevesado de mi verbo?

Canalizar la vida equivalía a vivirla según Pedro Canales, totalmente, con voracidad ante la luz y las sombras.

Todo en mí fue labrando una angustiada necesidad de destrucción.

—Te mataré, Pedro Canales.

Había tanta paz en mis palabras que miró escrutador.

—Sé que lo harías. Sólo por desesperación controlada llegamos los hombres a ser valientes. Y nosotros somos dos amargados, ¿o no? —y lanzó otra carcajada.

—Tengo paciencia en las esperas. Te mataré, Pedro Canales.

—No me importa si un amigo me mata.

—¿Amigo?

—Estamos condenados a ser amigos. ¿Puede un riel enojarse contra su compañero de paralela?

Miró hacia las nubes y los árboles para hablarles a ellos más que a mí:

—Te quiero porque eres la parte buena que se me perdió, la que aún tenía fe.

Hizo un ademán de desgajamiento.

—Tienes conciencia de culpa. Tu culpa soy yo, quieres purificarte. Seré mártir de tu redención.

—Te mataré, Pedro Canales, de hombre a hombre. Voy a quedar demasiado solo.

Las tardes se hicieron hondas, y las noches. Nos buscábamos porque no aguantábamos ya los silencios del monte, la bulla estéril de la soldadesca. A veces se ponía a cantar. Era extraña su voz de timbre ajeno al canto pero llena de él mismo, igual a sus actos, a su manera de querer y poseer. De cuando en cuando el tono adquiría un matiz elegiaco que parecía venirle a fuera y acomodarse en él para dar sensación de arrullo amoroso.

Al asomarme a su alma sentía terror, algo muy dentro parecía romperse. Llegó a ser un defecto de mi personalidad, eco de mi propio grito: un eco obsedante que opacaba mi voz y se burlaba de ella. Era alguien impulsado por fuerzas ineluctables que hacían su destino trágico. Esto me desazonaba. Yo presentía su fin. Y su fin iba ligado irrevocablemente al mío. Empecé entonces a considerar un deber romper la camaradería. Me agradaba al principio, cuando pensé que su fuerza era clara, y, si cruel, elemental, de puma o tigre. Amaba en él a la bestia pura, a la voluntad primigenia que se manifiesta sin complicaciones, a lo que tenía de raudal. Pero luego vi en muchos de sus

actos algo enfermo; de varios caminos escogía el del mal, aun conociendo los otros.

Por recóndito nahualismo sus crímenes me manchaban. A cada una de sus andanzas servía yo de castigo, él parecía purificarse al verme sentir remordimiento. Bien que existiera una responsabilidad colectiva por delitos individuales, pero creí injusto que únicamente yo sufriera el impacto de sus acciones, me dolía ser su conciencia. Porque en él, conciencia era prolongación de músculos alegres de matar y seducir y cabalgar al azar de los caminos. Entonces comencé a liberarme al pensar que bajo su influjo había caído yo en salteador. Sólo podría redimirme la pena, me castigaría matando a Pedro Canales: era una variante de mi suicidio. Más tarde dividí en buenos y malos nuestros actos, y aunque los cometíamos en común, adjudicaba a él lo perverso y a mí lo virtuoso para volverlo bandido y convertirme en víctima.

Cuando su inteligencia, clara a veces, se desviaba hacia lo cínico, me dolía si tenía que ver con la muchacha. Meses después del asalto la oí cantar con voz de pena rimada. Nunca le hablé. Tal vez mi afecto era simple forma del remordimiento. La quise hacer intocable por considerarla algo puro de mí mismo, ajeno a la voracidad de Canales y a mi voracidad. Cierta día en que hablábamos de ella, él generalizó guasonamente:

—Hay dos clases de mujeres: las que sucumben al deseo de entregarse y las que sucumben al placer de rehuir al hombre en una variación del placer que no llamo virtuosa. ¡Los horrores del bien, amigo mío!

Creí notarle una fruición corrompida ante mi decaimiento, sentí ira cuando puso su mano sobre mi hombro, satisfecho de agregar con fastidioso aire protector:

—Eres ingenuo, las idealizas para hacerlas inaccesibles —y tronchó su risotada al dar orden de ensillar las bestias. Debíamos acompañarlo a otra de sus correrías.

Hasta que decidí huir de Pedro Canales. De legionarios contra un estado corrompido de cosas, habíamos caído en hombres fuera de la ley. Ya no luchábamos por nuestra causa sino por vengarnos de nuestra derrota. Las víctimas eran inocentes, ahí el hacendado muerto y su hija. Así llegó la hora de la desintegración.

—¿Dónde está el Capitán Canales? —pregunté a uno de sus hombres, que agotado miraba las ruinas humeantes de lo que fuera campamento.

—¿Dónde cree, pues? —rehuyó. Algunos atisbaron hacia el camino que conducía a casa de ella. Y por allí volví grupas rabioso por tener que afrontar una situación absurda. Pero en el fondo mi actitud era subterfugio, ella poco me importaba. Nunca supe su nombre, sólo una vez la oí cantar con voz de pena rimada. En último caso, si me enamoré fue de mi generosidad, de mi sacrificio, de mí mismo al hacerme bueno; ella era pretexto para dar cabida a mi vanidad que deseaba sufrimiento para ser reconocida como virtud. Sin embargo, en las tardes me gustaba contemplar las hierbas verdes a orillas de los arroyos, y los gajos que mojaban sus ramas en las ondas.

Al acercarme vi pastar su caballo, suelta la rienda bajo los cascos de negro retinto. Al extremo de mi impulso,

de mi brazo, de mi puñal, sólo podría estar la yugular de Canales.

Cuando llegué a su lado, aún desgonzaba una sonrisa. Sin embargo, mucho de jaguar herido había en su expresión. Siguió contemplando la cuenca de su mano derecha, con el relajamiento de quien acaba de recibir una dádiva generosa. Un ligero vibrar crispaba sus dedos.

—¿Por qué lo has hecho, Pedro Canales?

Lo ofendido de mi voz impidió una respuesta cínica; a su manera tenía mínimas delicadezas de amigo, era demasiado animal en sus sentimientos para ser traidor. Vivía su vida como quien sorbe un jugo cuando la sed acosa, y con paradójico temor de verla agotada.

Lentamente deshebilló el cinturón y arrojó a distancia su revólver. Las manos en la nuca, de espaldas sobre la hierba, echó lejos su mirada, como si de pronto se le fuera a caer. En ella volaron pájaros, se estremecieron ramas, sonaron galopes, huyeron ríos, muchos caminos sin meta afinaron su tierra parda. Por primera vez fue gráfica la tristeza en la expresión de Pedro Canales. Una tristeza de adiós definitivo, exento de superficialidad.

—Es cosa mal hecha del hombre —dijo en son de disculpa—. Tratar de cambiarnos es poner remiendos que nos afean más. Nacemos para desbocarnos, para colocar el pecho en la punta de algún cuchillo...

Su tono de vencido logró atenuar la fuerza de mi mano sobre la empuñadura.

—Defiéndete, Pedro Canales —dije, no obstante, acercándome tras el brillo de la hoja afilada. Miró con desgano

el revólver tirado sobre la hierba, volvió hacia mi brazo sus ojos, pensando en que matar o ser matado con puñal requiere esfuerzo violento. Por primera vez comprendí que él deseaba reposo. Sus gestos de niño que desea dormir casi me conmovieron. Pero imaginé a ella junto a sus botas, y el puñal volvió a enojarse en mi mano.

—Defiéndete, Pedro Canales.

Lentamente se incorporó mientras decía mirando a ninguna parte:

—Sabes que no tengo miedo.

Quebró una chamiza, la arrojó.

—Aunque a veces comprendo lo inútil de este valor animal.

—¿No te han sobrado mujeres, Pedro Canales?

—Pasé por aquí y la oí cantando... Hace años —era pequeño—, vi a un sinsonte silbar en lo alto de un maguey. Ningún pájaro ha vuelto a cantar así. Deseaba llorar escuchándolo, y sentí vergüenza de ello. Entonces lo maté con mi honda. Toda la tarde, toda la noche estuve llorando...

En su mirada vi un maguey y un pájaro menos. En ella quedaban ríos, y galopes, y caminos sin meta. Y un poco de muerte desleída en el paisaje. En el fondo yo deseaba que él fuera simplemente el bruto que parecía ser, no el hombre superado que se revelaba en ratos de sosiego, en silencios reflexivos. Su alma contradictoria, estrecha en el cuerpo de bandolero, desmentía mi visión de las cosas, echaba en cara, agresivamente, su paradoja, su irrealidad.

Se me iban agotando las ganas de pelear con Pedro Canales, por eso eché el desafío:

—Defiéndete o te mato como a un bicho.

Se le llenaron de mí sus ojos, se irguió lentamente mientras sacaba su cuchillo.

—Así no... —dijo, y se cuadró sin rabia, convertido en alguien que por varonía omite disculpas. Yo, para conservar el coraje menguado, recordaba a la muchacha, gimiendo bajo esas garras.

—¿Listo? —hablé.

—Listo —sonrió desgonzando las comisuras, no como quien va a defender la vida sino como quien se apresta para morir. Aún me estremezco al recordar el blando chasquido de mi cuchillo al hundirse en su garganta. No comprendí entonces por qué no se defendió. Él sabía que yo tiraba a matar. Cayó sobre el poncho, y la sangre que a borbotones enrojecía la tela se mezcló a la que le diera poco antes la joven.

—¿Por qué te dejaste matar así, Pedro Canales?—grité inclinándome sobre su cuerpo que iba quedándose solo. Sin su vida aventurera. La muerte se hacía Pedro Canales en un trágico mimetismo.

Volvió a mirar, llevó lentamente a la herida la mano, y con su sangre empezó a refregarse el rostro. Era su última voluptuosidad. Luego se dejó caer de espaldas, y en sus ojos, con él, murieron todos los paisajes.

Guatemala, enero de 1955

▪ TIEMPO DE SEQUÍA

—Ni agua siquiera.

La voz suena a polvo de largo verano, a sed antigua. El sudor estampa el corpiño contra los senos.

—Cuánta espera, Sebastián, ¡y ni pa una taza de café!

Descarga la tinaja después de sacudirla ante su invisible interlocutor, y echa a lo alto su mirada en súplica violenta. El reverberar del aire chamusca los ojos. Ni nubes para atajar el sol, ni brisa para airear los árboles que estiran sus ramazones en llamarada.

—No sirve pa beber —dice la mujer sentándose sobre un tablón rajado. Hunde un trapo en el fondo de la vasija, lo escurre y lo adhiere al rostro. Más parecen sudor tres gotas al resbalar por la piel brillante, distendida de pómulo a pómulo para dar clima de verano a su figura.

—¡Hace rabiar este calor! —exclama restregando su cuello con el trapo antes de hundirlo entre la blusa para refrescarse los senos.

Agua piden los cauces abandonados por donde corre la sed. Agua piden las grietas de los barrancos erosivos. Agua piden las vasijas de barro ladeadas en el suelo.

¡Agua!

Enjugándose el sudor y cojeando desastrosamente aparece el marido, en las manos un rollo de gasa y un frasco de yodo, seguido de su perro. Se tira en una hamaca que cuelga de pilar a pilar, y con aire desolado ventila el pie herido mientras la voz se asfixia con el chirriar de los cordeles:

—Tres horas pistiando en la boca del monte. Ni ardillas, ni conejos, ni pavas. ¡Esto se acabó!

Desmenuza media hoja de tabaco y la introduce en su pipa de guadua. Al acercar un fósforo el humo riega su disonante tranquilidad en el rescoldo de la tarde. Abarcan sus ojos el paisaje inmóvil, y al hablar, algo en él empieza a morir:

—A veces me pregunto si es verdá tanta miseria. Juro que si otro me contara esto que nos pasa, no lo creería.

Rocía con yodo el pie, frunce los músculos faciales en gesto ácido, y su pregunta más parece efecto natural del ardor en la herida:

—Diga, Carmela, ¿vivir será obligación?

Dentro, el llanto de un niño hace forzar un silencio equivalente a la inviolable respuesta.

Arroja ella el trapo sobre la tabla y va a tomar al niño en brazos. De regreso se sienta a la sombra del alero.

—También tiene hambre —comenta el otro dando rabiosa fumada a la pipa. La mujer descubre un seno y arrima al hijo. Cesa el llanto por segundos, se repite furiosamente. Cambia de posición al niño y saca el otro seno. Sebastián aguarda con expectación dolorosa, y cuando escucha llorar de nuevo se incorpora para cojear sobre el piso de tierra. Ella ensancha los ojos con una calma aterradora.

—No tengo leche, Sebastián...

Sus palabras se pegan en la lengua gelatinosa. Él vuelve a sentarse, cansado ya el pie enfermo, pero se yergue y sale al patio de sol para otear desde el tranquero cerros y cuestas que se introducen a candeladas en el firmamento. Echa sus ojos al agrio azul y de su boca entreabierta salen, combustibles, las palabras:

—No asoman. ¡Nubes, nubes!

La resolana quema sus ojos congestionados de atisbar a lo alto. Baja la cabeza, y al hacerla girar con gesto embrutecido aparecen dos tinajas ladeadas en el suelo, cortezas enroscadas de la leña, tierra descascarada al mudar pellejo. Hojas y cogollos retorcidos en tirabuzón. Abajo, los costillares de algún animal que se secó por dentro; alguna calavera de res, uno de sus cuernos clavado en el polvo, otro señalando con índice férreamente curvo al sol. Y contra un pilar el desdoblamiento de Carmela y su hijo. Entonces avienta el rostro hacia arriba, crispadas en lámpara las manos, e increpa a todo pulmón:

—¡Aaaaguaaaa!

Ante el grito la mujer no cambia el rumbo de la mirada ni la hermética posición de su cuerpo. Ya el nombre de Dios se le quema en la súplica. Sólo dice, para callar una blasfemia:

—Es tiempo de irnos. Todos se han ido, Sebastián...

—Pronto lloverá, mujer —responde anulado regresando a su hamaca. Desde hace días expresa lo mismo en tono de plegaria: «Pronto lloverá, salvaremos las matas del sembrao...». Pero los días ardieron más largos, rayados de

monte a monte por un sol rojo candela, hasta que el éxodo dejó abiertas e inmóviles las puertas de los ranchos. La sequía avanza, ya no quedan tubérculos en los papales ni raíces al yucal, ni espigas al maíz. Sin embargo quiere furiosamente a su tierra. Quiere a su mujer. Quiere al hijo. Quiere al perro. Así ordena la intensidad de sus afectos, lo que lo aferra a vivir contra la voluntad del medio. Cuando se mimetiza entre aquellos árboles familiares cree retoñar, echar capullos, hojas, frutos, y mece los brazos a manera de ramas al pensar que un pájaro se posa encima.

En cierta ocasión, de pequeño, quiso alcanzar una papaya madura, pero ante la inutilidad del esfuerzo sintió ira y con un garrote azotó al árbol. De pronto, en mitad de nuevo impulso, detuvo en el aire su garrote al ver que la savia resbalaba por la corteza como por una vieja mejilla, y abrazó al árbol en actitud de arrepentimiento. Desde eso amó aquel tronco manso ante sus golpes, amó el bosque todo, inclusive los gajos que no tenían fruto para su madurez.

Le parece ridículo el recuerdo, aunque fue otra causa del apego a esa tierra, prolongación de sus músculos, de su vida vegetalizada, y para no abandonarla encontraba disculpa. Sirvió primero el estado de Carmela:

—¿Cómo podríamos andar si te faltan pocos días pa tener al niño?

Cuando dio a luz, tres semanas antes, volvió a invitar ella:

—Puedo caminar ya, Sebastián...

—No te apurés, lloverá, el viento de hoy es bueno —le susurraba todavía su esperanza. Después fue la mordedura

de la culebra. Hasta se alegró porque así no podría avanzar gran trecho, tantos inconvenientes debían ser anuncio divino.

Pero ya no se trata de huir, ni de quedarse: se trata de sobrevivir. Del maíz racionado poco les resta: algunas libras de panela para el hijo, unos terrones de sal, un manojo de cebollas. Ni cerdos, ni gallinas, ni plátanos.

Ahora la tierra yace, quemada bajo un cielo de incendio sin humo; la mujer arrulla el hambre del hijo, allí cerca, bajo el alero. Únicamente el perro entibia su desesperación. Pasa la mano por la pelambre gris, y el animal retoza arrimándosele más para lamer su propio agradecimiento.

Sebastián observa al pie, quiere gritar, justificarse:

—Yo no vi la culebra, Carmela, sabés cómo es eso: recorre uno el monte buscando qué cazar, pasa junto a ella, o la pisa, y ¡traz!: clava sus malditos colmillos donde hay carne.

La mujer se estremece al revivir la escena contada tantas veces. El hombre mira su recuerdo, parece mirar su propio temblor, ya calcinado.

—... entonces agarré este machete y la partí en pedazos, así, ¡así!

Levanta la voz como si se dirigiera a un nido de víboras, y clava el acero en la tierra agrietada por el verano.

—Cuando vi dos puntos de sangre en el dedo puse el pie sobre un tronco, alcé el machete, y ¡guape!: dos dedos cayeron a la hojarasca, ¿qué otra cosa podía hacer, Carmela? Si la mordida hubiera sido más arriba, yo mismo me habría botao de un tajo todo el pie... Es mejor que se nos

muera una parte a morir del todo, ¿o no? Porque a veces me pregunto si es necesario vivir.

Parecen una gran mentira bajo la vastedad del cielo en fogarada, del sol de cristal hirviente que llamarea en la paja de los ranchos. Ni nubes, ni brisa, ni movimiento en las hojas. El verde del campo se ha hecho amarillo sediento. Por las grietas del patio circulan hormigas, y por la corteza de los palos. Sólo allá, sobre el llano rugoso, puntos oscuros que semejan pavesas de lumbrarada agujerean el firmamento. La mujer renace mirándolos.

—¡Torcazas! —dice. El marido se yergue y en rápido cojear va en busca de su escopeta.

—Podemos comer si vuelan encima o paran en aquellos árboles.

También la mujer se endereza en anhelante expectativa. Son muchas palomas silvestres y volarán sobre la casa y su marido podrá disparar al aire y matar dos o tres de un tiro, así ocurrió otras veces.

—No fallés, Sebastián, Dios nos las manda...

Con lengua pegajosa tratan de humedecer los labios, fijos sus ojos en las alas oscuras que rayan el reverbero del aire. Pero en bandada se desvían como antes las nubes que presagiaban lluvia. Ellos se quedan mirándolas hasta verlas desaparecer contra el azul de sed irremediable. El silencio arde en la quietud vibrante de la lejanía. Ningún comentario, ni una palabra llena el vacío. El arma se desmadeja, ya prolongación del brazo sin esperanza. Entonces Sebastián llama a su perro:

—Al monte, Gavilán, tal vez cojamos un conejo.

—¡Cómo vas a andar entre el rastrojo con el pie cortao!

—Hay que hacer algo, mujer.

Se levanta ella, deja en la cama al hijo, vuelve con dos vasijas grandes y un costal, para decir:

—Entonces yo voy por agua, Juan cavó un pozo...

Dista más de dos leguas el rancho de Juan, pero es necesario ir por agua. El marido calla mientras vacía pólvora y municiones en cuernos de res terciados a su cintura; trae dos sombreros de ancha ala, se coloca uno, y al echar tranca a la puerta se ahoga el llanto del niño.

—Hasta la tarde, Carmela.

—Hasta la noche, Sebastián.

Y mientras ella sale por el camino polvoriento, menos preciso el cuerpo que su sombra, él se hunde cojeando entre las ramas secas, escopeta al hombro, seguido de Gavilán.

Crujen ramujos y hojas bajo las plantas del perro y del hombre. Un vaho caliente de líquenes en chispa, de musgo sin humedad impregna la quietud bajo los chamizos. Gavilán se ha internado siguiendo rastros. «Puede ser un venao», piensa Sebastián, «pero venaos ya no se encuentran. A lo mejor una tatabra».

El perro ladra hacia el cauce de un arroyo absorbido por el verano. ¿Y si de verdad es un venado que llegó a abrevar donde antes había agua? Pero el ladrido es característico de Gavilán cuando sigue pasos de conejo.

Inconscientemente Sebastián acelera su difícil andar para tener cerca la huella del ladrido. Piensa en el hijo que llora inútilmente aferrado al pezón, piensa en la frase de Carmela:

— «No tengo leche, Sebastián...».

El monte se hace trocha cruel para su pie que ha empezado a sangrar, a humedecer el chirriar de la hojarasca. Él no hace caso, fija su atención en la posibilidad de una presa con qué prolongar la agonía de su fe, engañar un retazo de su propia amargura.

Ahora oye más cerca el ladrido. Gavilán sabe indicarle la trayectoria de la presa, atraerla hasta su atisbadero. Debe estar exhausto Gavilán: sin beber, sin comer, ilusionado por un hueso, una cazuela de caldo, algunas menudencias.

Un gesto de ternura para su perro suaviza la expresión del hombre. Nunca podría conseguir otro igual. De cachorro lo trajo, cuando vino, entre los primeros, a colonizar esa tierra víctima de veranos sin lluvia. Allí se crio, allí aprendió a rastrear animales de monte y a vigilar sembrados. Ni espantapájaros, ni hondas, ni gañanes podrían igualarlo en su labor de vigilancia. Cuando Sebastián iba al pueblo lejano y dejaba a Gavilán en el rancho, sentíase incompleto sin el tibio acezar, sin el cariñoso gruñir, sin ese ladrido que de pronto se hacía voz gluglutante de niño. Podría jurar que la antevíspera, cuando por la mordedura de la culebra hubo de cercenarse el extremo del pie, Gavilán lloró viendo sobre la hojarasca esos dedos sanguinolentos, y ni el hambre atroz hizo que se los comiera. Quedaron para las hormigas junto a un tronco brotado de muñones y lianas quebradizas.

Ese recuerdo aviva el dolor, pero la cercanía del perro le hace olvidar su herida. Por el cauce abandonado bajan ahora la fuga del conejo y el jadear aullante. Sebastián se

incorpora, lista la escopeta para hacer fuego cuando la liebre asome.

—«Por aquí debe pasar» —se dice apostado tras una peña que domina el trecho—. «¡Si pudiera andar! Se trata de Carmela, de mi hijo. Tenemos hambre».

Más allá se sacuden varias ramas, un arroyo de estremecimiento en las hojas corre paralelo al antiguo cauce. El cañón hacia las ramas nerviosas, el ojo en la mira, contra el hombro la culata...

De pronto en dos saltos desvía la liebre su rumbo y empieza a trepar, invisible, por un desfiladero en muralla frente a Sebastián. Detenido en medio camino, el perro aúlla entrecortadamente al ver alejarse su presa. ¡Si sonara el disparo! Unos segundos más, y escapará el conejo. Gana Sebastián la piedra, corre desesperado enredándose bestialmente el pie en las raíces de un árbol. Un gemido rabioso se escucha al tiempo que dispara la escopeta, dirigido el cañón hacia la fuga del conejo. Cuatro ojos expectantes, un ademán desolado, y los matorrales allá arriba continúan su estremecimiento hasta quietarse.

—¡Fallé! —exclama el hombre, y sobre un tronco se desgonza convertido en algo que perdiera sus resortes.

—Gavilán... —llama con esa calma que precede a la muerte. El perro menea su rabo y se le acerca perdonándole el mal tiro.

—No es culpa tuya, Gavilán. Más hambre tenés vos, luchaste bravamente.

El perro gruñe invitándolo a continuar. Pero el conejo se ha perdido, y lo sabe. Entonces contempla la herida

que sangra a través de los trapos deshilachados, y mira en solicitud de permiso.

—Andá, podés lamber.

Gavilán arrima el hocico a la sangre que fluye profusamente. Tal vez crea hacerle bien a Sebastián, sin embargo el sabor de sangre le agrada en este momento. Un ancestro salvaje incita a morder, pero sigue lamiendo con la suavidad que permite su hambre de varios días. Sólo ha comido una yuca que logró desenterrar, y la víbora que mordiera al hombre.

—Bebé mi sangre, Gavilán, de algo ha de servirte. ¿Qué no harías por mí? ¿Qué no harías por Carmela? ¿Qué no harías por el hijo? Sos valiente, yo te conozco; una vez te enfrentaste a un tigre. ¿Recordás cuando lo matamos? «El mejor perro de toda la región», te llamaban los vecinos. Pa mí eras el mejor del mundo. Ellos no te conocían en forma, Gavilán. Seguí lambiendo la sangre pa' tu sed, pa tu hambre.

Aún la suave lengua lastima la carne viva del pie. Cuando Sebastián se contrae, el perro gruñe dulcemente, avergonzado.

—Estamos solos, Gavilán... —dice mientras limpia su cuchillo en el pantalón—; tal vez confiemos demasiado en la Providencia.

Atrae al perro de modo que suba sus patas delanteras a los muslos. Esa mirada limpia le infunde una tristeza dolorosa. Se le queda viendo con pupilas ausentes, un leve temblor sacude sus nervios ante el convencimiento de que se juega la tranquilidad, su propia conciencia. Y viéndolo lamer la cinta del cuchillo:

—Si no llueve, moriremos: vos, Carmela, el hijo. Ya nadie vendrá a esta tierra, se perderá sin los ojos tuyos, los míos, los de Carmela. ¿Qué no harías por el hijo? No me mirés así que me das miedo, Gavilán...

Sólo se escucha un gemido ahogado, y el ruido torpe del cuchillo al hundirse en la garganta del perro. Sangre caliente chorrea de la cabeza desgonzada a las rodillas de Sebastián, de estas por las piernas al suelo. Sangre para la sed de los dioses. Para el conjuro de nubes y viento. Para la impotencia campesina frente al rigor del verano. Buena sangre de perro bueno.

—¿Qué no harías por nosotros? —solloza el hombre al contemplar el cadáver. Se tercia la escopeta, toma el cuerpo aún tibio como quien carga a un niño moribundo, y cojeando sin evitar los ramujos que raspan su herida se dirige al rancho, la mirada húmeda fija en un punto lejano e invisible.

Acurrucado frente a la olla que hierve, Sebastián rumia un silencio con la figura exacta de su perro.

Nervios. Crepitar de candela. Verano sin ladrido. Soledad. Vapor de agua. Noche. Sangre y cuchillo. Todo se impregna de un aullar neblinoso. La muerte de Gavilán se le echa a un lado, inmóvil, en el suelo. Ojos grandes, cafés. Más caída una oreja que otra. Dóciles las patas delanteras para insinuar retozo. Manso el porte en el rancho, genuino el coraje frente a la bestia montaraz. Perro, hermano...

Ni los pasos de su mujer, que regresa hecha fatiga de siglos, sirven para distraerlo.

—Traje agua, Sebastián, y una turega de maíz y medio tarro de café.

Alborozada ante el hervir de la olla de tierra cocida, bota su cansancio:

—¡No me digás que mataste algo! Oí el disparo, pero creí...

—Un animalito flaco del monte...

La voz de Sebastián se quiebra. Las llamas del fogón dibujan sombras en sus prietas facciones.

—¡Gracias a Dios tenemos carne! ¡Ahora si lloviera! —aníbase ella aprestándose a desgranar las mazorcas—. ¿Sabés? Por el camino iba rezando: «Señor, que Sebastián encuentre un conejo en el monte». ¿Ves? Ha oído mi oración. También rezaba: «Señor, que caiga lluvia hoy mismo», y hasta repetía lo de las rogativas al santo en las calles del pueblo: «Señor, que nos des y nos conserves los frutos de la tierra. Te rogamos que nos oigas». Y Juan me dijo: «Hoy lloverá, vecina, porque está ventiendo de los cerros». Pero ¿qué te pasa? ¿No oís el ventarrón? ¡Aso-máte al higerillal!

La mujer se levanta, sale al patio, grita:

—Sebastián, ¡hay viento del cerro en las ramas! ¡Hay remolinos de polvo en los barrancos! Hoy lloverá, ¿por qué no venís? ¡Se llena el cielo de nubes!

—Estoy cansao, Carmela.

—Es cierto. ¡Andando entre chamizas con el pie cor-tao! Pero alegráte que se acabaron las penas. Gracias, Dios

grandote. ¡Que llueva, que llueva, que llueva! —y con expresión gozosa deja resbalar el agua por su rostro, echado hacia los nubarrones oscurecidos. Pero cuando el llanto del hijo la reclama, corre alegre a tomarlo en brazos, lo lleva a la cocina y dice mostrando la olla que hierve con fuerza:

—Se acabó el hambre, chiquitín. Todos comeremos: Sebastián, yo, el perro..., ¿dónde está el perro, Sebastián?

El hombre tiembla mientras gime la frase con lentitud de aullido ausente bajo la luna:

—Por allí andará, Carmela.

—Tenemos que darle los mejores huesos cuando vuelva. De no ser por él, el conejo se te habría encuevao, ¿no creés? Le daremos todos los huesos, y un poco de caldo, y un...

—Sí, Carmela. Los huesos son de Gavilán...

Las palabras se humedecen en los ojos, se echan en el suelo como un perro herido.

Guatemala, abril de 1954

▪ AL PIE DE LA CIUDAD

—¡Traé la cabra, muchacho! —se oye una voz que rueda hasta el cauce lleno. Y otra voz, ahora infantil, sube tropezando en los barrancos:

—¡Ya voy!

El niño soba con la palma de una mano los ijares del animal, cuyos ojos lamen con suavidad las cosas, largo rato. Su paso trepa los riscos, y la ubre unta de leche y vaho tibio las hierbas.

En un descanso de la loma se detiene la cabra para comer hojas de una rama. El niño aguarda que los belfos escojan retoños recién brotados que ella rumiará después mientras la ordeñan. Siempre fue así, más ahora, cuando el recental murió ahogado al arrastrarlo las aguas crecidas del invierno.

—«Estas lluvias nos favorecerán, cuando merme la corriente pescaremos la mercancía que arrastre».

Así dijo el padre días antes. El niño saldría con él a buscar baratijas entre las piedras de los desagües. En el fondo hallarían lo que una ciudad grande tiene para perder:

monedas que caen a los transeúntes por los enrejados de las alcantarillas, anillos, o aretes, o prendedores que dejan ir por lavamanos y baños las señoras. En una ocasión él, mientras arreaba la cabra, encontró una piedra que dio de sonreír al padre. Desde entonces ejercieron con mayor empeño la profesión de pescadores de desperdicios. Por eso el hombre estuvo alegre con las lluvias torrenciales, y exclamó:

— «Cuando merme el aguaje encontraremos buena mercancía».

Pero el niño estuvo triste porque el raudal ahogó al cabrito, y ahora las ubres revientan de leche sin el espumoso afán de aquella trompa punteada. Por eso quiere más a la cabra y siéntese un poco hijo de ella. A veces mascaba hierba y caminaba en cuatro patas y arrimaba el rostro a la ubre, deseoso de balar para decir al animal que se sentía en algo hijo de él, y así consolarlo por el recental muerto en los desagües crecidos.

Cuando la cabra termina de masticar las hojas vuelve su cabeza para mirar al niño. El niño acaricia la cabra bajo los ijares. La cabra permanece quieta, asequible su posición junto al niño. El niño se le arrima y le habla en lenguaje inventado por él, mitad voz, mitad balido. La cabra mira barranco abajo, hacia los desagües, con mirada que apacigua la loma. El niño recuesta su cabeza en los ijares: son tibios y se hinchan con la respiración. Una mejilla da a la ubre y la salpica la leche al gotear de las tetas blandas. El niño sonríe al calor de esas entrañas, pero le escuece recordar el cabrito. Le gustaba verlo raboteando alegremente

aferrado a los pezones henchidos. Y cuando su padre le dijo: «El cabrito se ahogó en el río», llorando fue a buscar inútilmente el pequeño cadáver, como hacía cuando buscaba alguna joya, o monedas en el fondo del cauce y en los pedregales orilleros.

De los desagües para arriba quedan los barrancos. Y cauce arriba, tras los barrancos, está la ciudad. Para él, ciudad es edificios altos, mucha gente, muchos carros. A veces acompañaba a su padre a vender el producto de su trabajo: un anillo, chispas de arete, eslabones de cadenitas de oro, medallas curtidas. Los compradores miraban recelosos y sin muchas preguntas, de mala gana, pagaban con qué obtener un par de pantalones, dos o tres libras de carne o arroz, unos kilos de frijol y maíz.

—«Por aquí se van las monedas cuando la gente las pierde» —explicó su padre señalándole una reja de la alcantarilla. Sabía que al llover, el agua arrastraba por los caños tales objetos. Así, comprendió la alegría del hombre cuando dijo:

—«Estas lluvias nos traerán buena mercancía».

Pero también sintió ira dolorosa porque al aumentar el raudal esas lluvias habían ahogado al cabrito, y ahora la leche rociaba las malezas, y la ubre se veía sola sin aquella trompa punteada. Sin embargo, a su manera quería las aguas turbias que venían de tantos rincones de la ciudad y traían baratijas u objetos finos. Él mismo ayudó a cavar zanjas cruzadas; así podían hurgar en el fondo y sacar lo que relucía. De esa brega dependían todos, no sólo su familia sino otras cuyos ranchos trepaban por los barrancos hasta

mucho más abajo de la ciudad. Era un trabajo honrado y difícil. Otros robaban. A veces, cuando hundían sus pies en las aguas sucias, sentían vagamente que eran desperdicios de la ciudad: de pronto salían al aire de las alcantarillas, rodaban botados a la inclemencia de los barrancos. Sin embargo la ciudad daba de comer. Pero el mundo del niño eran los matojales de la loma, los deslizaderos de tierra amarilla, y su cabra. Antes era el cabrito. Pero el cabrito desapareció en una de las zanjas que labrara con su padre en el desemboque de las aguas negras.

Nunca decían que trabajaban en eso. Algo los hacía callar. Únicamente lo comentaban en los barrancos, en la tierra de nadie. «El Río» lo llamaban. Si alguien decía: «Aguas Negras» guardaban un silencio enojado. Nunca mencionaban las rachas que traía el viento. Esa corriente era El Río, y de él vivían —pescadores a su manera—, y a sus orillas crecían matas fértiles. Allá arriba está la ciudad, acá abajo están ellos, y venden después, allá arriba, el producto de la búsqueda entre las aguas y las piedras ribereñas.

—¡Apurate con la cabra, muchacho! —repite el padre desde la casucha, encima, a mitad de la falda.

—¡Vamos ya! —contesta despegando su rostro de los ijares. La cabra bala a los desagües con ternura, su cabeza extendida a la ausencia del crío. El niño dice: «Se ahogó el cabrito allá, en las zanjas que yo y mi papá hicimos. Se lo llevaron las aguas, por eso estás sola, sin el crío», y vuelve a acariciarle la ubre sintiéndose otra vez un poco recental con ganas de leche. Entonces arrima su boca y empieza a chupar. La cabra aparta los remos traseros para dar más

libertad a la ubre y al niño. La leche fluye tibia y amorosa del pezón, resbala por las comisuras. Son amables los ijares que se hinchan con la respiración. Ella permanece inmóvil, otra vez madre de un pequeño aferrado a la ubre.

La voz se deja oír sobre el barranco, brava contra el mundo:

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Traés la cabra o bajo yo?

—Voy, papá, ¡ya vamos! —responde azuzando delicadamente a la cabra que reemprende el camino hacia el estrecho patio de la casa.

Así sucedió meses atrás. Porque un día la cabra apareció mascando yerbas en la loma. «Mire lo que encontré en los desagües», dijo el niño en ese entonces cuando llegó a la casucha empujando al animal. Pensaba que era un ternero barrigón, manso y extraño.

—«Es una cabra, la perdería su dueño» —dijo el hombre retejiendo un viejo canasto—; «en cualquier rato viene a llevársela, o ella misma regresará».

El niño giró su cabeza de la cabra al padre, del padre a la cabra.

—«Le pediré al niño Dios una cabrita igual» —dijo. Sobó la planta de los pies contra el polvo, jaló el tirante en bandolera de su overol e insinuó otra posibilidad:

—«Mejor pediré al Niño Dios y a Papá Noel dos cabras pa el que la perdió, y así me quedo con esta, ¿no te parece?».

Era un trato justo. El padre nada quiso decir. Vio a su hijo abrazado al animal, que parecía a gusto con él, y tomando pala, azada y canastos se dirigió a los desagües.

Toda la tarde pasaron juntos cabra y niño. El niño miraba azorado los rodaderos de gente por si el dueño volvía. «De noche no vendrá», se tranquilizaba, pero temía que el animal se perdiera en la oscuridad o regresara al sitio de donde vino.

Se rascaba la cabeza sentado en una piedra, hasta que se vació la noche, él mismo formó parte de la noche. Cuando volvió a la casucha, la madre estaba inquieta. Y el padre. Él también, con aire de culpabilidad. Nadie dijo nada. Después el niño se revolvía en su rincón, bajo la colcha de retazos, sin conciliar el sueño. Algo le remordía. Al fin, ya muy entrada la noche preguntó:

— «¿Se embravaría Dios si yo amarrara un lacito a la pata de la cabra?».

— «No se embravaría Dios por eso».

— «¿Y si también amarrara la otra punta del lacito a una estaca?».

En medio de la oscuridad de su cuarto el padre imaginó a la cabra en la loma, imposibilitada para huir. Entonces sintió ganas de llorar. Sólo dijo, abiertos los ojos al techo:

— «Dios no se enojará, muchacho».

Aquella primera vez nada más dijo el niño, pero el contento no cupo en él y se le hizo necesario repartirlo. Así, congregó a los pequeños del barrio, los llevó a la cueva y dijo:

— «Esta es mi cabra. Se llama Cabra».

Fue el mejor nombre que pudo encontrarle, quedaba a la medida: era como llamar Agua al agua y Nube al cielo.

Todos, hasta los mayores, dijeron que nunca antes habían visto una cabra, pero que era la más hermosa cabra

que habían visto. Él estuvo orgulloso, aparentó dominio y tranquilidad.

—«Es un bonito animal» —remató su padre.

—«Bonito» —repitió en eco la voz de su madre enferma.

Y nunca averiguaron de dónde vino la cabra. Simplemente un día apareció mascando ramas en los barrancos y se quedó en la familia.

Arriba contra el cielo gris, se destaca la figura del padre: alta, flaca, impresionante. El sombrero de paja mancha de sombra el rostro y la camisa remendada. El hombre —lo sabe el niño— ha estado huraño desde la víspera, cuando llegaron de la ciudad unos agentes. Alegó, protestó, rabió hasta medianoche. Después se juntaron muchas familias del barranco. Los niños jugaban ajenos a la preocupación de los mayores.

—No podemos defendernos —había dicho el padre.

—¡Diablos! —comentaron otros echando atrás los sombreros raídos—. ¡Maldita la ciudad!

—Es el último anuncio, dijeron los agentes, porque ayer vencía el plazo. Estos barrancos no tenían dueños, los ocupamos años atrás y a nadie hacemos daño con los ranchos, con la cabra. Las aguas negras nos pertenecen, de nadie era El Río.

Volverían los agentes a ejecutar la orden. La ciudad también era agentes, y papeles armados, y poderes ocultos que mandaban sin apelación.

Por los barrancos trepan exaltados otros barranqueños. El niño dice a uno señalando imprecisamente el raudal:

—Allá se ahogó el cabrito. Era mío y tenía orejas pardas.

El otro mira la oscura corriente. «Todos nos ahogaremos», dice para sí y vuelve con los demás a planear la resistencia. O la fuga hacia otros vericuetos.

—Años atrás —monologa un viejo— yo tenía un pedazo de tierra sembrado con maíz y plátano. Tenía una vaca y un ternero y un mulo— el rostro apacible se trueca en rostro golpeante—: maldita la hora en que abandoné la montaña, maldita la hora en que todos nacimos.

El niño se arrima al viejo y quiere hablar aunque nadie le oiga, minúsculo en el grupo de tantos amargados:

—Tenemos un pato y una gallina y juego con ellos cuando no estoy en los caños con mi papá. Yo quiero a los patos y a las gallinas. La gallina pone huevos cada dos días y el pato nada en el zanjón. A mí me gustan los huevos pero son pa mi mamá enferma. Mi papá dice que algún día se aliviará de las toses y le lleva más huevos de gallina. A veces también le lleva leche de vaca, y si puede hasta avena en tarros muy bonitos. Yo juego después con el tarro sin avena. El último tarro se lo llevó El Río. Yo estaba triste porque perdí mi tarro sin avena. El Río también se llevó el cabrito —y vuelve a señalar imprecisamente cauce abajo.

Otros hombres suben por los barrancos hasta la covacha. Las voces forman un raudal de ira negra.

—¡Nos echan, pues!

Una ruda solidaridad los aprieta. A veces, cuando se trataba de discutir qué caño tocaba a cada cual, qué

desemboque de aguas debía explotar cada uno, llegaron a la riña violenta. Ahora quieren defender unidos su derecho contra la ciudad. Pronto llegarán los agentes, ellos estarán listos. ¿Para qué? En realidad lo ignoran, nada pueden contra esas fuerzas. Simplemente se apretujan con impotencia rabiosa en el patio, en los desfiladeros que dan al Río.

—¿Si tuviéramos armas! —dice alguno. El padre escucha, hosco. Ancho el sombrero desgaleado sobre la bronca faz de hombre llegado a un límite. Quieta la expresión cercana al embrutecimiento. Abiertas las manos que se pegan a las rodillas. Turbio vacío la mirada contra los barrancos. Alma retorcida hacia la muda imprecación.

—¿Armas? Nosotros ponemos siempre los muertos. Ellos ponen las balas.

—Allí vienen —dice alguien que acaba de juntárseles y señalando hacia unos callejones enmalezados, hacia las covachas que desafían los derrumbes. Se revuelven agresivamente nerviosos. El padre hablará a nombre de ellos. Aunque nada queda por hacer, se reprocharían si más tarde no pudieran decirse: «Luchamos hasta lo último».

Enceniza sus rostros la expresión del esfuerzo fallido, les molesta que extraños vengan y se pregunten: «¿Es posible tanta miseria? Viven como gusanos del lodo». Algo de vergüenza se les enreda en su ira ante el inevitable despojo. Y apagan sus voces al asomar los agentes por uno de los deslizaderos que hacen de camino a la ciudad.

—«Cuando yo tenía mi pedazo de tierra, detrás de aquellas montañas...» —comienza el viejo, pero no termina. Nadie escucharía su recordación de greda querendona.

Tampoco él desea hablar. Dijo algo para no callarse ante la proximidad de los agentes, cuyas voces se escuchan y cuyos gestos de incredulidad se tienden a los vericuetos. Frente a la silenciosa agresividad del grupo merman su paso y toman rostro de cumplir un deber, de atenerse a órdenes definitivas.

—Se nos vienen encima —dice el padre, cerrados los puños y los caminos.

—¿Adónde llevamos la cabra?

—A la ciudad.

El hombre y el niño van, uno junto al otro, por las calles bulliciosas. En cada esquina se detiene el chico y pregunta señalando las rejas del alcantarillado:

—¿Por aquí también caen monedas, papá?

Nivela los pantalones que se le caen de un lado.

—... Es mucho rodar hasta los desagües de los barrancos. Hasta El Río, allá abajo.

—Es mucho rodar.

La cabra estremece los pasos ante buses y motocicletas. No hay ramas en la ciudad, no hay barrancos para trepar sin peligro. Hay rejas para alcantarillados, hay monedas que se arrastran por las cañerías, hay eslabones de cadenas de oro, hay anillos y aretes que brillarán húmedamente abajo, entre el agua sucia de los barrancos. El niño admira las vitrinas con joyas y alhajas: no hay agua turbia entre ellas, brillan secas, brillan limpias sobre tapetes aterciopelados, en estuches cromados hasta lo increíble.

—Apurá muchacho.

Sus pies descalzos dan contra el pavimento, resbalan las pezuñas bifurcadas de la cabra. El padre jala la cuerda que la aprisiona.

—Por aquí, pues.

—No le gusta la calle a la cabra.

—Todos estamos en la calle.

El sol ha comenzado a arder. Relumbra en los vidrios altos de los ventanales, en las azoteas, en el metal de los automóviles. Cuando pasa un heladero, la sed del niño se le queda mirando.

—Comprá uno, muchacho —ofrece el padre y rebusca en los bolsillos una moneda. El niño sonrío parpadeante. Le gusta la ciudad. Le gustan los helados. Despapela el suyo y empieza a chuparlo como si se aferrara a la ubre de la cabra. También sabe a leche dulce, y el frío agrada a su lengua. En los barrancos no hay helados para su sed.

El padre se ha sentado en un escaño de la acera, una mano sobre el lomo de la cabra. El niño se acomoda junto a ellos. Con voz endulzada, lamiendo palabras y labios, pregunta:

—¿Adónde llevamos la cabra?

El hombre agacha la cabeza, aprieta la mano sobre el lomo.

—No vamos a tener dónde guardarla, nos echaron de los barrancos.

El niño lo sabe. Fue dura la escena. Estaba con su madre ordeñando la cabra cuando llegaron los agentes. «Buenos días», saludaron. Nadie respondió, sólo veían sus altas

botas, sus armas, sus impermeables negros, su estatura. Luego se les enfrentó el padre. «No pueden echarnos. ¿Adónde iríamos? No tenemos tierra, no tenemos ranchos, nada tenemos». Los agentes hablaron de epidemias, de moral, de higiene, de órdenes. Subían las voces, los rostros reaccionaron violentamente. Al empezar el gran silencio la madre y el niño dejaron la cabra a medio ordeñar, sintieron miedo cuando el padre se lanzó contra uno de los agentes que sacaba al patio los humildes bártulos de la covacha.

Ahora el niño se queda mirando a su padre, habla con infantil orgullo:

—Si no te quitan aquel agente, los habrías liquidado a todos.

Vuelve a saborear el frío azucarado. Se siente seguro junto a su padre. Su padre sería capaz de vencer al diablo en buena pelea, y, llegada la hora, de echar por otro cauce El Río. Pero ante un movimiento brusco de la cabra, vuelve a preguntar, sabedor de la respuesta:

—¿Adónde la llevamos, papá?

El hombre levanta la cabeza, una mano sobre el lomo de la cabra, otra sobre el cabello enmarañado de su hijo:

—A la carnicería, muchacho.

Lo sabía ya, pero la idea sin palabras le dejaba una esperanza remota.

—¿Hay barrancos en ella?

Todavía se resiste a la evidencia, quiere adornar la realidad con un resto de generosa duda.

—No. No hay barrancos en la carnicería.

El niño saca de su boca la punta del helado, se limpia con el brazo. La otra pregunta se silencia en la lengua azucarada. Aún no desea aceptar que lo pueden separar de su cabra, la quiere más desde que ella le dio la leche tibia de sus ubres. Le agrada recordar la blandura del pezón entre paladar y lengua. Le agrada pensar que puede volver al barranco y consolarla del cabrito ahogado en las zanjas que labrara con su padre. Le agrada sentirse un poco hijo de ella, y arrimar el rostro a la ubre hinchida, y mamar entre las ramas verdes. Pero los echaron de los barrancos, y la cabra no estará más con ellos.

—¿Es un buen hombre el carnicero? —hace que se resigna bordeando un extremo del helado en el escaño de la acera. El padre calla. Su hijo nunca comprendería totalmente.

—Cuando estemos en otra parte, por allí —con amplio gesto de brazo señala todos los suburbios—, tendrás otra cabra y barrancones pa que saltes por ellos.

Sabe que nunca habrá otra cabra, ni riscos para ella y el hijo. Ignora dónde se acomodará después, ignora dónde se acomodarán todas las familias de los barrancos, allá abajo, adonde ruedan los suburbios. «No pueden vivir en los barrancos, todos serán echados de los barrancos», volvieron los agentes. Su mundo tendrá una cabra menos, unas ramas menos, un cauce sucio menos. La ciudad se expande a su costa, nadie puede contra ella: la ciudad son hombres que lotifican y cubren cauces de aguas negras y arrojan desperdicios en las afueras. Habrá que buscarse otras covachas, apretujarse con nuevas familias de algún

extramuro. La ciudad crece, la ciudad los arroja. No habrá barrancos ni cabras para su hijo, no habrá monedas ni aretes ni eslabones de cadenas de oro. Habrá hambre, y ellos se acostumbrarán.

—Mire, papá —reclama el niño—; así hacía él antes de ahogarse —y frunce un ala de la nariz y las comisuras labiales en remedo cariñoso del cabrito. Luego, señalando con brazo curvo el alto volar de los gallinazos más allá de las torres:

—Vienen de El Río.

—De El Río —habla sin gana el padre hacia el firmamento cruzado por el negror de las aves de rapiña. El niño sigue mirándolas, y al recordar el cabrito muerto, su ira infantil adquiere plumas y vuela a las alas hasta alguna nube, arriba, hasta el azul más lejano. Pero la ira se endulza en el helado llevado a su lengua, se difuma en los ojos que se agrandan a los automóviles.

—¡Tantos aparatos, papá! —empieza a contarlos, renuncia—. En los barrancos no pueden andar carros ni bicicletas.

—No pueden.

Se ahogarían. No lo dicen. Lo piensan con vaguedad. Nerviosa por el tránsito y el crepitar de vehículos, la cabra se hace retrechera, adherida al hombre. Su ubre se ha llenado de nuevo. El niño piensa en ramas verdes a mitad de la loma y en el pezón tibio y blando.

—Vamos, muchacho. ¡Vamos, cabra! —dice el padre abandonando el escaño. Dista la carnicería, arde el sol en las espaldas, en el cemento, en los metales.

—Vamos, cabra —trata de aquietar el brío estremecido del animal ante los enormes autobuses y el traqueo de las motocicletas. Se temple la cuerda que la dirige, se blanquean los nudillos en la mano del hombre. La otra mano aprieta un brazo del pequeño.

—¡Vamos, cabra! —azuza en mitad de la calle, indecisas las flexiones del cuello ante los vehículos que le chirrían dentro.

—¡Apártese, bruto! —grita el conductor de un camión rojo al compás de un seco ruido de llantas y frenos. Apenas tiene tiempo el hombre de salvar al niño. La cabra patalea bajo los hierros del parachoques.

—¡Demonios! ¿No sabe por dónde camina? —vuelve el conductor aventando su cabeza por la ventanilla.

—¡Vea, pues! —dice uno de los curiosos que ya rodean el sitio—. ¿Le tumba la cabra y todavía está reclamando?

En apurado silencio el hombre brega por sacar el animal. Un policía se arrima, sereno ante las argumentaciones chillonas del conductor. El niño ensancha sus ojos, detenida la respiración en el sollozo. Las bocinas de otros vehículos ensordecen la calle, el silbido de lustrabotas y vagos, el grito de voceadores de prensa, el pito de otros agentes.

—¡Retroceda! —ordena al del carro el policía, sus manos y las del padre en prensa sobre los músculos desmadejados del animal que echa un balido ensangrentado. Cuando se libera, es inútil su esfuerzo por andar. Los remos traseros se han zafado de la paleta.

—Le destrozaron el caderamen —dice alguien exprimiendo en el ceño su conmiseración. Anota el policía el número de la patente y habla al gentío que se apretuja:

—Circulen. Nada ha pasado...

El pequeño se contorsiona por el dolor de la cabra, siente ganas de balar a lo alto. Algo grande ha muerto dentro de él, bajo el parachoques. No quiere la ciudad. A los barrancos no van camiones ni motocicletas. Allá hay pájaros sobre las ramas, hay lomas empinadas por donde subía la cabra, hay nidos y pichones y grillos verdes y árboles.

—Nada ha pasado. Circulen —repite el policía a los transeúntes en corrillo. El padre lo mira con resignado asombro, levanta la cabra y con ella en brazos se abre camino por los desagües secos de la calle, tras de él su hijo y la mirada de los curiosos.

—Ya no podrá subir los barrancos —solloza la voz del niño.

—En la carnicería la curarán —responde la voz amarga del hombre—. Vamos, muchacho.

Con miedo arrastran sus sombras ciudad adentro.

Guatemala, julio de 1955

▪ UNA CANOA BAJA EL ORINOCO

LA OSCURIDAD HA VENIDO A enredarse en las cuerdas del arpa llanera. Sin embargo, más allá de los árboles se distingue un jinete que parece traer la noche en su caballo.

Desde el rancho a orillas del Orinoco, Pablo Caroni observa la impasibilidad del músico: en derredor sólo el arpa tiene vida cuando los dedos le sacan una música viajera hacia el crepúsculo que salpica la sabana.

—Alguien se acerca —habla Caroni sin cambiar de posición.

—¡Jm! —masculla el arpista mirando lo que no ve en su lejanía.

De vez en cuando el bramido de un toro choca en el arpa y regresa a la llanura con eco de cuerdas. Se estremecen algunas ramas, caen tres hojas y la sabana vuelve a llenarse de silencio con acompañamiento de arpa.

Caroni ignora el llano y al llanero. Fue a ellos tras una leyenda como si las sabanas, en lugar de haberse formado en siglos y siglos, hubieran sido escritas por un amante de la epopeya. Eso era el llano para Caroni: un buen libro que habría de hojear en las tardes bajo un morichal.

Después de muchos días, sólo el arpista junto al ancho río le muestra una dimensión de la llanura, cuando los dedos buscan en las cuerdas su propio temblor.

Al arpa también acaba de llegar el jinete que traía la noche a lomo de su caballo. Apéase, desensilla, y luego de colgar el galápago en un horcón asegura los mecates de su chinchorro.

Pablo Caroni trata de recordar ese rostro y ese cuerpo, esqueleto varonil forrado en piel quemada. ¿Dónde lo vio la primera vez? En su memoria hay un vacío que tiene exactamente aquella figura. El hombre se le asemeja a un raudal, a...

—¡Raudal! El de la curiara, en el Orinoco adentro.

Y a tono con la música empieza a navegar en su recuerdo, río arriba...

Pablo Caroni iba en un bongo rumbo a la Guayana, quince días antes. A lo lejos, y saliendo de un caño extrañamente raudaloso, la proa desastillada de una canoa entraba de lleno al río. Desde ella gritó alguien:

—¡Heeeei! ¡Necesitamos ayuuudaaa!

A poco, junto a ellos, Caroni pudo ver al hombre —el que ahora cuelga su chinchorro sin hablar palabra—, en compañía de una mestiza cuyo rostro llevaba siglos de picardía triste y sensual, de sol y ríos salvajes. Evidentemente la había robado; o ella quiso aventurarse con él en la curiara, dejando atrás, en la soledad de un rancho, a otro que hizo con ella lo que este de cara raudalosa.

La mujer observaba a Caroni mientras su compañero hablaba con el capitán del bongo.

—«Ya desea otro rapto» —pensó picándole el ojo ante el sol que se desleía en las aguas y tostaba la piel de la mestiza. Caroni sintió cómo el hombre que era empezaba a ceder espacio al primitivo. Y de no hallarse en un bongo con varias personas, puñal en mano habría disputado al otro la mestiza que se le entregaba en una mirada de ancha red.

—«¡Apurando, apurando!» —gritó el hombre al brincar a la curiara luego de despedirse monosilábicamente del capitán; la guaricha tendió los brazos sensuales para insinuarse a Caroni. Y cuando el raptor comenzó con agilidad a mover el remo, con una mano ella le acariciaba el cuello sin dejar de sonreír, con la otra alzaba, entornando los ojos, un pliegue de la bata ligera.

Caroni vio un cuerpo trágico de caminos de muerte, lleno de sinuosidades extrañas. Algo en esas carnes invitaba al desmadejamiento, presagiaba derrumbes satánicos con nostalgia de Dios. Y por la sangre ya salvaje de Caroni empezó a navegar una curiara hacia el raudal de su propia nuca.

El capitán, hombre recio hecho al clima llanero y a los torrentes de sus ríos, ahondó un gesto de callada angustia en el rostro oscurecido por la sombra de la visera. Observó brevemente a Caroni y aventó su mirada hacia la canoa donde se alejaba la pareja. Apretó más los labios, violentó sus manos contra el timón.

—Otro que se ha perdido —dijo, no queriendo decir nada a nadie—. Mala hembra esa guaricha.

Aceleró la navegación para dejar atrás la curiara y un saldo de soledad dentro de ella. Y contemplando las aguas habló a Caroni:

—Es hija de Canaima, nació pa enrevesar la vida. Debe muchas sangres.

Miró los altos árboles arrepentido de dirigirse a un extraño. Su vida le enseñó a ver las cosas sin asombrarse: naufragios, remolinos, inundaciones, selva, pumas, anacondas, todo era naturalmente cruel, sin reproche ni espanto. Sin embargo, en Caroni, hombre de tierra adentro, vio el pretexto para decir su verdad dirigiéndose más al Orinoco amigo:

—Ya veo que empezó a engatusarlo —dijo sin variar la posición de los ojos ni el movimiento de manos en el timón—. A muchos ha trabao la guaricha.

Respiró con fuerza, empujando la imagen de la mujer en su actitud de fiera joven.

—El que va con ella no es malo. Tampoco era malo el Mateo, pero también la robó hace meses, ahora la busca en los caños. ¡El Mateo!

Junto al capitán, Pablo Caroni sentía que la figura de esa mujer se estampaba en su recuerdo, y entrecerró los ojos para aclararla. Serpenteaba ella entre las ramas orilleras, sobre las aguas espesas, en las nubes, en el aire, en sí mismo. Soledad de días sin hembra. Calor, agua, selva, llano. Y parte de él, del Caroni civilizado, fue a la curiara puñal y temblor en mano para robar una mujer a ese que la robó al Mateo. Al hombre que buscaba en los caños su mestiza. A la hija de Canaima. A la que un día entre las sombras huyó en la curiara de proa deshecha.

Pero tras una vuelta del río se perdió la canoa, y a ese recodo aún dirigía Pablo Caroni su retina de luz nueva cruzada de codicia.

Un bongo y su capitán. Un río y su bongo. Una guaricha y sus ríos, sus llanuras, su embrujamiento. Soledad de días y días sin hembra. Silencio de agua, de selva, de tierra perdida. Y los ojos de asombro tragándose un paisaje sin riberas.

—¡Mala hembra la guaricha!

Tendido en su chinchorro, el hombre de cara raudalosa no quita los ojos de la distancia ni deja de alertar su oído al menor susurro de la lejanía. Contra la fogata que chisporrotea en el patio las pupilas brillan metálicamente. Y el arpa, ya trágica en su cordaje, da al rostro un claroscuro de alucinación.

Caroni observa esa inmovilidad exacta a pesar del jaldar del chinchorro que mide el ritmo de la noche. A intervalos sigue el rumbo de la mirada del otro, pero nada ve en la distancia. Únicamente el murmurar de las hojas cuando se sacuden la música del arpa, y el sonar de las aguas contra la curiara amarrada a un pilote. Y algo como eco desvaído al rasgarse la última piltrafa de sol entre las nubes.

El arpista forma parte esencial del instrumento. Y si el del chinchorro es un silencio violento en su pasividad, el músico es un silencio que suena en las cuerdas, temblorosas de espera entre las manos.

El del chichorro cambia de posición mientras enciende un cigarrillo y con segura lentitud saca de su cintura un puñal llanero, conservando la quietud de los ojos hacia el camino sin orillas. Vuelve Caroni a mirar el sitio que la retina del otro señala, pero nada advierte en la oscuridad picada de estrellas. «Como puntas de cuchillo», piensa.

Sombras de duendes bajo los paraguatanes y canoas fantasmas sobre las aguas del río danzan en el rostro del recién llegado, sudoroso contra la luz de la fogata.

Borrada el arpa, su dueño parece pulsar la misma noche.

El vaivén de la hamaca es desesperadamente lento. La hoja del puñal alumbra una pupila del forastero, en sus brazos inmóviles la muerte acumulando sombras.

—«¿A quién esperará? ¿Por qué ha venido a caballo y no por el río?» —piensa Caroni, fijo en la oscuridad deshabitada.

Al fin ve acercarse una figura borrosa que va pintándose a sí misma hasta dar la medida de un caballo y algo pesado en su lomo. A veinte metros del rancho, una mujer es lanzada de la grupa con bárbaro ademán del jinete. Ella se queja desde el suelo en tanto sus dedos cosen en la bata un desgarrón causado por la caída.

—¡No tengo culpa, Mateo!

Mientras este brinca de su cabalgadura y con paso lento se dirige al chichorro, ella retrocede mirando siempre al Mateo —las manos atrás como si las apoyara en un muro— hasta donde se encuentra Caroni.

—«¡La guaricha de la curiara!» —piensa al verla acercarse ladinamente. El Mateo no aparta los ojos del

chinchorro. El resplandor de la fogata choca en un cuchillo igual al del hombre de cara raudalosa.

Ahora la música tiene filo de puñal, tiene inmovilidad de cadáver el arpista que dibuja palideces en las cuerdas. La hamaca ha dejado de balancearse; en la mano de quien aguarda en ella, el arma toma brillo de pupila de tigre en la noche.

Ya junto a Caroni, la mestiza fuerza por sollozar viendo que sólo tres metros separan a los dos rivales. Y cuando el de la hamaca da un salto blandiendo su hoja, ella echa atrás el cabello en absurda coquetería.

—¿Cómo te llamas...? —pregunta con sonrisa pensil. Al ser bruscamente rechazada se pega untuosamente a Caroni.

—No tengo culpa si se matan —con su mirada lame el rostro de Caroni, con las manos empieza a acariciarle la nuca—. ¡Ahora quedará sola en el río!

El choque de los dos hombres en medio del músico y de la fogata, de Caroni y la mestiza, da violentos respuntes a la noche, resuella silencios que tildan el vigor de la lucha. Cuchilladas perdidas en el aire, rudo pisar contra el suelo, saltos de puma bajo los paraguatanes.

—Yo no tengo la culpa. ¿Cómo te llamas? ¿No me recuerdas en el bongo?

La interrogación sale con empavorecido afán. Pero ya Caroni no piensa. Tal vez alguna pregunta se debate contra la inutilidad de la respuesta. No puede entender por qué el arpista dirige el combate; ni por qué el silencio de los rivales; ni por qué la guaricha sigue sobándole el cuello; ni por

qué él mismo permanece inmóvil, neutralizada su voluntad ante los dedos de la mujer y la música del arpa. No obstante, su propia mano sobre el cuchillo, se alista para disputar a quien viva la posesión de la hembra que de otro será un día, y de otro más allá. Pero esta noche la siente suya, mataría rabiósamente por adherirla a esa soledad de días y días sin...

Apretando un brazo de Caroni, empujándolo lascivamente, ella señala con ojos y mandíbula la curiara amarrada a un pilote de la orilla, brillante un lado que sobresale de las aguas.

—Llévame en la canoa... ¿No te gusto? —y vuelve a desgajar miradas de sensual tristeza—. Huyamos, no tengo culpa si esos brutos se matan.

Caroni observa el punto indicado, gira su cuello hacia la guaricha por mirarle el rostro raramente joven, de piel brillante como si las aguas de los ríos llaneros siempre lo estuvieran lavando, lleno de esa maldad natural de las flores venenosas. Y otra vez los dedos ágiles de la mujer arrastran por la sangre una curiara hacia el raudal de su propia nuca.

—Si manejamos bien el remo —vuelve la guaricha—, llegaremos a un sitio de la selva que...

A Pablo Caroni le fastidia la pegajosa lujuria de la muchacha frente a quienes por ella se desgarran las carnes, pero algo paraliza su poder reflexivo, es mucho una mujer en la soledad del llano y la manigua.

—¿Te da miedo la selva...?

Ella se adhiere más, le lleva calor de fiebre a su cuerpo, le respira en su pecho dulcemente. Estrecha un muslo

suyo contra uno de él, y con la otra mano, lenta, precisa, incitante, comienza a rasgar más el vestido hacia arriba, poco a poco, gozándose en el frufrutar de la tela que murmura desnudeces nocturnas.

—¿Te da miedo la selva? Yo no tengo culpa de lo de Mateo. ¿Cómo te llamas? Vamos a la canoa, vamos... —y sigue rasgando el vestido para que los muslos desnudos ardan en los de Caroni.

El arpa, bárbara en su sonar, parece salpicarse de rojo, gallo de pelea en el instante de rayar la espuela o recibir el picotazo. Caroni puede ver que el puñal del otro taja un hombro del Mateo, manchado de sangre, de sombra, de rabia. Ni una palabra, ni una exclamación: dos silencios que mascullan sus contorsiones. De segundo en segundo los aceros se cruzan luego de doblarse el uno contra el otro, se retiran en chispas, relampaguean buscando dónde hundir gritos finales.

En el arpa alguien ha muerto. Una muerte en red de notas macabras que hacen gemir al toro en la llanura. Caroni ve al hombre de cara raudalosa caer de perfil contra la fogata, su vida estacada en el puñal de Mateo. En ese puñal húmedo de venganza y rancho abandonado.

También la mestiza anuncia la muerte de su robador con presión de yemas en la nuca de Caroni, quien se zafa asqueado y aguarda, la mano en su cintura, la actitud del homicida. Este se agacha sobre el cadáver, le arrebató el cuchillo y se lo clava en la mitad del pecho para quitarle un resto de vida que más parece vagar en la ropa con sangre. La empuñadura se estremece pulsando la agonía del

corazón atravesado. De lejos, contra la lumbre, el puñal semeja un crucifijo.

El arpa va apagando las llamaradas que arden junto al cadáver tibio. Tienen las notas algo de oración.

Y el Orinoco deslizándose como sangre de una arteria rota.

Mateo engarza su látigo en los pies exánimes para llevar el muerto a la curiara. Más rápido se hace el jugar de los dedos de la mestiza en la nuca de Caroni, más untuoso al apretarse contra las piernas, más acelerado el rasgar de su vestido para abrir los muslos desesperadamente promisorios. Y algo de temblor acompaña las palabras.

—¿No te gusto, pues? Si muchos se pelean por... Oh, no importa lo de Mateo, no... —y es más descarada su lascivia que empieza a aterrar a Caroni al recordar lo dicho por el capitán del bongo. Los dedos soban el pecho velludo por entre la camisa desabrochada, pero él aparta la caricia de un manotazo. Al sufrirlo, la mestiza comienza a rasgar también el corpiño con ademán angustiosamente invitador, su cuerpo en tensión contra el de Caroni, ya en un abandono más del ánimo que de la carne. Él siente cómo, al prensarse contra el pecho, los senos de tibia canela suben vibrantes de coraje. Todos los ángulos de ella se adhieren, ya modelables sus carnes; entrecierra los ojos, desgonza sensualmente los labios y hace con lengua, paladar y dientes un persistente zic-zic. Pero un asco mezclado en cobardía recorre las venas de Caroni, hasta que sus palabras restallan en pleno rostro:

—¡Guaricha del diablo!

De un empujón la arroja al suelo. Ella vuelve a levantarse atisbando la canoa donde se hallan cadáver y homicida. Este la mira con retina acerada, y a paso cruelmente lento se le va acercando.

Caroni se coloca junto al músico dando a sus ojos la extensión del llano por mirar lo que no ve en su lejanía. Ahora forma también parte del instrumento, con una indiferencia total, convertido en árbol o canoa, pero ve, sin mirar, lo que en derredor sucede.

El pavor crece en los ojos de la mujer cuando el Mateo se le engrandece a pasos duros. Vuelve a dejar caer rígidas las manos con las palmas hacia atrás como si las apoyara en otro muro imaginario, y empieza a retroceder balbuciendo palabras que se apagan en un desmayo doloroso contra el gesto del hombre. Y viéndose sola ante la indiferencia de Caroni y del arpista, rasgando aún más los ojos para dar cabida al pavor que los invade, lanza un grito que bestializa la sabana.

Antes que en el suelo, los pasos del Mateo resuenan en el oído y en el alma aterrada de la mujer: azoradamente pausados, tiesos, moliendo la noche. El retroceder de la guaricha se afirma al ver que su perseguidor guarda el puñal luego de limpiar la sangre en una manga de su camisa cortada.

—Yo volveré a tu rancho, Mateo. Fue que él... —y al señalar el cadáver en la canoa, su garganta da paso al terror que en ella se anuda. Ante la inutilidad de la súplica, otro grito, mitad rabia, mitad lamento, raja en dos la oscuridad con el nombre tajante:

—¡Mateooo!

Él avanza amoldando en las cuencas de sus manos un estrangulamiento. La mestiza, en último intento de obtener perdón, toma los extremos de su bata rasgada y jala fuertemente abriéndose ante el hombre. Su cuerpo desnudo, untado de noche y miedo, brilla en contorsiones de entrega total.

—¡Guaricha del diablo!

Ya en sus carnes fértiles las manos de Mateo se aprietan en tenaza que empieza a arrastrarla. Ella vuelve a gritar ese nombre cuando es arrojada a la canoa, sobre el cadáver del hombre de rostro de raudal. Clavado en el pecho, el puñal sigue siendo un crucifijo manchado.

La noche se hace más oscura en las aguas turbias del Orinoco al adentrarse en la selva, horrendo, poderoso, con mucho de jaguar en el esguince de sus orillas y en el traicionero absorber de sus remolinos.

Olor de sexo y muerte, sabor de grito y noche se mezclan en la curiara. Mateo corta el cordel que la fija al pilote ribereño, esposa las manos a la espalda de ella, y de un tremendo envión lanza el maderamen contra la corriente. Y parece ser el arpa la que grita cuando la mujer desnuda, sola junto al cadáver de su antiguo amante, se ve en medio de las aguas, sin palanca para el manejo de la canoa, sin ayuda para sortear los rápidos del río que se oscurece aún más entre la selva interminable.

La fogata del patio se apaga en los ojos de Pablo Caroni, convertido ahora en ídolo de sí mismo: solamente los dedos del arpista al tantear las cuerdas en busca

de su propio temblor, le muestran una dimensión de la llanura.

Y en el lejano y desgarrado alarido de la guaricha va creciendo la noche sin límites, como la muerte.

San José, Costa Rica, noviembre de 1952

▪ LA VENGANZA

A VECES TRATABA DE OLVIDAR QUE buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya me cansaba los ojos.

—Se necesita querer a una persona para buscarla tanto —opinó alguien.

—Tal vez odiarla mucho —dudó otro. Y a mi pregunta respondían:

—¿Un gallero de cuarenta y cinco años? Hay tantos galleros de cuarenta y cinco años.

Miraban mi alta estatura, se miraban ellos.

—En algún cruce tropezará con él.

Por eso continuaba trillando caminos de pueblo en pueblo, de finca en finca. Tal vez esos caminos me han dañado, en ellos recogí emociones que me hicieron más hombre. O menos hombre, según se mire. Algunas se pegaban dentro, sin maltratar, otras me incomodaban, se hacían cuerpos extraños pero de nadie más, como remordimientos.

—A las Ferias de Tambo irán los mejores galleros —dijo alguien. Y cuando tuve la seguridad de que allí encontraría

al que debía morir, con la yema de un pulgar probé largo rato la punta de mi cuchillo.

—«... Los mejores galleros». Desde pequeño me despertaban los cantos de los gallos, entre ellos crecí, ellos me fueron enseñando el camino del hombre. Mi madre les echaba maíz como si alimentara recuerdos.

Días. Meses. Años.

—Deberías venderlos —le dije por decir. Terca en la fidelidad a su pobre historia, respondió:

—Él vendrá por sus gallos cualquier día, Aguilán sigue cantando.

Toda ella parecía irse al mirar por la ventana.

—«Mañana volveré, no hay uno igual» —le dijo el desconocido años atrás. A veces yo hablaba a solas para adivinar aquella voz, apretaba los ojos para adivinar los pasos del regreso. Pero nunca regresó por su gallo. Nunca regresó por ella.

Y se arrastró el tiempo, y Aguilán no atacó más su sombra, y se mellaron las espuelas, y perdió las plumas negras de su cola roja, y una mañana el pico amaneció clavado en el polvo. Mi madre lloró, cortó las espuelas y las clavó en la pared junto a las del desconocido. Pero otros hijos de Aguilán cantaron en los corrales y mi madre los crío empecinada.

—Algún día vendrá por ellos.

—No vendrá.

—¿Crees que iba a dejar olvidado su mejor animal de pelea?

—Madre, ya murió. Aguilán está muerto.

—Qué sabe uno...

Ese hombre le había dañado su destino, había dañado el mío. Desde que oí por primera vez el canto de los gallos, desde que una voz empezó a contestar dentro como si aquel canto me perteneciera. Tardes y tardes pasé en los corrales espantando la voz, pero el camino estaba marcado: también yo sería gallero.

De ahí en adelante la vida fue espuelas, crestas, picos, plumas. Plumas de rojo quemado, plumas jaspeadas, plumas saraviadas, plumas de gallo peleador. Y seleccionaba los que a picotazos destruían su imagen en los charcos, los que atacaban su sombra y curvaban cuatro plumas negras en su cola roja.

Al verme adiestrándolos, mi madre pronunciaba un «igual al otro» con vaivén de cabeza. Ignoré si se refería a mí o al gallo de turno.

Por instinto sabía volverlos más combativos. Al enterarse de que era el ganador en el vecindario, ella decía palabras que formaban parte de su mismo silencio: «Tenía que ser así». Porque yo estaba marcado. Como los gallos que nacen para matar o para morir peleando. Y no reclamaba. Sabía que alguien torció nuestro camino, que nosotros torceríamos el de alguien, con o sin culpa.

Aunque la vida era amable al tender la soga a las reses en estampida, al oír el viento en la crin de los caballos, al sentir el olor de la madera, no dejaba de transferir mi odio; por eso al lidiar toros y muleros duplicaba mi fuerza imaginando que dominaba al desconocido. Hasta los picotazos de mis gallos me vengaban, era él quien los sufría.

«El día señalado nos veremos frente a frente, y morirá», juré, niño todavía. Y amolaba despaciosamente espolones y cuchillos mientras miraba a cualquier punto.

Meses. Días. Años.

Aún creo recordar el brillante sonar de las espuelas de mi padre sin figura, las de los vaqueros, las corvas espuelas de Aguilán. Cuando en las noches me tendía sobre la hierba, fijaba en dos estrellas los ojos porque las estrellas se me hacían rodajas metálicas. Entonces rayaba la hierba con los talones, vengativo. Sin embargo, en ocasiones luchaba por resignarme a oír a mi madre hablar de cuando el forastero le entregó el gallo y le dijo: «Es de la mejor cuerda, volveré».

Pero detrás mi sombra decía: «Hay que encontrarlo». Porque al formarme en el odio tuve que aceptar el engranaje, vivir en mí como en casa ajena. Por lo menos esto había llegado a comprender: debía recorrer mi pesadilla, hundirme en cada hora como en el barro, llenar este espacio para el grito.

Y lo llené con odio desde que oí cantar los gallos, desde que vi a mi madre echarles maíz como si se desgranara, desde que me hice vaquero. Por eso cuando dijeron: «Irán los grandes apostadores a las Ferias de Tambo», con una alegría cansada agarré camino, el gallo bajo mi poncho veranero, entre el cinturón y mi piel el cuchillo para el que un día prometió mentirosamente: «Dejo el Cuatroplumas en prueba de que volveré». Porque desde esa promesa mi madre no tuvo otra vida que la de Aguilán. Meses, años de diálogo sin objeto:

—«¿No oyes zumbar la candela?».

—«Sí, madre, zumban los leños en el fogón».

—«¿No te lo dije? Es señal de que vendrá» —y descolgaba las espuelas del desconocido.

—«Nadie llegará, madre, estamos solos. ¡Solos!» —alzaba yo la voz al verla tan ingenua.

Y nadie llegaría. Comíamos pan duro, comíamos silencios duros con la sopa sobre un mantel de cuadros amarillos y rojos, remendado una y cien veces junto a la ventana. Nunca la ausencia de aquel hombre dejó de llenar el rancho, nunca una alegría sin mancha llegó a nuestra mesa gris.

Y cuando las afueras del pueblo se hicieron pequeñas, salí lejos a ganar dinero con qué apostar a mi gallo. Aman-saba potros y muleros, arreaba ganado, organizaba tandas de cartas y dados, no perdía carnavales ni ferias, para decir cuando encontrara al desconocido:

—Lo juego todo a mi gallo.

En Aguilán habría de jugarme esa cosa amarga que era mi vida.

Y ahora el día estaba conmigo, con las primeras casuchas de Tambo, a medio destruir. En las arenas del cauce saqué el gallo para darle aire, para que se desentumeciera y mandara un canto al rescoldo del mediodía.

Sobre un filón de lava una iguana se secaba al sol, tostado ya su color verde. Cuando le arrojé un pedrusco, se escabulló por el cauce. También en el pueblo estarían durmiendo como iguanas la siesta, sobresaltada por los coheteros. Cualquier hora sería de siesta en la modorra de Tambo.

—Aguilán —dije levantándome—, se acerca la hora.

Del pueblo rodaba una rara canción. «La cantará uno que no quiere llorar, ni morirse», reflexioné avanzando por sobre troncos de lava. «Milagro que viva el pueblo tan cerca de un volcán». Alguien aporreaba con un palo dos cueros que servían de acompañamiento a la canción. Más adelante avanzaba un hombre de una sola mano —sería el sepulturero— con la pica al hombro, el muñón en la frente, para enjugarse. La sombra de la pica culebreaba en el suelo.

El camino de lava se volvió calle, en la calle había sol y frases de personas invisibles: —«¿Lloverá esta semana?». —«¡Qué va a llover!». —«Tal vez ceniza del volcán». —«Tal vez candela».

A la sombra se despaturraban dos gallinas, un ala desplegada, la otra barriendo el polvo. Tres hombres en actitud descuidada hacían sombra contra una pared revestida de cal sólo a parches. Sobre sus cabezas un letrero en madera: Tienda y Cantina. Más adelante, la fonda de los galleros, así lo supuse por el aviso: El Gallo Rojo. Al llegar al portón, mi sombra se recostó en el suelo como un largo cansancio.

Sólo una muchacha aguardaba detrás de los estantes.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó con dejo de quien no está acostumbrado a ser amable por obligación. Un tablón chirrió con mi peso, con mi peso traqueteó un taburete. Las piernas se estiraron, sobresalieron las botas con polvo y barro seco, resollé.

—¿Qué desea?

Las cosas circundantes significaban más que la muchacha, eran mi prolongación.

—... El día señalado... —repetí para mi venganza. Estalló un cohete de feria, aspiré un olor a pólvora, a piña agriada, a cerveza, a mangos maduros.

—¿Cómo dice? —volvió a preguntar. Los cascos de un potro manchado repicaron en la calle. Una de las gallinas salió corriendo, la otra apenas se rebulló.

—¿Aquí se reúnen los galleros? —pregunté a la muchacha en lugar de responderle.

—Es ya que llenan esto —informó sin largar un trapo con que aparentaba desempolvar los taburetes y calculando mi estatura. Era denso el olor de ceniza. Volvió a retumbar el volcán.

—Feo ese animalón bramando cada cinco minutos —dije. Ella sopló un cadejo que se le venía a la cara y miró el cielo visible por un ángulo del techo.

—Dicen que el sol quema pájaros en pleno vuelo, caen al suelo chamuscados.

Con las manos remedó alas que se quiebran. En su presencia disminuía el calor.

—Deme algo de beber, y de comer, he caminado mucho.

Ahora la observaba. Ella disimuló restregando el estante. Me pareció blanda la tarde: era como si tocara sus senos a la orilla de un río. Mientras servía, y para espantar mi fijeza, preguntó refiriéndose al bulto bajo mi poncho:

—¿También es gallero?

En su tono había esperanza de que lo negara, por eso dio la espalda cuando asentí sin hablar. Algo mío, sin embargo, descansaba en la muchacha.

—Los martes de feria atiendo esta fonda —dijo abanicándose—, porque papá sale a reunir galleros.

Galleros, cohetes, la cercana muerte... Los minutos empezaron a alargarse como si los estiraran de las puntas, como en las grandes esperas. En la trastienda hervía agua en una olla de barro. «Allí sancocharán los gallos que resultan muertos», imaginé con fastidio. Un vaho extraño flotaba en derredor. No sé de dónde venía al pueblo tanto humo. «Candelas de verano», pensé, aunque podía ser una sensación de olor.

—¡Helados! —pregonaron en una esquina—. ¡Helados!

La voz soplaba como viento. Por la calle pasaban bultos blancos, negroides, mestizos. Ninguno de ellos reflejó a mi madre, a su silencio junto a la ventana, a mí mismo.

—Pueblo raro —comenté por no callarme. Alguien, lejos, tocaba un tambor. Recordé los cueros de res en las afueras, la barriga de iguanas y caimanes, un perro con el buche inflado de muerte.

—Es un pueblo con maldición —dijo retorciendo el trapo—. *Él* manda en este infierno. *Él* y el sargento, y esta sofocación... ¡uff!

El reverberar seguía llegando con el humo. Venía del almendro, del volcán, de los cohetes, de las piedras con matas de humo. Humo de verano. Candelas en las nubes tostadas.

—¿Quién es *Él*?

Templó sus labios para endurecer las palabras:

—El Cojo. Hace lo que le da la gana en la fonda, en la gallera, en las ferias, en toda parte. Ya lo conocerá.

Personas invisibles hablaban de ganado, de riñas, de asesinatos, de la sequía. Por una tapia asomaban dos muñones de cacto. El reflejo del sol hería en los techos de zinc, en los casquetes de botellas, en la pica del enterrador. La otra gallina se despezó antes de escurrirse por un portillo.

—¡Helados! —volvieron a gritar más cerca, pensé que con mi propia voz. La lengua de la muchacha recorrió los labios.

—Eran famosas las Ferias de Tambo. La gente no volvió por miedo del Cojo. Esto se llena sólo de tahúres y galleros y matones.

La sentía cansada de sus horas, del calor, del oficio de tanta gente. Se suavizó al oír el canto.

—Siempre la misma canción. Está loco, el pobre.

—¿De qué enloqueció?

—De miedo, dicen. Tocaba en la Banda Municipal, ahora no hay banda.

Dos cohetes estallaron en el cielo amarillo.

—¿Miedo de qué?

Subió los hombros y mordió un mango que arrojó a un balde. Seguimos en el aire la trayectoria de la fruta.

—De Tambo, del volcán, del Cojo. Matan, hacen pesada la vida.

Cuando el mango dio contra el asiento del balde, aplaudió con un asombro infantil que borró al ver asomar una iguana por la puerta del fondo.

—¡Fuera, sapo estirao! —exclamó aventándole el trapo, sonreí a su reniego—. De todas partes salen iguanas, qué pesadilla.

—En el río tiré casajos a una, salió dándose qué aires.
—Se creería un caimán.

Imaginaba que debajo de cada piedra y cada raíz se encontraría un alacrán, que arañas y ciempiés se turnarían los chinchorros de los niños, que el tiempo se medía a retumbos de volcán. Las noches de Tambo deberían jadear como perros con fiebre, como yo estaba por hacerlo cuando advertí que la muchacha me observaba. Hice buchecitos de aire.

—Tambo, los otros, dan lo mismo. Hombres pueblos, gallos...

Miró como si abriera una puerta. Quizá le interesó este actuar y vivir alejado de mi vida, este aspecto de que todo viene señalado.

La muchacha caminó con paso lento, largo, de jaguar al mediodía. Fue sensual su mirada, su desperezamiento, el ceñirse de la falda contra los muslos. Y su aire inexperto:

—¿Ha viajado mucho?

—Desde los doce años.

—¡Doce años! Ni gitano que fuera.

—Busco a un hombre —apreté el cuchillo—. Lo voy a matar.

No le sonó esto. Harto de odios vivía Tambo para hablar de nuevos odios. Volví atrás un minuto. Cien caminos recorrí, cien más en busca del desconocido. Llanos, colinas, cerros. Desde cada cerro veía más lomos cordilleranos. Y cada lomo cordillerano era como un inmenso vuelo de montes.

—¿Ha estado en los páramos? —preguntó.

—He vivido en páramos.

—Deben ser buenas las tierras altas. Suena sabroso la palabra páramo, es fría —tiró al balde otro mango—. Esto hago, pues.

Distendió el labio inferior, los dientes brillaron:

—Cuando hay nubes me entretengo en dibujar con ellas a los tipos de Tambo —trató de buscar una nube para demostrar su juego. También yo había hecho lo mismo a campo raso, pero las nubes sólo dibujaban gallos, un mantel, puños cerrados, el fantasma del desconocido.

—No hay nubes en este verano —dijo—. Sería bueno formar animales con ellas —elevó una mano al cuello, los dedos recorrieron sus venas—. ¿Conoce bisontes? Cuando hay tempestad formo bisontes y anacondas y dantas. No los he visto pero me gustan sus nombres. Cuando hay relámpagos, en las nubes salen muertos.

Quitó del cuello la mano bruscamente, recordó algo, los dedos regresaron al cuello, apacibles. Echó al aire una pelusa, la sopló como besando el aire. Viéndola sentí el sabor de la música en las tierras altas, parecida a viento y a lluvia entre los árboles.

Al servirme, le noté en brazos y manos las señales del trajín casero: uñas gastadas, pequeñas cicatrices de quemaduras de la plancha, dedos fuertes de escurrir ropa, barrer y fregar. Me trajo la sensación de esa vida común en que el día es trabajo y descanso la noche, en que cada hora tiene su sabor y su oficio incambiable. Lo que esas manos tocaran se convertiría en hogar.

—Esta tienda es de mi papá —dijo—. Mi papá fue el mejor gallero.

Algo se sacudió violentamente en mí. También Aguilán se conmovió a la presión de mi mano. Y al oír que algunas personas se acercaban, mi cuerpo se enfrentó a la puerta, menos los ojos que buscaban signos familiares en la joven. Únicamente cuando el ruido estuvo a pocos metros retiré de la muchacha la vista. La suya me seguía, en guardia. Escuchábamos el brillo de las espuelas en las piedras, el cambio de los pasos: sobre el cascajo, sobre el chasquido de los cuescos de coco, sobre la acera. Pasos pesados contra el maderamen, a la sombra.

Bajo los sombreros diez rostros fueron llenando el establecimiento. Parecían empotrados en el sonar de los tacones. La sensación de humo aumentó con sus cigarros, con las rodajas de sus espuelas que sacarían chispas si chocaran en unos ijares. Iban acomodándose con lentitud sin perderme de vista aunque dieran la espalda. «Les habló el enterrador», pensé al verle el muñón en el filo de la pica. Entre el quejido del tambor los ruidos fueron transparentes: vasos contra vasos, vasos contra el cuello de la botella, el gorgoreo, un cañón de revólver contra un vaso.

—Ya está, muchacha —le dijo un cincuentón indicándole que podía salir, y se situó detrás del estante para servir aguardiente a los recién llegados. El sudor resbalaba en pequeños arroyos.

Llevé el pañuelo a mi frente, aliviado porque no podía ser este el tipo a quien buscaba. Cuando la muchacha retiró mis trastos, susurró:

—Quiero que gane su gallo.

Bajo mi poncho apreté una mano que no existía.

—¿Hablares después? —le pregunté señalando vagamente el cañaduzal. Ella ladeó las pestañas, creo que ofendida, y salió a la calle. Cerré los ojos para oír mejor sus pisadas. Mi mano pasó del cuchillo a las plumas de Aguilán, sobre ellas aprendían a perdonar viejas historias.

—¿Qué trae escondido, forastero? —dijo insolentemente alguien, alto, pálido, de grandes bigotes que parecían artificiales: su rostro intranquilo revelaba un invisible rebullirse a pesar de su quietud aparente, como si la muerte le caminara en el estómago.

—Un gallo de pelea —contesté con ganas de levantarme para seguir a la joven. Ellos removieron sus taburetes. El tablón chirrió con mi peso.

—¡Helados! —gritó un negro que arrastraba su carretilla blanca y sucia, pero continuó su camino al ver a los buscapleitos. No pensé: «Va un negro vendiendo helados», sino: «Lo chamuscó el sol».

Únicamente al rato volvió a oírse el pregón como una tinaja de agua sobre carbones al rojo. Y con el pregón el golpe de un palo contra seis cueros.

—Dice que trajo un gallo de pelea —embromó el de bigotes ahumados rayando los corvejones con sus espuelas. Los otros aflojaron el barboquejo, empujaron atrás los sombreros y dejaron las manos cerca de cualquier empuñadura. El trato con gallos de riña me enseñó a manejar el cuchillo y a conocer a los hombres: aquellos tenían ganas de matar. Yo quería seguir a la muchacha, mi pelea no debía ser con ellos. Por eso dije al pisar el escalón de salida y quebrar con la suela un cuesco de algarroba:

—Nos veremos en la gallera.

Y abandoné El Gallo Rojo, la cara hacia los pedregales del volcán donde crecían para las nubes unas matas de humo. Cuando me perdí con la muchacha en el cañaduzal, el sol tumbaba el humo, tumbaba las sombras contra el suelo rajado. Lejos cantaban la extraña canción.

Al contacto de mi mano las plumas de Aguilán tenían la aspereza de las hojas de la caña, la suavidad que tenía la piel de la muchacha al sol de Tambo.

Desde hacía rato me había apostado en la última grada de la gallera. Observaba a la gente, las telarañas, las grietas murales de los terremotos. En los muros agrietados del pueblo se retorcerían millares de alacranes, de arañas, de lagartijas. Observaba las tapias desconchadas, sus costillares de guadua y cañabrava, una tira de papel inmóvil en una alta viga; si se hubiera movido, me habría refrescado. Pero en Tambo no entraba la brisa, entraban el humo, el chillar de los grillos de verano, el golpe del tambor.

Desde mi sitio distinguiría al desconocido, entre mil pasos los pasos suyos, el color de sus botas, el sonar de sus espuelas. Siempre las soñé. — «Madre, quiero medírmelas». — «Cuando crezcas, hijo». Tal vez ella pensara que eran espuelas para andanzas sin retorno. Únicamente pude calzarlas cuando el tiempo de la venganza se hizo caminos. — «¿No oyes, hijo, no oyes?» — preguntaba incorporándose, con ese dolor noble que tienen los ojos de los perros

heridos. — «¿Qué cosa?» — «¿No oyes pisadas de caballo junto a la puerta?» — «Ningún caballo pisa el patio». — «¿No, oíste ruido de las espuelas en el corredor?» — «No, madre». — «Pero, ¿pusiste cuidado? Asómate». «Es el viento». Viento, lluvia, duendes caseros, relámpagos en noches de tempestad. Nunca el desconocido. Ni él ni su mirada.

— ¡Vivan las Ferias! — gritó un borrachín—. ¡Vivan las grandes riñas!

Cuatro bancas abajo, el grupo de la fonda echaba puyas que yo desoía, y que se interrumpieron al entrar un hombre alto y cojo.

Algo cojeó en mí al comprender que ese era el desconocido a quien busqué durante quince años, a quien atisbó mi madre desde una ventana al camino sin pasos de regreso.

Mis manos se volvían puños bajo el poncho, todo en mí era venganza en acecho. Un sentimiento de odio total me sofocaba: odiaba al hombre, odiaba su voz, sus ademanes, su cojera, el zurriago nudoso, la atmósfera de que se rodeaba; odié las botas, el paso trunco, el pueblo que lo veía día y noche. Me odié a mí mismo por odiarlo, odié a mi madre por haber sido su víctima, porque nunca dejó de esperarlo. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera. Al verlo no me dije: «Tiene una pierna más corta que la otra», sino: «Tiene una pierna más larga». Largas, gruesas, musculosas, aún la encogida, rematada en bota de triple tacón. La cojera hacía parte de su mismo vigor, le infundía una insolente superioridad física.

Los otros le fueron abriendo paso porque veían un jefe en la presencia golpeante, en sus manazas terminadas en zurriago de arriero.

—Dice que trajo un gallo —señaló el de bigotes. El Cojo se quedó mirándome. Algo cojeó con vigor en su mirada, parecía descubrir un recuerdo.

—Le podríamos casar pelea con mi gallina —invitó el de bigotes con flexión presuntuosa de cuello, en voz alta porque la bulla impedía escuchar. Lo miré sin mover los párpados, hasta que metió sus manos entre los botones de la camisa para ventear el sudor pegajoso. Algo volvió a cojear en el recién llegado. No dejaba de fijarme en su chaqueta, en sus mandíbulas, en sus dedos fuertes. Lo veía, veía las espuelas en la noche, veía a mi madre, veía el apego a su pobre historia, su dolor remendado una y cien veces en la mesa gris. «Hijo, ¿no oyes zumbar la candela?».

—El joven no nos quita la vista —dijo el Cojo silabeadamente, interesado en mi postura. Porque siempre fui de ojos y labios tranquilos, nunca las manos tuvieron afán, las piernas no lo tuvieron.

—Si nos mostrara el pollo hasta le permitiríamos sacarlo al redondel —agregó, queriendo decir que había esperado mucho. Trazó una raya con el herrón del zurriago y se dirigió guasonamente al de bigotes ahumados:

—¿Qué edad tiene tu gallina?

El otro se pavoneó porque el jefe lo determinaba en público.

—Pues ya están canosas las plumas.

—Entonces puede que le aguante el pajarraco del amigo.

Las risas ocultaron otra expresión. Sonreí con la boca únicamente, como si mirara un recuerdo. Mi seguridad los hacía replegarse dentro de sí mismos, agazaparse para el salto que nunca se da. Tal vez este aire de hombre libre contribuyó a contenerlos.

Después de desatar un nudo, el Cojo se puso a desenvolver el rejo que cubría el zurriago. Su lentitud amenazadora al desenvolverlo anunciaba castigo. Con la punta ya libre latigueó sus pantalones.

—¡Eh, usted, forastero! —gritó dando un bastonazo a la valla del redondel. Seguramente para hacerse notar había herrado los tacones de sus botas y el extremo de su garrote. Los ojos giraron contra mí. Varios se carcajearon, para descansar, por cualquier exclamación chabacana. El Cojo dirigió las risas de sus secuaces. Por un momento la gallera se carcajeó a una orden no impartida. Sonreí antes de remedar el vozarrón del hombre todavía de espaldas:

—¡Eh, usted, cojo!

Se le vio el aturdimiento. De un golpe se cerraron las bocas, menos la mía. Tal vez porque yo podía tener oculto en mi poncho un puñal o una hachuela o un revólver con el gatillo a punto, su reacción se redujo a tres palabras:

—¡Aquí lo espero!

—¿Por qué no sube usted? —rechacé burlón—. Tantos berridos asustarán a los gallos.

Afirmó en la mano el zurriago y saltó ágilmente la primera grada. Al entrar en un parche de sol, el polvo se convirtió en mil insectos espantados por la luz. Nunca como entonces apreté en mi mano un cuchillo. Nunca se

me hizo tan presente el pasado de mi madre. — «Hijo, ya no zumban». — «¿Qué cosa?». — «Los leños en el fogón. Ya no zumban». — «Algunas tardes chisporrotean», decía yo, sombrío, con ganas de ser leño. Ella escarbaba con un tizón las cenizas. Después apenas las miraba, porque dentro de ella todo se iba haciendo cenizas. Una araña tejió su tela entre la espuela plateada del hombre y las espuelas del primer Aguilán.

Todos pendían del gamonal, pendían de mí.

—¿Quiere verme cojear, forastero?

—No —contesté—. Ya lo vi cojeando, y lo hace muy bien.

Advirtió que echaba al suelo no su cojera sino su manera de explotarla, su agresividad respaldada en ella. Sus gestos calculados demostraban que le afectaba mi actitud. El público estrechaba más, arreciaba el calor, arreciaban los golpes contra los cueros de res, arreciaba el bramido del volcán.

— «Le salió respondón el muchacho» —comentaron. Ante la merma de su autoridad, el Cojo se plantó, agresivo el tono por mi impasibilidad.

—Forastero, ¿va a sacar el gallo?

—No —respondí secamente—. No quiero mostrarle el gallo.

El silencio fue como si un gran peso estuviera por caer encima.

—¡Helados! —volvió el pregón del negro, calle arriba. La rueda metálica de su carretilla debía sacar chispas al cascajo. Quietas seguían las alas de los pájaros y la cinta de papel. El humo de verano seguía quieto. El Cojo saboreaba

la prolongación de la escena, jugaba con los nudos del zurriago asegurado a su muñeca por una trenza de cuero.

—¿Qué opinan? —se dirigió a los suyos preparando un salto grande—. No lo muestra.

—Deberíamos averiguar por qué —intervino el de bigotes, provocador en el arrastrar de las letras y en el sobar la canana contra la palma de sus manos. Como si rastrillara un fósforo en un reguero de pólvora, el Cojo hizo la pregunta:

—Y..., ¿nos diría siquiera el nombre, para empezar?

Enrollaba el rejo en sus manos, lo volvía a desenrollar. El de bigotes me revisó desde la cabeza al suelo, descargó en una pierna su cuerpo, aseguró los pulgares en la canana y tamborileó con sus ocho dedos libres.

—Se las quiere dar de hombre —dijo. El Cojo aventó la cabeza con otra risotada, un rayo de sol chisporroteó en su muela de oro. La risa fue acabándose a bocanadas hasta convertirse en el ceño bronco y en la presión de las sílabas.

—Pero esto de ser hombre no es cosa de niños.

Celebré con golpe de tos, él machacó de nuevo.

—... El nombre suyo, el del gallo...

Sonreí como si golpeara. Mis ojos rozaron aquel rostro, como espuelas. De un manotazo sacudió el raspón brincando otra grada con ayuda del zurriago.

—Es una historia fea —empecé con desaliento. Un cohete dibujó en el aire una alta palmera de humo. Si hubiera estallado el volcán, me habría importado poco. El Cojo avanzó desenrollando el rejo. Era inaguantable la tensión. Yo calculaba el estilo de su ramalazo, la manera de esquivarlo y asegurar efectividad al cuchillo.

—¡Déjenlos solos! —reclamaron voces dispersas cuando intentaron atacarme. Los secuaces advirtieron un atrevimiento no acostumbrado en la actitud y se quietaron después de consultarse. El Cojo entendió que la hora había llegado.

—¡Eh! —le habló al de bigotes ahumados en tono falsamente suave—, contémosle cómo nos abandonó El Bruto.

Con un índice, el otro fue echando más atrás el sombrero hasta despejar la frente; el índice imitó un cañón de revólver.

—Pues cuando se dio cuenta de que no obedecía, él mismo se lo disparó.

—Pero —volvió el Cojo, marrullero—, ¿por qué se lo dispararía?

El de bigotes alzó un hombro, con la navaja rebanó un trozo de caña.

—Ya estaba en edad de morir— fingió expresiones de lástima cuando remató—: feo se le veía el hueco en la frente.

Esperaron que surtiera efecto la amenaza. Pero siempre hay palabras para detener puñaladas o disparos. Yo tenía las mías.

—Aguilán se llama el gallo...

El asombro del Cojo empujó mi voz lenta como su paso, ahora condescendiente:

—Yo quería ponerlo Gavilán, mi madre quería ponerlo Águila. Al fin lo pusimos Aguilán, un viejo nombre, mezcla de gabilán y águila.

Se detuvo, y con él sus matones. Envejeció dos años. O veinticuatro. Toda mi edad lo derrumbó. Mi edad más nueve meses. Por un momento creí sorprenderle una buena mirada. Tal vez fuera posible... Los otros se extrañaron de la impasibilidad mía, del repentino balbuceo del Cojo. Y de su grito:

—¡Tengo que ver ese gallo!

Había convertido en látigo el rejo para castigar su pasajero temblor. Me lo disparó desde los cuatro metros. No fue difícil evitar la marca en el rostro y dar con el rejo una vuelta en mi mano contraída dejando libre el pulgar. Así tumbaba potros y toros en mi trabajo de vaquero y amansador. Lo mismo pasó con el Cojo: de un formidable jalón le hice saltar la grada restante. Los del grupo se movían como si tascaran frenos.

—¡No saldrá vivo, forastero! —exclamó hecho un nudo de músculos rabiosos y se irguió con agilidad de puma. «No saldrá vivo...». Podía ser. Vivo, muerto. Alguna tumba debería estar cavando el sepulturero.

—¡Tengo que ver ese gallo! —repitió. Pero al querer rasgar el poncho, con la hoja de mi puñal le hice un chisguete en el cinturón. Paró en seco, arqueando el vientre para evitar que le hundiera el cuchillo.

—Así son las espuelas de Aguilán —dije sereno, pendiente de su bastón y señalando con la barba el cuchillo.

—... Aceros afilados... —pareció recordar, esquivándolo. Dos o tres clientes sacaron sus armas, pero el Cojo movió sus dedos para que de nuevo llenaran sus estuches. No era con ellos la pelea.

El público dejó de vociferar, apretujado contra nosotros. Algunos cargaban todavía sus gallos. Gotas de sudor salpicaban la frente del Cojo y la mía.

—Está jugando con ventaja, forastero —dijo. Solamente él y yo sabíamos lo que quería decir: al insinuarle que él era mi padre, neutralizaba su poder, lo ponía en ridículo delante de un pueblo sometido a su crueldad.

—¿Quién no ha jugado con ventaja? —señalé a los matones—. ¿Usted?

Le inquietaban mi mano serena, su limitación para arrastrarme, estas burlas temerosamente echadas de contrabando:

—«Perdió los estribos el Gran Cojo». —«El forastero no soltó el gallo». —«Se le cuajó la sangre al viejo guapetón». Comprendí hasta qué punto lo odiaban, pero aquella solidaridad conmigo me pareció cobarde. El Cojo viró con desprecio en redondo, volvió a enfrentármese y ordenó para dejar la decisión a los gallos:

—Traigan a Buenavida.

Dos hombres salieron por una puerta falsa. Con mi cuchillo corté el rejo tenso entre mi puño y su muñeca. Mi vida se había hecho para este momento.

Uno de los incondicionales le trajo una jarra con agua. Al beber regó parte del líquido. Con el dorso de un brazo restregó la barba mojada y vació el resto en la cara y en la muñeca sangrante.

—¿Cómo quiere la apuesta? —preguntó resollando—. Por algo trajo su gallo tapado.

—Para destaparlo al mejor apostador y al mejor gallo.

Al levantarme palmoteé mis pantalones. El polvo se regó como al golpe de los aletazos en el ruedo a medida que bajábamos grada por grada, frente a frente, dueño cada cual de los movimientos acompasados del otro, de sus intenciones más ocultas.

El descenso fue un espectáculo para los galleros, que hacían comentarios exagerados, casaban apuestas, abrían camino para que el Cojo y yo entráramos en el ruedo. Su gallo vino en manos de dos hombres, lo recibió sin acreditarlo, sin apartar de mí su atención. Podría jurar que no me veía a mí sino todo lo que detrás de mí pudiera referirse a él. Tal vez una escena de muchos años atrás, cuando entregó un gallo a una mujer y le dijo: «Es de la mejor cuerda, volveré por él». Gallos, pueblos, mujeres. Un rancho en las afueras, un par de espuelas plateadas, vagabundeos sin regreso. Yo saqué lo que llevaba para apostar. Muchos ojos brotaron, se acabaron los silencios que aún quedaban.

—¡Es un dineral! —exclamaron al ver en el suelo el producto de mis años de preparación. —«Nunca vimos una apuesta igual por estos rumbos». —«Ni la volveremos a ver». —«Ahora, que se acabe Tambo».

Crecían las exageraciones sobre mi procedencia: «Al diablo se le parece». Y refiriéndose al Cojo: «¿Qué le pasará?». Él clavó a un lado el zurriago y habló sin importarle el dinero:

—Destápelo, joven.

Otro brinco lo colocó en mejor posición. Tres cohetes reventaron simultáneamente en la plaza.

—... Le enseñaré de gallos y de hombres.

Nada le respondí, pero sus palabras me hicieron sacar el gallo.

—¡Aguilán! —exclamó al verlo, y desde ese momento no dejó de mirarme. Era como si ante un espejo empañado tratara de reconocer un rostro que pudo ser el suyo. Sus movimientos empezaron a ser mecánicos, tenían un extraño agotamiento. Recordé los gallos perdidos, recordé un viejo gavilán que de pronto cayó muerto, de sus alas a unas pencas de cabuya.

—«¡Igual a Buenavida!» —cuchichearon intrigados. —«¿No era única la cría del Cojo?» —«Fíjense en las espuelas del forastero». —«Iguales a las de él, ¿no eran únicas sus espuelas?».

El hombrón también oía desconcertado.

—... Cola roja, cuatro plumas negras —recité masajeando los muslos del animal, fija la mirada en el Cojo—. Corto el pico, largas las espuelas... Hay que saber de gallos y de hombres.

Nuevas cabezas asomaron por entre otros espectadores, más voces acabaron de embrutecer la gallera. El volcán, los cueros de res, la absurda canción... El Cojo y yo callábamos frente a frente, separadas las piernas, arqueados hacia adelante, en las manos los gallos listos para el careo.

—¡Doble contra sencillo a Buenavida! —borbotó el de bigotes. Quería en realidad apostar a su dueño. La gente volvió a pensar en desafíos.

—¡Cinco a uno mando yo!

—¿También le llegaría la hora?

El Cojo les lanzó la mirada con el grito:

—¡Aparo todas las apuestas!

El amo de Tambo recuperaba energías, levantaba su vigorosa cojera. Porque era digno de un odio grande reforcé la justificación de mi venganza: levanté la cabeza para ver en el lejano rancho las espuelas del hombre y las del gallo, que mi madre clavara en el muro; pensé en sus ojos fatigados, en sus sienes, en su frente de una edad sin medida. La veía en las tareas humildes: cuando echaba maíz a los gallos, como si se desgranara; cuando amasaba puños de cacao; cuando asaba tortillas al zumbar de la leña verde. Y un pañuelo doblado nerviosamente, y tres fotografías borrosas, y un olor de cebolla y humo, y una funda gris, y un mantel a cuadros, y otros olores inocentes, con bondad temerosa. Por eso mi cuchillo buscaba dirección. Al frente estaba el culpable. «¿Culpable de qué?» —llegué a preguntarme—. «¿De ser hombre?».

La agresividad de Aguilán también fue rápida. Apenas sí nos dimos cuenta de cuando los gallos levantaron humazos de polvo y se arrancaron plumas en los revuelos iniciales. Sin embargo yo sentía en mí los picotazos de Buenavida, en el Cojo los espolones de Aguilán. Sólo una vez el hombre se fijó en mi cuchillo, sólo una vez observé cómo los dedos se blanquearon en el zurriago. Continuaba llegándonos el barullo que nos rodeaba, los tropezones de los gallos sobre la arena chisgueteada de sangre.

Los picos entreabiertos decían la fatiga en pelea. A cada segundo las espuelas eran más lentas en el ataque, más apretados el bastón y el cuchillo. Los ojos saltaban de la arena a nosotros, de nosotros a las espuelas. Puñal, zurriago, picos.

Yo miraba a los gallos, veía al Cojo. En un minuto debería tomar la decisión más importante de mi vida. Pero es difícil volcarse en un acto, así sea el más importante. Y no podía retardar la decisión, aunque forzarla sería desmentirla.

—Todas las mañanas ella le echaba maíz —dije con voz que apenas se oía, ronca.

—¿Quién es ella?

Le contestó mi silencio, le contestó el suyo. Nos llegaban, lejos, los aletazos en el aire. Con el puño de una mano restregó la palma de la otra.

—Ella esperaba. Ella rezaba.

—¿Rezaba?

—Era su manera de no gritar.

Hizo amargos signos de aceptación.

—... Desde cuando yo estaba niño ella me decía: «Algún día volverá». Pero él nos torció el camino, el rancho estuvo sin hombre. Hasta que juré vengarme.

—El odio nos vuelve hombres —dijo sin convicción. La punta del zurriago trazó rayas en la arena. No quise decirle que ella había muerto. De todas maneras para él nunca existió. Excepto ahora, cuando la vida la había matado.

—Los caminos nos pierden —añadió. Su voz se diluía entre los últimos aletazos. La punta de su lengua asomó entre los dientes, allí se quedó esperando las palabras, que salieron al fin, solas, duras:

—Son torcidos los caminos que andamos.

No sé qué quiso decir. Era como si le clavaran cien espuelas. El bordón se aflojó en sus manos, el cuchillo se desgonzó en las mías. Sus párpados se despabilaron con miedo

de que le cayera encima la tristeza. Yo también tenía miedo al imaginar que dentro de segundos él yacería entre los brincos finales de los gallos, que mi mano limpiaría la sangre del cuchillo en las plumas rojas de Aguilán, en sus cuatro plumas negras.

Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin más camino que la muerte. Cuando muriera le quebrarían la pierna mala a la altura de la rodilla para acomodarla en el ataúd. No sé por qué me detuve en su camiseta sudada, en las tres arrugas del cuello, en la derrota que la vida le asestaba contra la voluntad de la carne. Por eso me dolieron sus canas, su pierna contraída, sus arrugas, el zurriago nudoso, la bota de cuero crudo. Lo supuse cercano a mí, con sus angustias. También él vivió trago a trago la vida, resistió el contragolpe de las propias acciones, el sabor a ceniza de cada jornada. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsontes, los campos sembrados después de la lluvia...

Y también él tendría que morir. ¿Debería yo matarlo? Sé que mis manos están contentas cuando se hunden en los arroyos, cuando soban la piel de los caballos. Me estragaba tanta crueldad. Revólveres, puñales, espuelas... ¡Maldita la gracia de vivir! Pensé que para no tener piedad hay que ver de lejos al hombre, verlo en la masa. Por eso sentí una rabiosa compasión por los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos.

—¡Lo mató, lo mató! —gritaron en la gallera cuando Aguilán se empinaba sobre Buenavida y cantaba despiadadamente.

Me levanté, cogí mi animal que me dejó en la palma de las manos sangre a medio coagular, y al salir clavé en el polvo mi cuchillo. El Cojo se quedó inmóvil, mirando, sin ver, la hoja que brillaba junto a las espuelas de su gallo muerto.

Cuando salí a la calle el sol comenzaba a clavarse tras la cordillera. Unos gallinazos que planeaban sobre ella parecían pavesas de incendio. Dentro de la gallera se quemaban los últimos gritos, se quemaban los últimos silencios.

Algo de mi padre se estremeció en mí cuando vi a la muchacha a la entrada del cañaduzal. Me quedé mirándola con tristeza, con la vieja tristeza de mi madre. Únicamente dije:

—Estoy cansado.

Creo que le dolió mi fatiga. Arriba, en la plaza, estallaron más cohetes, parecían estallar en mi cabeza.

—Aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza.

Y salí pisando la sombra por el camino seco y solo. Me parece que iba llorando.

Medellín, diciembre de 1960

▪ MERCEDES LUNA

*Ya se murieron mis perros,
ya mi rancho quedó solo.
Mañana me muero yo
para que se acabe todo.*

SOBRE LA PIEDRA ESTABA el hombre. El sombrero desgaleado sobre la rodilla. Sobre el sombrero una gruesa mano. La otra mano empuñaba una escopeta.

Sus dos ojos apoyaron la mirada en el rancho. Rancho de vara en tierra, en un repecho de la montaña, con palizadas donde se enredaban hojas y bejucos. Al fondo las varas cruzadas de un gallinero al aire.

—«Muchas gallinas teníamos» —pensó el hombre sin entender por qué pensaba detalles sin importancia en esa hora. Vio la maleza crecida entre las matas, vio la escoba sin manos que la sacudieran, vio el fogón apagado.

—«Ardía sabroso el fogón» —casi dice en voz alta. Recordó el humo que rociaba el techo, los leños que chisporroteaban, el calor de la lumbre en noches de invierno. El humo ausente le ardió en sus ojos.

—«¡Y pienso en los leños!» —dijo ahora en voz alta, sin confesarse que temía llegar a sí mismo: sólo buscaba la prolongación de aquella otra presencia, las cosas que estuvieran al alcance de la mano, de la voz, del oído, de la respiración.

—«¡Ella!» —dijo al fin.

El sombrero cayó al borde de la piedra, los dedos apretaron una rodilla, los ojos se contrajeron hasta sólo dejar una rendija para el enfoque de la que deshizo sus pasos.

— «¡Se fue, la maldita!».

Sin embargo era dulce Mercedes, con él en la brega, a su lado por cien caminos, a su lado en el duro lecho. «A pesar de todo era buena la Mercedes».

... Ya mi rancho quedó solo...

Cuando la conoció tendría ella sus quince años, suyos y de nadie más, él lo sabía. Montuna, arisca para los encuentros como fiera joven.

— «Tengo mi rancho, Mercedes Luna» —insinuaba él—. «Tengo mi rancho solo».

— «Pues solo seguirá» —respondía ella.

Pero esa risa disimulada entre los dedos, ese murmullo que no acababa de apagarse, esa expresión de temor y deseo...

— «¡Mercedes!».

Mercedes terminaba yéndose entre los árboles o cerrando la puerta de su casa. Pero aquella sonrisa final...

— «Hasta mis perros te quieren, Mercedes Luna» —insistió él un día distinto—. «Muchos años he vivido...».

— «Me gustan tus perros, Ricardo Montes» —dijo ella, menos arisca.

— «Es loca de su sangre» —murmuraban las viejas de la montaña—. «Tiene suelto el diablo en todo su cuerpo».

— «¡La Mercedes Luna!».

Sobre la piedra, frente al rancho muerto, Ricardo Montes cierra los ojos como si sus párpados fueran tirados por las comisuras de la boca, cuando caen cercanas al grito.

— «La Mercedes...».

Buenas las pasaron, al fin de cuentas. La eterna historia de evasivas y silencios promisorios, de palabras que sólo repiten lo que, sin decirse, ya se sabe.

Fue amable la montaña aquellas primeras noches y las noches que siguieron. Ni malos ellos, ni buenos: seres simples que juntaron sus cuerpos y sus días en un rancho de vara en tierra, y sembraron en menguante y cosecharon y tuvieron dos perros y diez gallinas y un gato y esas cosas inservibles que dan calor de hogar a la desnuda madera.

— «¿Qué pasa, Mercedes Luna?».

Ella sonreía.

Aquel amor fue una brecha desconocida que obligaba a Ricardo Montes a caminar a tientas, con miedo pero enardecido por la dosis de aventura que, a su edad, el mismo camino pudiera proporcionarle.

— «Es loca de su cuerpo la Mercedes Luna».

Como todas, un instante en su vida.

— «¿Y tus perros, Ricardo Montes?».

Yarumo se llamaba uno, blanco, de pintas amarillas. Tronco se llamaba el otro, negro, de parche blanco en la frente. Buenos para el rastreo, para la seguridad del rancho, para la comunicación del hombre en la agria soledad de la montaña. Tan suyos como el viento en la puerta, como la lumbre en el fogón, como el calor del lecho.

Ya se murieron mis perros...

—«¿Y Mercedes, Ricardo Montes?».

Dulce a pesar de todo... Un día no anocheció en el rancho de vara en tierra, un día no vio más el humo sobre el techo ni la llama en la punta de los leños ni la mano en la taza familiar. Un día...

Otra piedra más sobre la piedra, Ricardo Montes aprieta sus puños contra las rodillas. Abre de nuevo dos ojos sin candela, sin cosas para mirar.

Buscó un día y una noche, regresó al rancho y esparció hojas secas para que oliera a monte. Cuando ella llegara encontraría más calor de nido que daría ternura a sus ojos bravos.

El viento esparció las hojas.

—«Es loca de su sangre» —respondieron las viejas de la montaña. Pero Ricardo Montes esperó. Trajo una brazada de leños para el fogón, arrimó un fósforo a unos capachos y aguardó a que se hiciera fuego.

—«¡Eh, Yarumo, habrá candela!».

El perro blanco se removió contra sus piernas con aullidos de contento.

—«¡Eh, Tronco, la llamarada!».

El perro negro continuó echado en su rincón.

Y cuando ardieron los leños y uno de ellos silbó, habló Ricardo Montes:

—«Ella vendrá porque la leña está silbando».

El perro negro siguió en su rincón. Se apagó la candela.

— «Muchas lunas negras pasarán por estos caminos»
— dijo el brujo echando cenizas a los cuatro vientos.

— «¿Y qué con las lunas negras?».

— «Muchas lunas pesarán en la muerte del hombre».

Buscó más días y más noches. En las casas de la montaña. En los caminos solos. En los montes de silencio húmedo. En las cañadas que oían su grito.

— «¡Mercedes Luuunaaa!».

Ni su voz. Ni su mirada.

Las yerbas crecieron entre las matas, el viento golpeó la puerta del rancho, las frutas maduraron y cayeron para nadie. Se escondieron los ladridos entre rastros sin amo.

*Ya se murieron mis perros,
ya mi rancho quedó solo...*

Era loca de su cuerpo, tal vez, la Mercedes Luna. Como todas, un rato en su vida. Pero más largo que una vida es un rato de pena. Porque ni sabor amargo ni nada tenía ya Ricardo Montes, como si antes otro le hubiera vivido su vida para dejarle el bagazo.

Desde la piedra del patio abre más sus ojos donde ya no cabe nada. Ni siquiera la escopeta que llega sola a sus manos, y sola pone su cañón bajo la quijada, y sola levanta el gatillo, y sola empuja el dedo del hombre que poco tiene ya de vida.

*... Mañana me muero yo
para que se acabe todo.*

Bogotá, marzo de 1962

▪ EL MILAGRO

SUENA LA PRIMERA campanada de las ocho.

Frente a la iglesia, y señalando con todo su cuerpo el reloj que empieza a disgregar sus horas, se hallan los trece años de Juan Montiel, años llenos de cuatro hermanos menores, de un cuartucho destartado, de una madre silenciosa como dolor bien sufrido.

La oscuridad circundante, cien tejados, cuatro calles, su alma y su impulso indican las ocho de la noche, que graban en sus facciones una decisión preludio del rezo violento y la fe bárbara, algo que oscila entre el éxtasis y el asesinato.

Con la desesperación en su rostro, tal una inmensa cicatriz, Juan cree hallarse en el momento en que se resuelve o no a ser hombre: en las ocho de la noche exactamente. Al darlas, su corazón dobla por la muerte del otro, del niño, Juan Montiel.

El reloj entrega la segunda campanada de las ocho.

La miseria, hereditaria en su familia desde generaciones atrás, le talló un rostro pálido con ojos alargados, barbilla movable, pómulos en ángulo, frente de hombre prematuro.

Hasta una hora antes —justamente una— Juan era el siempre silencioso, con ese silencio hermano de la pobreza y del grito. Mientras su madre cosía, ya muy altas las noches o en madrugadas húmedas, él ayudaba desde un rincón sin hablar palabra.

—Juan —decía ella—, debes acostarte.

—Recemos primero, madre.

En su frase llameaba una irremediable convicción, una resignada fe que pedía a San Rafael antes que todo, antes que la salvación eterna, pagar el arrendamiento del cuchitril donde malvivían. Así no se aparecería don Jenaro en el umbral a proferir amenazas que eran ya un tic-tac desesperante.

—«Tres meses y dos días de alquiler. O pagan o tiro fuera a ustedes y sus cacharros».

El reloj de la iglesia suelta la tercera campanada.

El mismo traje, la misma voz, el mismo grito callado; esa monotonía de la miseria con nombre propio: don Jenaro. Un lugar común, ridículo de tanto, de tan inútilmente repetirse, y que para Juan alcanza a ser desoladamente verdadero.

Sentía deseos de llorar cuando miraba el rostro de su madre, los anteojos de carey, las sienes prematuramente blancas, aquellas fundas de tela burda, esas manos de abuela, esa boca sellada por dos amargos paréntesis. Tristeza, cariño y lástima se le fundieron para dar nuevo afecto con llanto al fondo. Pero Juan Montiel no sabría razonar, sólo un día se aventuró a romper con el diálogo su soledad como con una piedra un vidrio:

—Son malos estos ricos, madre.

—También los pobres somos malos, hijo.

Se avergonzó ante las palabras que se extendían con suavidad azul de humo. También él era malo, tal vez de ahí provinieran aquellos miedos disfrazados de fantasmas en las noches desesperadamente largas. No, Juan Montiel nada podría decir con firmeza: sólo tenía fe.

El reloj queja la cuarta campanada.

Tan mínimo el milagro pedido, tan grande la necesidad. Ya en el alma suya y en la de su madre don Jenaro ocupaba un espacio que se extendía a la mitad de su súplica. En la mala comida, en la oración, en el sueño, en los bravos silencios entre zumbar y zumbar de la máquina de coser, don Jenaro se asomaba metamorfoseado en interrogación a la inversa, convertida en gancho: de él colgaban la madre, el hijo, los hermanos menores. Juan recordaba los horcones en la carnicería.

—¡Si no fuera tan tímido el muchacho! —se decía la madre. En esa timidez veía estrecheces sin respuesta, una timidez cuajada de prematura resignación, de fe elemental que san Rafael desde su buen sitio en el cielo le tendía en suave manta. Quizás si San Rafael viviera en un cuchitril y si en lugar del buen Dios le hablara don Jenaro... Pero Juan Montiel evita pensar, ya el milagro se obrará, tiene que obrarse.

El reloj acaba de dar la quinta campanada.

Antes de sonar la sexta, Juan, todavía frente a la iglesia, sabe que están dando su hora, ve la necesidad de encontrarse solo, de orar en el día —en la noche— de San

Rafael. Se aproxima entre la oscuridad a un portón mientras el otro es cerrado con humano crujir por el sacristán que tararea un responso. A esa hora, a las ocho y cinco campanadas casi seis, la iglesia debería reposar con tranquilidad de niño que duerme, llena de imágenes celestiales y en nichos fabricados por el mismo Dios.

Con movimientos de quien pasa un contrabando religioso, Juan Montiel se introduce por la puerta libre rumbo a la sacristía. El silencio erizado de figuras espectrales le infunde un pavor sólo comparable a la urgencia de pedir nuevamente el milagro, tan humilde, que sería imposible no ser oído.

La sexta campanada se desgaja del reloj como el vuelo de un búho.

El rincón de la sacristía donde se halla San Rafael es más oscuro que el más oscuro rincón de la iglesia. Juan, bulto de pavor y fe, se arrodilla sin decir nada. Ni a él, ni a la escultura, ni al silencio. Saca de un bolsillo sus únicos cinco céntimos y los introduce por la ranura de la alcancía del santo. Al dar la suya contra las otras monedas, se escapa ese ruido —sensación de algo perdido irremediablemente—.

Toma entonces una cerilla, prolongación llameante del temblor en sus manos, y enciende una lámpara de aceite que parece oscurecer más, por el contraste tímido que entabla, las sombras de la sacristía. Nada pide, seguro de que el santo traducirá ese silencio colmado por su madre, sus hermanos menores, don Jenaro, el cuartocho donde malviven. En el reclinatorio frente a la imagen sostiene la cabeza entre sus dedos, hecho una oración en forma de

niño, casi de hombre. Únicamente sabe que resbalan algunas lágrimas hasta las comisuras de sus labios.

En el espacio se desvanece el eco de las ocho campanadas que ha pulsado el reloj desde su torre.

Una...

Se sobresalta la primera campanada de las ocho entre la espesa oscuridad. Contra su máquina de coser, la madre también empieza a oír esas horas nocturnas, esas fieras ocho de la noche, las más agrias de su vida después de aquellas —tres años antes— en que su marido murió en la fábrica luego de agotarse como alcancía de pobre.

¡Dos!

Las campanadas acompañan otra desesperación: su hijo —Juan el bueno, Juan el tímido, su San Juan Montiel— no ha regresado. Hasta hoy fue cumplido, jamás le produjo voluntariamente un dolor, ni en el parto. Por ella cumplía en la tienda oficios de aseador y mandadero. Cuando recibía su escaso jornal cada semana, silenciosamente se lo entregaba anudado en un pañuelo de color, excepto unos céntimos con destino a la lamparilla de San Rafael.

¡Tres!

Claro, este día no ha sido igual a otros. Una hora antes —exactamente una, eran las siete de la noche— Juan seguía siendo el tímido de siempre. Pero... —la madre revive la escena de las siete: el reloj había botado su última hora, cuando la humanidad de don Jenaro, caricatura de

su alma, apareció con su faz prognata, sombrero blanco, saco gordiflón a rayas, pantalones negros—.

¡¡Cuatro!!

Primero asomaron las botas chirreantes; después el bastón, la panza, el bigote. Por último el cuarto fue sólo don Jenaro. Detrás, en sombra suya, una gran desesperación espolvoreaba hasta el zarzo.

Con ojos demasiado abiertos para que en ellos cupiera el terror, Juan se levantó del sitio habitual donde cortaba piezas de tela que luego cosería su madre.

¡¡¡Cinco!!!

—Usted tiene razón —hablaba ella—; no nos bote a la calle, mañana le... ¡Sin luz no podemos trabajar!

—Ordené cortarla. Si no pagan mañana, ya saben.

Juan miraba al hombre como quien mira a un volcán que de pronto irrumpe en erupciones, como a una piedra que ha de caer, y sin modo de evitar el golpe. Antes de que don Jenaro saliera, se levantó para lanzarle con rabia sollozante un taburete que se desprendió como parte de él mismo.

¡¡¡Seis!!!

Eso pasó, y por revivirlo se da la madre con los dedos angustiosos masajes en los brazos. Otea por el ventanuco —dando la impresión de buscar su propia mirada— y ve en la mitad de la calle, en aceras y caños, en los tejados, en la iglesia, en toda parte, al hijo que por ninguna aparece. Solamente la silueta de un borrachín al tartamudear una canción curva y desentonada como su andar sobre las piedras.

¡Siete!
¡¡Ocho!!

Una, dos, tres. Cuatro. Cinco.

Cinco de la madrugada. De las campanas van saliendo las luces del día como de una colmena que despierta. El último campanazo se riega en ripio sobre el barrio obrero. Todavía orando, la madre oye los pasos del hijo, lo ve entrar más pálido que nunca. Rostro de llanto en los ojos. Gotas de sudor en su frente ancha. En esa frente de hombre de trece años.

Con ritmo lento y una arruga recién nacida en el ceño, Juan llega severo a su madre, aguarda a que a ella se le pase la emoción interrogante y se siente, para depositar el dinero del milagro sobre la funda de viuda pobre. Y acucillándose en el rincón empieza a ayudarla igual que otras veces, entre un silencio lleno de campanadas donde ella adivina un cambio absoluto.

Con un estremecimiento que enceniza el ánimo, recuerda él la noche pasada en el oratorio de San Rafael, donde conoció toda clase de fantasmas, oyó las más extrañas voces, los más contradictorios susurros de santos y demonios. Algo le tiembla y se hiela en el corazón de trece años.

—Tengo frío, madre. Deme café.

Ella nota por esa voz un vuelco en el alma de su hijo. Mientras sorbe lentamente el café con humo, sabe que cada hora será la suya. La una, las dos, las diez. Todas las horas

de todos los relojes le anunciarán su transformación. Él mismo será un reloj de sangre —corazón de trece años por péndulo— que dará ya las ocho de la noche, ya las cinco de la madrugada. La una, las dos...

—¡Pero, hijo! —vuelve la madre lacerándose en la pregunta—, ¿en qué forma obtuviste el dinero?

Él la mira fijamente.

—Madre —dice en tono que no admite elasticidad del sentido exacto, macizo, inapelable—: jamás me pregunte cómo fue el milagro.

Y vuelve a su trabajo con movimiento de manos acompasado, preciso, lleno de dolorosa seguridad. Sólo oye las horas de su pecho, y —a las cinco de la madrugada— la chillona voz del sacristán, cuyo eco se reproduce progresivamente en honda caverna y le habla con insistencia de péndulo:

—«¡Han robado la alcancía de San Rafael! ¡Han robado la alcancía de San Rafael!».

Sereno por fuera, hecho un alarido por dentro, Juan Montiel sabe únicamente que su vida de hombre ha comenzado.

Maracaibo, abril de 1951

▪ LA GUITARRA

LA MISERIA TOMA FORMA de un viejo recostado contra la puerta, de un perro en el suelo de tierra apisonada.

Hay hambrienta pupila en los ojos del animal y sonámbula lentitud en los movimientos del hombre, que traza con su bordón signos ilegibles en la tierra seca, rayas que interceptan la curva de su trayectoria: una desolación con voces amargas que de pronto se quiebran en nuevos silencios.

Hasta el perro es ya un armazón con ojos turbios. Pasa el día en un sueño famélico u olisqueando en las huertas; por las noches lleva a orillas del monte sus aullidos alargados hacia una luna de pan. Alza su cabeza esperando que le caiga en la boca y trastabillante se arrima al hombre para que le sobe la pelambre color amarillo enfermo.

Una guitarra ahorcada en una astilla de los bahareques atrae sus miradas. Desde hace días los ojos de Agustín vienen castigándola con dubitativa obsesión, pero sacude la testa y desvía su mirar en nervioso movimiento de manos. Su guitarra, compañera de tardes buenas y de tardes duras.

Cuántas veces con ella... Si no la vende... Pero ¿cómo no venderla? Durante muchas semanas esa indecisión ha venido labrándole broncos caminos de espera, que ahora se rompen en un gesto irremediable. Se levanta, rabia el paso contra el suelo, agarra el instrumento y empieza a rasguear reventando una cuerda que hace girar la cabeza del perro.

—Sí, ¡la empeñaré! —dice.

La mujer sale de la cocina.

—¿Qué decís, hombre de Dios?

El viejo se pone a mirarla como quien trata de aclarar un recuerdo contra el horizonte, y enfocándola se esfuerza por pintarla con los dedos sobre el cordaje para convertirla en lo que era cuando se le declaró:

... Fue un año después de muerta su primera esposa. Habían pasado noches, meses de estera fría, sola, dura. Ni quién lo regañara a la hora del rezo, ni quién le llevara el bastimento al corte. Más soledad sentía en las anochecidas invernosas, más amargo el pan sin compartir, alma y guitarra menos llenas de canciones. El hombre en el campo necesita su hembra, o el instinto le hace ver espantos en la boca del monte, al pie de árboles viejos, en mitad de la selva, a orillas de ríos nocturnales. Además, por su costumbre de toparse con María Jesús —Jesusa para él—, empezó a sentir obligación de quererla o, a lo menos, de proponerle matrimonio. Y una de esas tardes la encontró removiendo la tierra pedriscosa de sus verdugales.

—«Adiós, Jesusa. Debieras buscarte un hombre que trabaje por dos».

— «¡Con esta cara mía!» —renegó ella dando a la frase el mismo golpe que con su azada a la sementera. Agustín siguió mirándola: flaca era de verdad pero había algo tierno en los ojos y cierto bamboleo en las caderas, si bien las tetas apenas estrujaban el burdo olán de su corpiño. Igual que su nombre, el rostro tenía de mujer y de varón.

— «¿No sos hembra, pues?».

— «Pero únicamente lo sé yo, que hasta hoy no se me han arrimao con intenciones torcidas».

Esa falta de coquetería agradó al viejo. Nadie la había requerido, ella tampoco buscaba a nadie. Sola se bastaba trabajando su huerta. Agustín sacó tabaco de su guarniel y arrimósele para encenderle. Mientras le daba yesca, dijo:

— «Sin compañera estoy, Jesusa, en mi rancho hay campo libre y un fogón apagao».

Ella se enjugó el rostro con la manga de su camisa.

— «Vea si ocurren cosas» —resolló por única respuesta, pero una sonrisa imperceptible endulzó sus labios de donde los sentimientos salían sin adornos. Encendió el tabaco y con el humo aspiró una emoción tardía.

— «Hay buen tabaco en mi rancho» —volvió Agustín al ver cómo aspiraba el humo bajo la tarde con dos nubes que se unían más allá del monte. En aquel rostro no apareció sangre, pero la azada perdió su ritmo y el corazón latió con timidez recóndita.

— «Vea si ocurren cosas...» —repitió luego de mirar hacia la casa de Agustín.

Bueno, eso ocurrió, y el viejo juraría ahora, junto a su perro flaco y con la guitarra contra el pecho en posición de

hijo que llora, haberla visto sonreír sabrosamente aunque después enterró para siempre esa sonrisa. Pero ya, ¿quién trata de sonreír?

Lo mismo que Amarillo, Agustín parpadea al envión de sus recuerdos.

—¡La empeñaré! —exclama mirando con todo su cuerpo los alrededores. Febriles en los trastes los dedos de su mano izquierda, atacan los entorchados de su derecha.

—¡Son las últimas, guitarra! —dice cuando revienta otra cuerda.

—¿Pero qué hacés, hombre de Dios? —pregunta su mujer.

El viejo la mira temeroso de hablarle sobre la venta de la guitarra, adivina el reproche directo tras lo cerrado de sus facciones. ¿Por qué ella nunca ríe? En esa cara de madera, dos grietas en paréntesis acorralan la boca vacía de sonrisas. Sin embargo, antes de la actual miseria, en la voz era apacible, apacible en el amor, terca y apacible en la brega diaria. Y Agustín se acostumbró o ese no someterse sometiéndose, a oírle frases en apariencia exentas de calor humano. Pero se solazaba viéndola curvada sobre los colinos de plátano y café, bajo un tercio de leña, frente a largos caminos sin revelar fatiga. A pesar de todo, una vez sonrió en forma tal... Y mirando a su perro, a María Jesús y a sí mismo, reanuda sus evocaciones al compás del cordaje, trunco pero de tiernas cadencias para amoldar las imágenes recordadas.

... Aquella tarde llovía. Los goterones cortaban el viento del farallón. Sobre las rodillas de Jesusa —ya su mujer—, parecía dormir el niño que llevaba en el vientre,

arrullado por el aguacero y por el movimiento oscilatorio de las piernas.

Frente a los nubarrones desgajados en espesas gotas, callaban con silencios remansados en alegría superior a las palabras. Que cayera la lluvia y bañara las hojas y mojarla la tierra sedienta. Que durmieran las palabras con gozo mudo que era dolor de hambre larga, de golpe saciada profusamente.

— «Llueve duro, María Jesús».

— «Jm. Llueve duro».

Reciamente caía la lluvia al techo, pajizo en la cocina, de teja sobre los cuartos restantes. Chorros de agua se vaciaban sobre los caños con rumor que invitaba a pensar en cosas de suavidad lejana. Más nada pensaban en su recogimiento. Sentían frescor en las almas, ya arbustos de café o matas de plátano.

— «Saldrán retoños verdes» —dijo Agustín con voz delicuescente.

— «Jm, saldrán» —aprobó Jesusa sin desviar el rostro tieso de las bombas que en el desagüe formaban las goteras.

Con ojos semiabiertos el perro dormía. Humo de leña verde regaba desde la cocina hasta ellos un olor de fritanga y de monte. Eran dos leños recordando en humo; humo que se remansaba en el vientre, humo sobre los muslos flacuchos de Jesusa. Un temblor amable en el pecho, corrientes de afecto desnudo por el espinazo. Un afecto urgido de exteriorizarse no obstante la introversión a que obligaba la lluvia. Por eso exclamó en el tono de quien saca una alegría.

— «Susa, te preñé».

Ella siguió en sus remiendos no sin dejar caer, con inflación de carrillos, una mirada maternal a su cintura.

—«Callá el hocico, mal hablao».

—«¿Pensastes que no servía ya? Ai onde lo ves: viejo pero entuavía ganosito».

Ella apenas esbozó un gruñido de perro manso molestado por chiquillos.

—«Andá a componer el techo en vez de jeringar la pacencia» —y abandonando el remendar—: «Voy a date los petacos a ver si tapás la jeta».

Para que lo oyera desde la cocina, habló el hombre en voz alta:

—«Por los abriles chillará en la estera y te mamará las ubres, Susa. Hay que buscarle un apelativo que suene grueso por estas cañadas, ¿te gusta “Ramón”?».

Gritó este nombre, y le sonó bien porque el eco voló sobre los montes. Sonrió en aprobación.

—«El cura sabrá qué dicen los almanaques» —opinó ella con frialdad aparente.

—«Qué almanaques ni qué nada, Ramón se queda aunque tiemble el mundo» —y salió al patio gritando a todo pecho:

—«¡Ramón! ¡Raamooooón!».

La lluvia caía bautizando el deseo de un hijo.

—«¿Por qué caray salís al aguacero?» —preguntó la mujer sobándose los ojos irritados por el humo de leña mojada.

—«Dejá que corra el agua sobre mi sombrero y mi camisón».

El agua corría sobre su camisón zurcido con figuras en cruz, circulares, romboides. Su grasoso camisón de remiendos, oloroso a estera, a Jesusa, a pegujal, a perro.

Y los días siguieron pasando, y el vástago nació. Y, según decidiera aquella tarde del grito bajo la lluvia, lo bautizó con el nombre macho:

—«¡Ramón!» —empujó el apelativo contra las colinas, y sonrió con satisfacción de niño a quien traen el regalo prometido. Por tres veces y durante tres noches consecutivas lo gritó. El pequeño escurría ávidamente las tetas de Jesusa. Era callada la alegría de ver mamando a su «nieto» —explicaba que estaba muy viejo para tener un hijo—, y mirar las gotas de leche rociando su carita y los senos oscuros. Si daban ganas de rezar al buenazo de San Isidro. Entonces hablaban entre sí, toscamente, del futuro hombre heredero de la tierra. El hijo crecería. Hijo de él, de Jesusa, de la tierra, de San Isidro Labrador.

Y a buen amor olían las palabras.

Y pasaron los años, y el niño fue haciéndose hombre y recibiendo el cuidado de un árbol para mejores cosechas. Los días buenos a veces, malos a veces los días. Cuando el verano amenazaba el sembradío, sentía sed, veíase seco igual a un palo de yuca o a una mata de plátano, y oteaba las nubes con rapacidad instintiva de cachorro que busca la teta de su madre.

Todos —Agustín y sus compadres, Ramón y Jesusa— gustaban más el placer de ver con el tiempo la flor de los cafetos que el producto insuficiente para retribuir el esfuerzo cumplido. Se sentían alegres de trabajar por el

hecho de enfrentarse a las sementeras, era costumbre, amor puro morir sobre la tierra sin otra compensación que la de observarla alborozada en las espigas. En esas lomas había frescor y verdura, paz libre sin sofocamientos; allá el grito saltaba de picacho en picacho, de hondonada en hondonada, el eco sobre el sembradío apacible; allá humeaban las chozas trepadas a la cordillera donde perros y gallos despertaban el día, y los bailongos tenían más sabor de tierra que de carne, y los convites del sábado, y los caminos zigzagueantes con la romería campesina hacia el pueblo...

De nuevo Agustín tiene rostro de regreso. Acaricia su guitarra después de recordar sobre ella, echa la mirada al perro y vuelve a contemplar a su esposa que, junto a la puerta de la cocina, enmarca en sus ojos de aparente inexpresividad un pedazo de la tierra que pronto abandonará.

—¡Es la última pieza! —responde el viejo a una pregunta que se hace convertido en guitarra. La mujer muerde con los dedos el delantal de hule. ¡Los usureros deberían...! ¿Qué les está cobrando de la vida, pues?

Otra cuerda de la guitarra acaba de reventarse. Agustín no siente ya el dolor en los dedos: los nervios regresan al pasado rudo, suyo e irremediable. La mujer dice con indiferencia que arrastra la angustia:

—Están listos los corotos. Con el alba salimos mañana...

Abandonarían la tierruca, ya inservible y ajena. Todos se iban yendo: se marchó Isaías, el vecino, porque le embargaron la parcela. Se marcharon los hijos de la comadre Teresa porque en las ciudades había fábricas, porque el petróleo llamaba con voz tentacular. Su Ramón también

acaba de marcharse: dos días antes, nada más, dos días que se le han vuelto un infierno. Hasta las tierras parecen marcharse con ellos, gastadas, siempre ajenas. Ni el buen San Isidro los protege. Todo se va fugando, y en los rastros algunos aullidos espantan la desolación. Hasta los recuerdos marchan por adentro hacia el llanto. Y se ha ido Ramón, el del nombre macho gritado bajo la lluvia. Se ha ido, mozo ya, tempranamente callado ante la inutilidad de los barbechos. Dos días antes —dos días no más— había dicho trazando también signos ilegibles con una vara sobre el polvo:

— «Viejos, me cansa la tierra. Esto no da nada».

— «Ya se compondrán las cosas».

— «Siempre lo mismo, esperando. La tierra ya no sirve. Por allá hay petróleo, hay fábricas. Volveré por ustedes».

Tomó los bártulos, cortó un bastón fuerte y salió, llorando su paso por el sendero de tierra pálida hacia las distantes chimeneas, hacia donde las cosas son amplias en posibilidades.

Pero Agustín no quiere recordar. Aprieta contra sí más la guitarra, llama al perro, y a paso lento, sobre el camino por donde se marchó el hijo, anda trechos de paredes musgosas. Se echa en una prominencia a contemplar la casa ennegrecida por el tiempo y por el anochecer, lomas y cañadas agrias se estremecen en sus pupilas. Y la ira anterior se diluye en tristeza al intuir el desgarramiento de la querencia, de esa tierra dolorosa ahora entre sus manos. Entonces vuelve a la guitarra. Amarillo se le arrima, fiel como la sombra y más constante que ella. Pero recobra

una serenidad producto de lo irremediable, que más es agotamiento. Ya le arrebatan la tierra, habrá de abandonarla —y se asusta de pensar en esto que antes lo horrorizaba: sólo ahora se sabe derrotado.

Una confusión nerviosa imposibilita sus movimientos. Pegadas al silencio trepan las súplicas que parecen gotear en las cuerdas de la guitarra. Todo se iba yendo...

Más consigo mismo sacude los párpados con su poncho mugriento por mirar lejos, a posibles caminos. Entonces nota que el sol se ha retirado lentamente, aún en las nubes quedan rastros de sangre.

El estridular tiritante de un grillo se ahonda tal una cuchillada. Gira la cabeza con ganas de ver el viento frío que sopla desde la toma del agua, y le parecen eternas la música y unas bocanadas de canto que sapos y ranas lanzan contra las eneales. Mira el cielo remendado de nubes sucias, y se compadece de él, por miserable. Las ramas de los árboles semejan gajos retorcidos desesperadamente por aferrarse a las nubes, hacia los que un pájaro perdido en el rastrojo suplica gajos de luceros en madurez. Buenos luceros de mejor cosecha.

Juagando con mirada a media asta el paisaje nocturno, se da a pensar con resignada tristeza en la situación. Sus evocaciones le duelen porque tienen el olor y el sabor de las cosas recordadas. Así permanece en actitud de ídolo: inmóviles las manos sobre la guitarra, quietos los ojos, las rodillas hacia esos árboles esfumados contra el firmamento.

¡Y qué, pues! La naturaleza cobra al hombre lo bueno que le ha dado, todos sus actos: lo ve con la naturalidad de

una queja cuando es intenso el dolor. Más, repentinamente se sacude todo él, agarra de nuevo la guitarra como si fuera a estrangularla, y la mano, más que pulsar, revienta cuerdas. La última presenta resistencia a los dedos callosos, hasta que se ahoga en alarido seco.

Se inmovilizan los brazos, el instrumento, los labios también en apretamiento que los blanquea a parches. De los dedos, gotas de sangre resbalan a la guitarra. Agustín se siente verdadero asesino.

Sobre una piedra cercana Amarillo lanza aullidos casi humanos. Agustín mira asustado pues cree ser él mismo quien aúlla. Entonces llama al animal, que se acerca meneando la cola con remedo de alegrías lejanas. Recuesta su cabezota en un muslo del amo y se deja acariciar los pelos ásperos.

—Fuiste un gran perro, Amarillo —pronuncia como si escribiera en una lápida—. Yo también fui un hombre...

Maracaibo, abril de 1951

▪ EL SILLÓN DEL FORASTERO

—Vamos a traer tablas para la silla del forastero —dijo un día mi padre, con esa manía suya de invertir grandes preparativos en mínimas empresas. Aserramos el mejor tronco de roble y pulimos la madera hasta dejar listo un macizo sillón, abiertos sus brazos para recibir el cansancio de los errabundos. En el corredor delantero lo rodeamos de varios taburetes que parecían escucharle algún cuento de camino.

—Ahora, que venga el forastero —dijo mi padre mirando las últimas vueltas de la montaña.

—Que venga el forastero —coreamos nosotros en ronda ritual para el sillón concluido. Y esperamos.

Aquella vez el forastero —lo supimos después— asomó a altas horas por la Boca del Monte. Desensilló su Colimocho, desenrolló la hamaca, buscó en la oscuridad del cobertizo una argolla, de esta a un estantillo aseguró los lazos y se acostó como cosa de todos los días.

A la mañana siguiente, mi padre, al ver el caballo en la manga, pensó que habría venido solo; pero en eso salió del cuarto de aperos una figura bostezante acompañada de un saludo:

—Buenos días, mi don...

El forastero colocó una bota sin color sobre un hilo del alambrado, observó a dos arrieros cargar unas a su Colimocho, habló:

—¡Qué sueñito me chanté!

Se desperezó, miró al sol que comenzaba a levantarse, y:

—Me parecen buenas su casa y su finca, ¿sabe?, a lo mejor me quede.

Mi padre callaba su asombro ante esa familiaridad no autorizada.

—¿Es suyo el Colimocho? —atinó a decir.

—A su mandar lo tiene, chalanéelo cuando guste: hoy, mañana, cualquier día. Es buen galoperito.

Iba mi padre a decir algo, pero se detuvo la frase en la boca entreabierta. Y se le acabó de abrir cuando el desconocido remató:

—Ensáyelo mientras voy por el desayuno. Si gusta acompañarme...

Mi padre empezó a sentirse un intruso que recibía favores, y a ver en el recién llegado el dueño de su casa y su finca.

—«¿Qué se creará este flacuchento?» —monologó cuadrándose como si sembrara las piernas en la tierra pisada y ojeando con disgusto el Sillón del Forastero. En tanto, el otro saltaba una cerca en dirección del lugar por donde salían humo y olor a fritanga.

—«Es conchudo el larguirucho» —comentó uno de los arrieros.

—Traigan aquel Colimocho —nos ordenó mi padre con acento enojado. Mientras obedecíamos, el forastero invadía la cocina después de brincar la cerca.

—¡Buenos días, mis doñas! —saludó a las del servicio.

—Buenos... —respondieron al desparpajo. Él se frotó las manos, olisqueó las ollas, rebuscó en los estantes, introdujo en el fogón un tizón que se desprendía, y con el sombrero avivó la candela.

—Vamos a tener gran desayuno según el olor —dijo a las mujeres que amasaban maíz y molían cuajarones de leche para los quesitos—. Está sabroso todo, nos llevaremos bien. Lo importante es comenzar en forma.

Las mujeres se indagaron con las cejas, giraron cuellos, levantaron hombros.

—¿Va a trabajar en la finca? —preguntó la más vieja.

—¿Trabajar? Bueno, si es necesario... —se miró las gruesas botas sin color, desvió el tema:

—¿Sabe? Usté se parece a una tía que me guarapiaba antes de darme natilla con buñuelos y miel de caña.

A estas, ya arrolletado en una banqueta sorbía una taza de café que él mismo se ofreciera.

—No se moleste por la forma como yo quiera los huevos: démelos crudos, conservan el ánimo.

Hizo para sí tres movimientos de cabeza.

—¿... O me hará daño desayunarme en ayunas?

Chasqueó la lengua, aprobatorio.

—Es buen viejo el patrón.

Al oír referirse a mi padre imaginaron que él se los había mandado y le sirvieron un succulento desayuno. Cuando engulló todo, agradeció:

—Tenga mi doña este manojo de tabacos que pensaba llevar a mi tía. Como ella hace siete años estiró las patas...

—¡Animas benditas! —exclamó la mujer secándose las manos en el delantal de zaraza para recibirlos—. ¿Cómo adivinó que yo fumo?

—Por encima se le ve que es buena vida —guiñó conspirativamente un ojo—. Yo también...

Luego salió y saltó la cerca.

—Sabroso el desayuno trancao —dijo a mi padre, quien le tenía listo el caballo para que siguiera su camino. El forastero no lo tomó así:

—¡Ah, patrón, resolvió probar mi Colimocho! Món-telo no más. Eso sí, no se acerque a las yeguas, es entero y alebrestao mi chúcaro, feo pero da buenas crías.

Guiñó nuevamente un ojo.

—... Nunca cobro por el servicio a las potrancas, me gusta ayudar a la gente. A mi caballo también —concluyó, socarrón. Y antes de nada:

—¿Cómo se llama usted, y perdone?

—Jerónimo Arango, para servirle.

—Oh, no se moleste. Gracias, de todos modos. También me suena el apelativo.

Lo repasó con la vista, inquisidor.

—¿Sabe? De hoy en adelante lo llamaré don Jerónimo.

Ante esa locuacidad perdonavidas traqueteaba la resistencia de mi padre. Era el suyo un carácter serio, con

esa seriedad de algunos hombres maduros, propensa al buen humor pero sin demostrarlo con signos exteriores. Por eso midió la figura alta y desgarbada del recién llegado antes de preguntar.

—El suyo, ¿cuál es?

—Luciano Pereda. Luciano a secas pa los amigos leales. Dígame así, no soy orgulloso.

Y contemplando los cerros con aire de quien pesa el pro y el contra de algo que será suyo, respiró hondamente:

—Sí, señor, me agrada el sitio. Usted también, esto es muy importante.

Lo dijo como quien concede un favor sin esperar retribución alguna.

—¿Cuál es su ocupación? —interrogó mi padre, entonándose.

—Pues ocupación, propiamente... ¿Sabe? Le jalo a todo. ¿Que enfermó una res o un caballo?, aquí está el veterinario, servidor suyo. ¿Que se dañó una olla de peltre, una puerta, una despulpadora de café? Me presento de milagrero. ¿Que hay un muleto resabiao con el Patas adentro?: pues amansador y arrendador me tuvo mi mama. ¿Que se trata de buscar oro indio? Soy guaquero, ni modo de negarlo.

—¿Guaquero? —La sorpresa de mi padre se volvió interrogante—. ¿Ha encontrado tesoros indígenas?

—Bueno, yo los busco. Dar con ellos es cuestión de suerte, eso nada importa al guaquero de raza.

Hizo un movimiento indicativo de la poca importancia del detalle, indiferente a la actitud burlona de los arrieros que se alistaban para salir.

—Ahora, si necesita tumbar monte o empradizar mangas, pa el hacha o el güinche... No es porque yo mismo esté presente... —y al mostrar pecho y brazos parecía señalar una obra maestra. Sin embargo, tuvo un silencio indeciso bastante sospechoso a los ojos de mi padre.

—¿Sabe, don Jerónimo? En realidá de verdá me las pinto pa dirigir obras, ese es mi fuerte —se enderezó con deseos de pesar veinte kilos más en ese momento—. Soy Organizador.

—¡Ajá! —exclamó mi padre midiéndolo de hito en hito mientras el organizador revisaba su equipaje: ruana, regatón, guarniel y tiple. Después sacó un viejo encendedor de mecha, y pareció estallar un polvorín cuando encendió su tabaco doblado contra la pierna.

—¿Qué tal el aroma, don Jerónimo? —su fruición iba recalcada por ademanes cómplices—. ¡De contrabando, pues!

Y remató, porque todo lo importante estaba conversado:

—Ahora, don Jerónimo, quisiera conocer mi dormitorio, la finca, los trabajadores. De paso le contaré de mi vida útil al servicio de la buena gente...

Así Luciano Pereda se quedó en nuestra casa, dirigiendo los más variados quehaceres. Mi padre asentía entre divertido y molesto: su modo de ser, un poco abandonado con respecto de trabajos e iniciativas, hizo que el

Organizador adquiriera inusitada importancia. Los peones, y sobre todo las mujeres del servicio, aceptaron de buena gana el hecho, no así uno de los arrieros, de nombre Pedro Colorado, hábil en el manejo de armas cortantes: esta habilidad lo volvió altanero frente a los hombres y muy pagado de su presencia frente a las mujeres, que en realidad lo envanecían con atenciones. Y tal vez porque al llegar Luciano Pereda con sus cuentos de camino, dejó Colorado de ser tema central en patios y cocina, o porque mi padre dio al forastero carta blanca sin exigirle trabajo rudo, el arriero le tomó una inquina ostentosa.

—¡Como que nos mandaron jefe...! —dijo por un lado de la boca, de modo que lo oyeran. El otro se hizo el desentendido, lo que animó al quisquilloso, ahora para sí mismo: «Flojo, además».

Colorado se había simplificado al simplificar las cosas: bueno el roble, malo el manzanillo; calor en verano, lluvia en invierno; amigo el perro, enemiga la serpiente. Se había propuesto convertirse en matón, lo demás sería cobarde: así alimentó su agresividad que respaldaba la virtud de infundir miedo.

—¿Hay muchas tempestades por estos laos? —quiso comunicarse con él Luciano Pereda.

—A veces caen manojaos de rayos —malrespondió el arriero.

—Ajá —se preocupó el otro.

—¿Le dan miedo los rayos, mi don? —se burló el arriero.

—No me gustan los rayos.

Colorado lo revisó despectivo.

—Estas tierras son pa hombres, pues.

Luciano el Organizador no dio importancia a las provocaciones del arriero ni a su propia importancia: estaba siempre disponible para cantar, enseñar a tocar tiple, inventar cuentos a los niños, atender los más insignificantes reclamos de los peones o ayudar a las mujeres en lo que solicitaran.

—Un día de estos nos pondremos naguas —puyaba el arriero cuando lo veía pilando maíz a dos manos con las del servicio—. De franjitas, pa quedar bien pispos.

Luciano apenas comentaba:

—Se debe vivir y dejar vivir y ayudar. Al joven no le parece oficio de machos pilar maíz...

Con la mano recogía el afrecho del borde del pilón.

—¿... Matarse es oficio de machos? —y sacudía la cabeza por borrarse la imagen de algo doloroso. La vieja cocinera disimulaba:

—Luciano, qué bonita la china que trajo pa mi fogón.

—¿Sabe, mi doña? Las hago de palmicho y no hay leña verde que se resista. Con una de estas El Patas mantiene hirviendo la Paila Mocha.

Las risas, forzadas para neutralizar las indirectas de Colorado, se mezclaban al golpe de las manos de roble contra el pilón. Y cuando alguna preguntaba:

—¿No ha pensao casarse y tener retoños? —él respondía, matando un ojo:

—¿A esta edá? Si me matrimoniara, no me nacería un niño sino un viejito.

Porque jamás pisó esa tierra un tipo con mejores disposiciones de ánimo.

—«Siempre cantando. Hasta dormido» —decían las cocineras.

—¡Llegaron los holgazanes! —volvió Pedro Colorado, endilgándole el apodo de *Luciano Pereza*, con uno de esos odios gratuitos, instintivos, en que alguien ve en otro el enemigo, como el tigre en el hombre. Luciano eludía impartiendo órdenes a su manera:

—Vamos, muchachos, a jugar con los azadones —y salía cantando.

Mientras con chistes dirigía desde árboles altos, los peones devoraban en un dos por tres el corte. Y regresaban del trabajo después de invitarlos a un aguardiente de su invención.

—Vamos, muchachos, a jugar con el rastrojo. ¡Upa, niguateros!

Y cuando el sol tostaba las hojas, les prendían candela. Y llegaba el día de la siembra, y el Organizador invitaba:

—¡Levátesen, mojojeyes! ¡Vamos a jugar con las semillas!

Sin embargo, los días tempestuosos ponían hosquedad en el rostro de Luciano Pereda. Daba entonces cierta sensación de lejanía, como si él mismo llegara después de su cuerpo. Y al mirar las nubes, a sus ojos asomaba una dolorosa avidez. Pero cuando aclaraba el día sábado oíamos otra vez su voz retozona, dirigida a nosotros los pequeños.

—¡A pescar en la quebrada, patojos!

Y nos iba soltando los extraños oficios desempeñados en su trayectoria de vagabundo: cazador de brujas, amansador de caimanes, guaquero, encantador de serpientes.

—Otra vez me mordió una mapaná, que es la más venenosa de todas las culebras.

—¡Una mapaná!

—Pa que vean. Nadie hasta ahora se ha salvao de la mordedura de una mapaná.

—¡Nadie!

—... Yo estaba solo en la selva, completamente solo. Nosotros lo estrujábamos a preguntas. Él se hacía el enigmático.

—¿Y qué le pasó entonces con la mapaná?

Todo serio, con ojos más salidos que siempre, respondía:

—Pues me morí de la picadura...

Ante nosotros, Luciano aparecía rodeado de algo mágico.

—Muchachos, ¡vamos a jugar con las bestias!

Se trataba de la doma. Desde su llegada, tal faena, que representaba una considerable inversión en dinero, fue el entretenimiento de los trabajadores.

—Por la facha, este animalón es más peligroso que una víbora en el bolsillo.

Saltaba artificiosamente para defenderse de la mordedura de una serpiente imaginaria.

—Aunque son una parranda de flojos, alguno se arriesgará a montarlo.

—¡Siempre uno antes que usted! —reclamaba Pedro Colorado.

—Si no, ¿quién remienda las patas rotas? —trataba de poner humor a las salidas de su improvisado enemigo—. Además, como soy el más largo, mi ataúd costaría mucho.

Sacaba el yesquero de mecha, encendía su tabacón de contrabando.

—No hay virtud como el ahorro.

Todos, menos Colorado, se aprestaban a cabalgar el potro cerrero.

Únicamente cuando se anunciaban tempestades miraba hacia la Boca del Monte para un posible regreso. Algo le pasó alguna noche de tormenta, lo adivinábamos en sus silencios recogidos.

—Rece, mi señora, el Maunífica —se dirigía a mi madre y a la tempestad. En esos ratos nadie se burlaría de su rostro sombrío, ni Pedro Colorado. Era un sentimiento que infundía respeto. Sólo después de pasado el huracán salía de sí mismo con un resuello, como si la tempestad no se manifestara afuera sino en su recuerdo.

Luego encendía el tabaco y volvía a su jovialidad, porque habría sido capaz de reír de su propia muerte.

—¿Han visto que la tempestá siempre asoma por aquellos cerros? Les voy a contar por qué nacen allá los huracanes.

—¡Ya va a decir más pendejadas! —comentó Pedro Colorado.

—Déjeme echar el cuento, compadre —dijo Luciano con voz calmada, arrastrando las palabras y mirando

al arriero fijamente—. Compadre, déjeme echar el cuento, se lo digo.

Había una incómoda tensión en el grupo. Colorado fue sacando su machete con desesperante lentitud y, mirando a Pereda, comenzó a probar el filo en la yema de sus pulgares. Luciano siguió con otro tono en sus palabras:

—Pues un día madrugué, dispuesto a matar La Huracana que daba de mamar a veintisiete huracancitos...

—¡Machete, pa qué te tengo! —dijo por lo bajo el arriero. La vieja cocinera creyó oportuno avisar a mi padre. Las otras mujeres guardaban un inquietante silencio contra el provocador. Los hombres callaban a la expectativa. Colorado desenvainó el machete del peón de al lado y, sin despegar de sus labios una fastidiosa sonrisa, lo tiró a los pies de Pereda. Este miró en derredor con expresión interrogante.

—Si el joven lo quiere... —volvió hacia Colorado.

Era imposible detener lo que desde tiempo atrás se presentía, ni la paciencia del Organizador diluiría lo que ya era destino. Pulsó el arma con desgano, cortó la punta encendida del tabaco contra un leño, rehuyó el apoyo de algunos peones, sonrió sin fuerza a las mujeres y siguió al arriero que ya lo esperaba con la salida de la esgrima criolla.

—Yo sé qué cosa es matar —dijo en tono absolutamente serio, parecido a su silencio durante las tempestades.

—¡Le llegó la hora, *Luciano Pereza!* —fanfarroneó Colorado.

—A todos nos ha de llegar, joven.

Fue rápido el choque de los aceros cuando Colorado envió el primer tiro, imperceptible el movimiento del vagabundo, que parecía jugar despreocupadamente con una rama torcida, pero su muñeca y su machete mostraban una habilidad que ya ofuscaba al arriero.

—¡Colorao está tirando de filo! —dijeron cuando la rabia buscaba herir y matar a Pereda.

—¡El Luciano!

—¡Véanlo si desquita!

—¡Quién lo creyera!

—¡El marrullero!

Ya no los aterraba el peligro del duelo sino la serena agilidad del Organizador, que se daba el tono de responder a cintarazos los golpes de filo que el arriero mandaba desesperadamente.

—¡El Pedro está que echa espumarajos!

—¡Lo tiene empapao el sudor!

—¡Traz, traz! ¡Hiju'e los Diablos, lo van a matar a plan!

—Si se levanta de esta...

Certeros e impasibles, los golpes de Pereda seguían cayendo en todo el cuerpo de Colorado. Hasta que uno en la cara tronchó por la mitad su última palabrota.

Cuando llegó mi padre, Luciano le entregó el machete.

—Perdone, don Jerónimo, el joven lo necesitaba...
—y agarró un balde con agua para vaciárselo al caído. Mi padre ordenó a una de las demacradas mujeres:

—Vayan por las cosas de Colorado. Hasta hoy vivió en mi casa.

Abarcó con su mejor mirada al Organizador, levantó la mano derecha para decir algo, pero las palabras se volvieron sonrisa buena. Pereda se quedó viéndolo alejarse. Después dijo a la vieja mientras señalaba al caído:

—Échenle bastante yodo en los magullones, de lo otro ya está curao —y salió a preparar su equipaje: hamaca, tiple, carriel y regatón guaquero.

—Pero ¿también se va? —comentaron algunas mujeres.

Resolló, calló un minuto. De su silencio salieron las palabras:

—Ya no sería lo mismo.

Se aisló en un rincón del patio que daba a los altos cerros, fumando un largo tabaco. Más que nunca permaneció intacta en el extremo la ceniza.

—¿Se va? —preguntó la vieja cocinera, arrimándosele con una taza de café. La bota continuó contra el alambre de púas, el codo de su mano derecha contra la rodilla, la izquierda en cruz sobre el estacón. Su mirada iba lejos, quieta, sombría. El humo subía, en la tarde azul. Nunca un tabaco ardió tan lentamente en la mano de un hombre.

—Vea, su café.

El miró, lejano. El humo inasible del café parecía venir de dentro de Luciano Pereda. Y el del tabaco. En los ojos de ella creyó distinguir su propia mirada. Era como si él, varios años atrás, se mirase a sí mismo.

Contra su costumbre madrugó silenciosamente para recorrer los caminos cercanos. Al rato se sentó en el Sillón del Forastero, amplios los ojos hacia las lomas que se chorreaban al río. Algo se le iba yendo en la mirada.

—«Hace veinte años me largué de mi casa pa ir a ninguna parte» —se dijo. Y una última pregunta:

—«¿Llegaré?».

No sabíamos qué buscaba Luciano Pereda, el Organizador. No lo supimos cuando se repantigo aquella vez en el Sillón del Forastero. Tampoco lo adivinamos cuando todos, en derredor de mi padre, lo vimos decir adiós con su mano derecha hasta perderse después sobre su Colimochito en la Boca del Monte.

Medellín, enero de 1959



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2017. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RBNP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RBNP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



TODOS POR UN
NUEVO PAÍS

PAZ. EQUIDAD. DESARROLLO.